

Una vida nueva

JUDITH McWILLIAMS



JUDITH McWILLIAMS

Una vida nueva

Título original: Dr. Charming

Argumento:

En cuanto el doctor Nick Balfour la vio, quiso rescatar a aquella hermosa e inocente mujer y mantenerla a salvo. Gina Tesserek se encontraba en apuros económicos, por lo que aceptó la oferta de Nick para ser su asistenta temporal. En poco tiempo, Nick se dio cuenta de que su acuerdo sólo había sido una excusa para estar cerca de ella... y ahora no había vuelta atrás. Alto y misterioso, Nick escondía algo de su pasado. Gina lo sabía todo sobre demonios internos, y ahora quería saber algo del amor... y de Nick. Por él estaba dispuesta a correr el riesgo.

Todos los caminos conducían a él.

PROLOGO

¿Qué diablos estás haciendo?

Gina se preparó para sentir aquel miedo que la invadía cuando enfadaba a su madre. Pero no lo sintió, era como si ya no le importara...

—¡Gina!, ¡te he hecho una pregunta! ¿Por qué no me dijiste que habías vuelto pronto del trabajo? Sabes lo nerviosa que me pone oír cualquier ruido extraño en la casa. Si con veintisiete años no has aprendido a ser un poco considerada no sé cuándo lo serás. Yo no tardaré mucho en morirme y entonces tú podrás hacer lo que se te antoje.

Gina apartó la mirada de la maleta que estaba llenando de ropa y miró fijamente a su madre, sus delicadas facciones. De repente, se fijó en cosas que nunca había visto en ella.

—¿Qué diablos te pasa? —volvió a hablar su madre—. ¿Por qué me miras así? ¿No te habrán echado del trabajo, no? —la voz de Helen se volvió más aguda.

—No me han echado, madre, me he ido yo. Me acabo de despedir.

Gina se acercó al armario lleno de ropa color pastel y de vestidos y faldas de volantes. Aquella ropa no le sentaba bien, le sentaba bien a su madre, que era muy bajita y rubia, pero cuando ella se la ponía parecía una colegiala.

Gina decidió que nunca más volvería a comprar nada que no le gustara y cerró la puerta del armario de un portazo.

—¿Cuántas veces te he dicho que no des portazos? —le preguntó su madre.

—No lo sé —dijo Gina—. Pero ésta será la última vez que me lo tendrás que decir porque me marcho.

—¿Que te marchas? —Helen se puso la mano en el pecho y la miró estupefacta—. Me siento...

Gina la miró incrédula.

—Se te ha pasado el momento, mamá, ya deberías haber interpretado tu personaje.

Gina se giró, abrió el cajón de la ropa interior y vació su contenido en la maleta. Después la cerró.

La madre de Gina la miraba muy sorprendida.

—¿Cómo puedes hablarle a sí a tu propia madre?

—¿Y tú cómo pudiste mentirle a tu propia hija? Tu medico me

llamó al trabajo esta mañana y me pidió que pasara a verlo a la hora de comer. Fue una comida muy reveladora —Gina se estremeció al recordar la vergüenza que había pasado—. Me habló de lo mucho que te estaba presionando. Me contó que le habías dicho que cuando tú quisiste buscar trabajo para llenar el hueco que sentías tras la muerte de papá, yo no te lo había permitido —Gina se entristeció al recordar a su padre—. Y también me dijo que tu corazón está perfectamente.

—Probablemente le habrás malinterpretado —replicó su madre —. Sabes que no eres demasiado inteligente.

Gina no prestó atención a aquel insulto que su madre solía repetirle a menudo.

—Y cuando terminé de comer con él empecé a pensar en las muchas otras cosas en las que me habrías mentido, así que fui a ver al abogado que se encarga de administrar las pertenencias de papá.

—¡No tenías ningún derecho a hacer eso!

Los ojos azules de Gina se nublaron durante unos segundos. Estaba furiosa.

—Tengo todo el derecho ya que soy una de las herederas. He averiguado que papá no sólo no te dejó arruinada como tú dices sino que te dejó bastante dinero con el que mantenerte. Y también me dejó a mí el suficiente dinero como para terminar mis estudios.

Cerró la maleta y se dirigió a la puerta.

—¡Pero no puedes abandonarme! ¡Te quiero!

Gina se detuvo y miró a su madre.

—¿Quieres decir que me has estado mintiendo durante todo este tiempo porque me querías?

La madre de Gina no quiso contestar.

—¿Adonde vas? ¿Qué vas a hacer?

—Voy a irme lo más lejos posible de aquí y pretendo empezar a vivir de verdad, porque hasta ahora tan sólo he estado viviendo para ti.

CAPÍTULO 1

Gina frenó con suavidad, giró por una carretera de la región de Massachussets y vio las luces de una pequeña ciudad a lo lejos.

Se intentó estirar un poco, su cuerpo estaba entumecido de tanto tiempo delante del volante y tenía hambre.

Cuando llegó a la ciudad buscó un lugar para comer algo y aparcó.

Sacó el monedero del bolso, salió del coche y lo cerró. Una fresca brisa de otoño acarició sus brazos desnudos y agitó su pelo castaño rojizo. Apartó el pelo de su cara mientras pensaba en volver a abrir el coche y sacar algo de abrigo de la maleta, pero al final decidió no hacerlo ya que no tardaría en regresar al coche.

Se dirigió al restaurante, pero de camino vio un cartel que anunciaba el bar de Bill. Miró hacia el edificio lleno de carteles con luces de neón que anunciaban diferentes tipos de cervezas de las que Gina nunca había oído hablar.

Después volvió a mirar hacia el restaurante. Parecía un lugar para gente de clase media, un lugar respetable y aburrido. Sin embargo el bar de Bill parecía más misterioso, más intrigante y como Gina había decidido cambiar de vida decidió a ir allí.

Abrió la puerta del local y estudió detenidamente aquel lugar lleno de gente y muy ruidoso. De repente se sintió incómoda y se apresuró a sentarse. Miró detenidamente la carta llena de distintos tipos de cerveza y bastante escasa en cosas para comer.

Unos minutos después una camarera de mediana edad se acercó a su mesa.

—¿Qué va a tomar? —le preguntó a Gina.

—Un plato de chili, tarta de manzana y un café.

—Enseguida se lo traigo —la camarera se acercó a la puerta de la cocina y le gritó el pedido a una mujer llamada Margie.

Gina se apoyó en el respaldo de la silla y se fijó en la gente del bar. Había un grupo grande al fondo que parecían estar divirtiéndose mucho. Se reían de forma contagiosa y Gina sonrió.

—Aquí tiene, señorita —le dijo la camarera mientras colocaba un plato lleno de chili delante de ella y el café humeante—. Enseguida le traigo la tarta.

Gina estaba sirviéndose un poco de leche en el café cuando de repente alguien entró en el bar.

—¡Eh, Nick! ¿Qué tal va ese brazo? —gritó un hombre del fondo al recién llegado.

Gina sintió curiosidad y se giró para ver quién era Nick. Cuando lo vio sus ojos se abrieron de par en par. Se trataba de un hombre de un metro setenta aproximadamente, un poco más alto que ella, ancho de espaldas y muy musculoso.

Ella se mojó los labios inconscientemente mientras se fijaba en sus fuertes piernas.

Después miró fijamente el plato de chili, intentaba controlar la inexplicable fascinación que aquel cuerpo le había despertado. Tomó aire y deseó que el calor que sentía no fuera evidente.

¿Qué le pasaba? Estaba claro que aquel hombre era muy atractivo, parecía sacado de una fantasía sexual.

No pudo evitar volverlo a mirar mientras éste se acercaba a la barra y se sentaba delante de una jarra de cerveza que el camarero le había servido sin que él la pidiera.

Gina estudió su cara detenidamente, sus facciones eran bruscas, no poseía una belleza habitual, pero era cautivador y parecía tener mucho carácter.

Le observó levantar la jarra de cerveza con la mano izquierda y se fijó en el brazo derecho, que estaba escayolado.

No parecía estar de muy buen humor, quizá le dolía el brazo, o quizá alguien le estuviera molestando, o estuviera viviendo un desengaño amoroso…

Gina se fijó en los sensuales labios masculinos y pensó que era más probable que fuera él el que rompiera corazones y no al revés.

Ella comenzó a comer sin dejar de mirar al tal Nick, la atraía de una forma que ella nunca había sentido antes.

Estaba claro que se trataba de una atracción puramente sexual.

—Aquí tiene la tarta de manzana, señorita —le dijo la camarera, asustándola.

Gina la miró y se sorprendió al descubrir que se había terminado el plato de chili sin darse cuenta.

—Muchas gracias —dijo ella mientras deseaba que aquella mujer no hubiese notado la forma en que se había quedado mirando a aquel hombre.

Sin embargo la mujer se acercó a ella.

—Ese es Nick Balfour, vive a las afueras. Lo conozco desde niño, y a sus padres también. Y no tiene a ninguna mujer escondida como otros de por aquí. Si te gusta lo qué ves, ve por él. La vida es breve como para dejar las cosas pasar. Piénsatelo jovencita, dicen que las oportunidades así sólo aparecen una vez en la vida.

—Gracias… —logró decir Gina.

La camarera parecía satisfecha, levantó los pulgares en señal de

aprobación y se alejó.

Gina tomó aire en un intento por tranquilizarse y volvió a mirar a Nick. Él estaba observando la jarra de cerveza como si allí dentro fuera a encontrar la respuesta a sus problemas.

Estaba claro que aquel hombre la había fascinado, por lo menos físicamente y estaba deseando comprobar si su personalidad era igual de atractiva...

Sentía ganas de averiguarlo, pero no sabía cómo una mujer debía acercarse a un hombre, y mucho menos en un bar. Intentó buscar una respuesta, pero no encontró ninguna.

Pensó un rato. Las mujeres coqueteaban con los hombres desde hacía siglos, si las demás podían hacerlo, ella también podría.

¿Y qué podía decirle? Quizá podría hacer algún comentario que exigiera una respuesta, algo cómo que hacía un hombre tan atractivo como él en un lugar como aquél... Pero no sería capaz de decir algo como eso.

También estaba el tradicional recurso del tiempo, o aquello de haberse visto antes... Pero aunque estuviera dispuesta a comenzar una conversación con algo tan típico, lo primero era acercarse lo suficiente a él cómo para poder hablarle.

Lo pensó detenidamente, si se acercaba e intentaba entablar una conversación y él la ignoraba o la rechazaba se moriría de vergüenza.

Pero, ¿acaso importaba tanto pasar un poco de vergüenza? No conocía a nadie allí, en realidad no le importaba lo que pensaran de ella aunque sí le importaba lo que Nick pensara de ella. Quizá no tuviera sentido, ya que no conocía a aquel hombre de nada, pero lo cierto era que le importaba su opinión.

Gina lo volvió a mirar. Nick seguía mirando su cerveza fijamente. Estaba claro que no la estaba mirando a ella, probablemente ni siquiera la hubiera visto... Los hombres no solían fijarse en ella. Era demasiado alta, demasiado delgada y demasiado... Demasiado sosa como para llamar la atención.

Tenía que asumirlo, no tenía nada especial que despertara el interés de los hombres, aunque le hubiera gustado poder hacer que por lo menos uno se interesara por ella.

Gina frunció el ceño. La lista de cosas que quería hacer en su nueva vida era muy larga, y las lamentaciones no le iban a llevar a ningún sitio. Tenía que empezar a actuar de verdad. No importaba lo incómoda o la vergüenza que pudiera pasar, estaba decidida a cambiar radicalmente. Tenía que madurar. Se había dado hasta el comienzo de curso en invierno para ampliar sus horizontes y viajar,

y vivir una relación con un hombre era parte de aquella aventura.

Miró a Nick, aquel hombre parecía prometer mucho y ella tan sólo tenía que llamar su atención para descubrirlo. Gina apretó los labios. Estaba decidida.

Abrió el monedero y sacó dinero para pagar la cena y una generosa propina para la camarera y la dejó sobre la mesa. Se había decidido, iba a acercarse a la barra y pedir una cerveza para llevar y mientras el camarero se la diera le preguntaría a Nick si conocía algún hotel para pasar la noche por la zona. Era algo bastante normal para empezar una conversación.

Gina se levantó de la mesa. Estaba nerviosa. Sin embargo, antes de dar un paso hacia la barra alguien la agarró del brazo.

Se giró y vio a un hombre un poco obeso y de mediana edad que le sonreía y la miraba con lascivia.

—¡Perdone! —le dijo Gina mientras le lanzaba una mirada intimidante—. Creo que no nos conocemos.

—Eso es fácil de arreglar, yo soy Jim, ¿y tú cómo te llamas, encanto?

Gina lo miró estupefacta. No sabía qué hacer. Se suponía que él tenía que apartarse de ella al notar su rechazo, pero aquel hombre se había acercado aún más a ella.

—No me interesa —le dijo decidida. No quería que aquel hombre se acercara a ella, pero tampoco quería salir de allí y perder la oportunidad de hablar con Nick.

—¿Y cómo puedes estar tan segura? Por qué no me dejas invitarte a una cerveza y así intimamos un poco —insistió aquel hombre, la timidez de ella parecía atraerlo más que hacerle cambiar de opinión.

Nick se giró de repente. La voz de Jim le ponía nervioso. Se quedó mirando fijamente a la mujer que Jim estaba intentando conquistar. El gusto de aquel hombre había mejorado considerablemente. Aquella mujer era alta, y además... La miró de arriba abajo. Tenía un cuerpo esbelto y seductor

Nick intentó controlar la reacción instintiva de su cuerpo. La mujer tenía una cara igual de atractiva que el resto de su cuerpo. Una nariz pequeña un tanto respingona, pecas en la cara, el pelo largo y de color castaño rojizo y unos labios carnosos muy sensuales...

Nick vio cómo ella palidecía ante los comentarios de Jim, ¿acaso estaba asustada?

Aquello le pareció extraño, una mujer tan atractiva como aquella debía estar acostumbrada a librarse de hombres molestos

como Jim, aunque parecía incapaz de librarse de él.

Nick se preguntó a qué se debía, después intentó librarse de la curiosidad que sentía, no era asunto suyo y no debía preocuparlo. Las mujeres, sobre todo las atractivas, exigían a los hombres más de lo que él podía darles. La vida le había enseñado aquella lección.

Nick suspiró al ver lo atemorizada que parecía la mujer cuando Jim se acercó más a ella. No debía estar sola si no sabía librarse de los hombres como Jim.

Pero Nick no pudo evitar notar el creciente miedo que ella parecía sentir y se dijo a sí mismo que intentaría ayudarla. Espantaría a Jim, la acompañaría hasta su coche y asunto zanjado.

—Ya has oído a la señorita, Jim —Gina se giró y vio a Nick Balfour. Tenía unos preciosos ojos grises y sintió como si se estuviera derritiendo. Tomó aire para intentar tranquilizarse y pudo oler su embriagadora colonia—. Déjalo ya, Jim —dijo con dureza al ver que Jim no se apartaba.

—No hace falta que te pongas así, Nick. No me di cuenta de que estaba molestando. Pero si cambias de opinión, encanto, pregunta por mí. Todo el mundo me conoce por aquí.

Gina suspiró aliviada cuando Jim se alejó.

—Soy Nick Balfour, te acompañaré hasta el coche.

—Gina Tesserek, y muchas gracias —dijo ella mientras pensaba en algo que decir, algo que hiciera que él quisiera conocerla más—. ¿Vienes mucho por aquí? —dijo finalmente, y segundos después se arrepintió de haber dicho algo tan estúpido.

—No, ¿dónde tienes el coche? —le preguntó él mientras salían del bar.

—Al otro lado de la calle —contestó ella. La falta de interés de él la había desilusionado, pero intentó que no se notara.

Él la agarró de repente del brazo mientras ella bajaba de la acera, y la empujó hacía él evitando que un coche que pasaba en aquellos momentos la atropellara.

Gina se quedó apoyada en el pecho de él y la sensación que aquel pecho fuerte le provocó la dejó paralizada durante unos segundos.

—¿Estás bien? —le preguntó él al ver que ella no se movía.

Gina se dijo a sí misma que no estaba bien, estaba muy cerca de perder por competo la compostura y no sabía qué hacer para evitarlo.

—¿Sigues afectada por lo de Jim? —le preguntó preocupado.

—No, yo... —Gina sentía que se estaba comportando como una tonta al estar cerca de un hombre tan atractivo.

—¿Podrás conducir?

Gina tomó aire y reunió fuerzas para separase de él.

—Estoy bien —le dijo y después se reprochó haber dejado escapar la oportunidad de alegar que estaba asustada para que él le ofreciera invitarla a un café y poder estar más tiempo con él.

—¿Ese Ford azul es tuyo?

—No —dijo ella negando con la cabeza—. El mío es un Toyota marrón —dijo mientras se daba cuenta de que su coche no estaba donde ella lo había dejado.

Frunció el ceño y miró a su alrededor algo inquieta. Estaba segura de que había aparcado delante del restaurante, pero no estaba allí.

—No lo entiendo —dijo Gina—. Dejé el coche allí.

Nick miró el lugar que ella señalaba y no pudo evitar fijarse en aquellos dedos largos de uñas cortas. Odiaba las uñas largas y pintadas.

—Estoy segura de que lo dejé allí-volvió a hablar ella.

—Pues o bien te equivocas o bien alguien se lo ha llevado.

—¡Qué astuto! —replicó ella algo molesta.

—¡Todo el mundo odia al portador de malas noticias!

—Perdona, no pretendía contestarte así, pero todas mis pertenencias están dentro de ese coche. No me pueden haber robado, quiero decir… ¡Esto es una ciudad pequeña! ¡Aquí no deberían pasar estas cosas!

—¿Crees que sólo hay delincuencia en las grandes ciudades? —le preguntó él aunque lo que realmente quería saber era por qué aquella mujer viajaba por el país con todas sus pertenencias en un coche ¿Acaso no tenía un hogar?

—Sé que hay delincuencia en todas partes, pero no esperaba que me ocurriera a mí y más teniendo en cuenta que no he tardado mucho en volver y que lo dejé cerrado —parecía un poco desesperada.

Nick se dio cuenta de que aquella mujer estaba a punto de ponerse histérica y se apresuró a hacer algo para remediarlo.

—Será mejor que pongas una denuncia —le dijo él, en aquellos casos era bueno pensar en algo práctico.

— ¿Dónde? —dijo Gina mientras miraba a su alrededor como si un policía fuera a aparecer de repente.

—Amos Mygold es lo más parecido a un policía y lo único que tenemos aquí, a estas horas probablemente estará en casa.

Gina se estremeció de repente al recordar que sus cheques de viaje estaban en la guantera del coche. Nick la estrechó entre sus

brazos instintivamente.

Al sentir el calor del pecho de él ella logró mantener la calma. Al estar tan cerca de él la idea de estar perdida y sin dinero en una pequeña ciudad alejada de todo y llena de extraños parecía no importar demasiado.

—No es tan malo —intentó tranquilizarla él.

—Eso crees tú, todos mis cheques de viaje estaban dentro del coche.

—¿Todos?

—Sí —Gina se obligó a alejarse de él. Podría afrontar aquello sola—. No quería arriesgarme a perderlos si alguien me robaba el bolso.

—Y en efecto ha sido así —dijo él y Gina se rió un poco.

A Nick le agradó la forma en que ella se reía. Era una mujer extraña, llena de cualidades que parecían muy dispares. Su aspecto daba la sensación de ser una mujer muy sofisticada y autónoma, pero su reacción ante lo ocurrido indicaba todo lo contrario, la hacía parecer bastante vulnerable y desvalida. A Nick le gustaba aquella mezcla.

—Puedes anular los cheques y pedir unos nuevos, ¿tienes los números de los cheques, no?

Ella se había quedado pálida.

—Por supuesto que los tengo, pero los metí en la maleta por si me robaban el monedero.

—¿Por qué siempre te preocupas de que te roben el monedero? ¿Dónde vives para que te obsesione tanto esa idea?

—Por ahora vivo en mi coche —dijo cada vez más desesperada.

—Lo que quiere decir que te acabas de quedar sin hogar —dijo él y tras haberlo dicho se arrepintió de ser tan brusco.

—En efecto —dijo Gina intentando parecer más calmada de lo que realmente estaba. Ella quería valerse por sí misma y había llegado el momento de hacerlo, aquella oportunidad debía emocionarla... Pero no era así.

—¿El coche está asegurado?

—Por supuesto, llamé al seguro a primera hora de la mañana —intentó no pensar en dónde podría pasar la noche y cómo podría llegar hasta allí ¿Habría un lugar para alquilar coches en aquella ciudad? Por lo menos tenía la tarjeta de crédito así que aún disponía de dinero. Y también tenía lo que había heredado de su padre. Llamaría al administrador a primera hora de la mañana y le pediría que le hiciera un giro.

—¿Quieres llamar a alguien? —le preguntó Nick.

—No —contestó ella. No tenía ninguna intención de darle explicaciones. La historia de su vida hasta el momento la haría parecer una estúpida. Aunque quizá la verdad fuera que era una estúpida. Su madre siempre la había manipulado y ahora un ladrón le había robado el coche con todo lo que tenía... No sonaba demasiado bien.

Nick se preguntó de qué estaría huyendo aquella mujer, la respuesta parecía cargada de dolor...

—Te va a llevar un tiempo arreglar las cosas —de repente se le ocurrió algo—. Mientras lo hagas creo que podemos llegar a un acuerdo y ayudarnos mutuamente. Tú necesitarás un lugar donde quedarte y a mí me vendría bien una ama de casa temporal —ella no parecía entenderle—. Como tengo el brazo derecho escayolado no puedo hacer muchas cosas y lo poco que puedo hacer con la mano izquierda lo hago despacio y muy mal y además ya estoy harto del chili del bar de Bill. Si aceptas, podrás quedarte en mi casa hasta que arregles tus asuntos y yo tendré una casa limpia y podré cambiar un poco de dieta.

No había contratado a nadie hasta aquel momento porque la idea de que alguien invadiera su intimidad no le agradaba, pero no le importaba si se trataba de Gina, incluso le gustaba la idea.

Gina intentó ocultar lo mucho que le agradaba la idea.

—¿Te has ocupado alguna vez de una casa?

—No como trabajo remunerado, pero sé limpiar y cocinar —dijo un tanto distraída, estaba pensando en la oferta que aquel hombre acababa de hacerle. Sabía perfectamente que podía rechazar aquella oferta, quizá era lo más prudente. Tal vez se sintiera muy atraída por él, pero no lo conocía como para saber si era buena idea aceptar su oferta.

Sin embargo la gente del bar sí parecía conocerlo y tenían una buena opinión de él. Además su proposición era razonable, ambos se beneficiarían y le atraía la idea de relacionarse con un hombre tan sensual.

En realidad le hubiera gustado que no necesitara realmente una ama de casa, le habría gustado que él hubiera utilizado aquello como excusa porque se sentía atraído por ella y quería mantenerla cerca de él. Pero el hecho de que en aquel momento no se sintiera atraído no quería decir que no pudiera estarlo más adelante.

La idea le agradó tanto que se sonrojó, un hombre cómo aquél podía hacer que una mujer se volviera loca...

—¿En qué trabajas? —le preguntó ella para intentar saber algo más de él.

Nick frunció el ceño. No quería mentirla, pero tampoco quería contarle toda la verdad. Cuando le decía a cualquier mujer que era cirujano, o pensaban en lo adinerado que sería o empezaban a hablarle de su múltiples dolencias.

No quería que Gina reaccionara igual que tantas otras, quería que ella lo viera tan sólo como un hombre, y no como un profesional de algo.

Gina lo observó detenidamente y se preguntó por qué se habría puesto serio, ¿acaso lo había avergonzado de alguna forma?

—Soy técnico —dijo Nick al recordar que uno de sus profesores había llamado así a los cirujanos—. Y necesito la mano derecha para trabajar así que por el momento estoy esperando a que se me cure. Hablando del tema, ¿estás de vacaciones?

—No, trabajaba en una empresa registrando datos en Chicago, pero me cansé y decidí que quería un cambio. Siempre quise recorrer Nueva Inglaterra en otoño así que aquí estoy.

Nick se dio cuenta de que algo más que la necesidad de cambio la había llevado a dejar su trabajo, las marcadas ojeras lo dejaban claro. Algo o alguien le debían haber echo mucho daño como para que ella decidiera irse tan lejos.

—Piensa en mi oferta como una forma de tener tiempo para conocer esta zona en otoño —Nick mantuvo un tono cordial a propósito. No quería hacerle demasiadas preguntas ya que tenía miedo de asustarla. Por alguna extraña razón, cada vez era más importante para él que ella se quedara.

—Pero no te conozco de nada, podrías ser un asesino en serie —dijo ella de repente.

—El sheriff te convencerá de que no lo soy, puedes pedirle referencias de mí cuando vayamos a hacer la denuncia.

Gina se quedó mirándolo fijamente y sin saber qué hacer, siempre había hecho aquello que se esperaba de ella, lo convencional. Quizá había llegado el momento de hacer lo que ella quisiera, de dejarse llevar por su intuición y no pensar en las consecuencias.

Tomó aire.

—Muy bien, aceptaré el trabajo hasta que todo se arregle.

CAPÍTULO 2

Muy bien, eso es todo, señorita Tessereck. Le daré la descripción del coche a la policía de tráfico —le dijo el hombre bajito que Nick le había presentado como el agente Mygold.

—¿Cree que encontrarán el coche? —le preguntó Gina.

—Eso depende —dijo tras una pequeña pausa.

—¿De qué depende?

—De quién se lo haya llevado. Si han sido unos gamberros que querían darse una vuelta no tardarán en abandonarlo y probablemente lo recupere dentro de un día o dos. Pero teniendo en cuenta que es viernes por la noche esta posibilidad no es muy probable.

Nick miró a Gina y después al agente.

—Bien, si ella no lo pregunta lo haré yo, ¿qué tiene que ver que sea viernes por la noche?

—El equipo de fútbol del instituto juega fuera de casa —contestó el sheriff.

—¿Y todos los chicos que podrían haber hecho algo así están en el partido?

—Así es.

—Y entonces, ¿qué otra posibilidad queda? —preguntó Nick.

—Alguien que lo robó para sacar dinero. El que todas sus cosas estuvieran en el asiento de atrás probablemente resultó muy tentador. No debería dejar nada a la vista.

—Lo lamento —dijo ella mientras intentaba controlar su enfado, no le gustaba que le echaran la culpa. Pero lo primero era recuperar el coche, después le diría un par de cosas...

—Debería haber dejado sus cosas en casa —volvió a insistir el agente.

—Sí, pero da la casualidad de que estoy huyendo de casa —dijo Gina.

Nick la miró sorprendido y se preguntó si lo habría dicho en serio. Y si era así, ¿de qué hogar estaba huyendo? ¿O quizá era una persona? ¿de un amante o de un marido?

Nick miró la mano izquierda de Gina, no llevaba ningún anillo ni parecía haberlo llevado. Aunque eso no era asunto suyo, no tenía ninguna intención de tener una relación sentimental con ella. No se atrevía. Una relación así exigía de él cosas que él nunca podría dar.

Sólo quería beneficiarse de la situación para limpiar un poco su casa y cambiar de menú. Y tener compañía, estaría bien tener a

alguien con quien hablar por las tardes.

—Entonces, señorita Tessereck, ¿dónde la localizo si averiguo algo? —le preguntó el sheriff.

—Se quedará en mi casa, va a ser mi ama de casa temporalmente.

—Sheriff... —dijo Gina un tanto indecisa—. Como no conozco esta ciudad y aunque le agradezco a Nick su ofrecimiento... Quiero decir...

—¿Quiere que le garantice que el hombre que la aloja no es un asesino en serie? —dijo el sheriff—. No se preocupe, lo conozco desde que es niño y no es el tipo de hombre que se aprovecha de las mujeres. Lo normal es que tenga que apartarlas de su vida, más que al revés. Su padre era igual, recuerdo una vez...

—No tortures a esta mujer con historias de mi familia —se apresuró a decir Nick antes de que el sheriff dijera algo sobre su profesión o empezara a hablar de su famoso tatarabuelo.

Las palabras del sheriff tranquilizaron a Gina. Estaba segura de que Nick era una persona de fiar, como aparentaba, pero era mejor estar segura de ello. Además no tenía ningún interés en escuchar las proezas de aquel hombre con las mujeres, no le interesaba su pasado, sólo le interesaba su futuro...

—Si averiguo algo la llamaré a casa de Nick, señorita Tessereck —dijo Mygold.

Gina asintió.

—Me pondré en contacto con usted mañana por la mañana —le dijo Gina al sheriff, quería que aquel hombre entendiera que ella no se conformaba con vagas promesas.

—Mañana es sábado —le contestó Mygold con cierto reproche.

—¿Qué importa que sea sábado? —le preguntó Gina a Nick mientras bajaban las escaleras del porche de la casa del sheriff—. ¿Acaso sólo persigue a criminales los días de diario?

—El no persigue a ningún criminal nunca —le dijo él—. Si encuentran tu coche, lo encontrará la policía de tráfico, él no.

Gina frunció el ceño.

—Si no persigue a los criminales, ¿por qué es el sheriff?

—Porque es el dueño de la funeraria —Nick abrió la puerta del copiloto con llave—. ¿Has notado que yo cierro siempre con llave?

—Yo también lo hice, pero no me sirvió de nada. Además, ¿quién querría robar un coche como éste? Tendrían miedo de que se averiara antes de poder escapar.

—No hables mal del coche que te va a llevar, he tenido al viejo Octavius desde que tenía dieciséis años.

Gina se preguntó por qué no había podido permitirse cambiar de coche, si era tan pobre no entendía cómo podía permitirse contratar a una ama de casa.

Quizá le hubiera dado pena, aquella idea no le gustó nada. No quería pensar en ello, quizá ella no fuera muy atractiva, pero tampoco había notado que sintiera pena por ella. Como mucho la ignoraba, nada más.

Probablemente lo hacía por conveniencia, como él había dicho. Había visto la oportunidad de solucionar sus problemas de comidas y limpiezas y lo había aprovechado.

Lo miró fijamente y se preguntó qué tipo de trabajo tendría aquel hombre. Un técnico podía ser cualquier cosa.

Se fijó en su mano izquierda, estaba muy limpia y parecía muy cuidada, incluso delicada. No parecía ganarse la vida trabajando con las manos aunque éstas parecían fuertes.

Gina se tocó la frente. La tensión de lo sucedido le había provocado un dolor de cabeza.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—No entiendo muy bien, ¿por qué el hecho de ser el dueño de la funeraria hace que sea el sheriff también?

—Es una ciudad pequeña y no muere mucha gente así que tiene bastante tiempo libre y el dinero extra le venía bien.

—Entiendo —dijo Gina—. ¿Pero no puede haber conflicto de intereses?

—Tan sólo lo habría si Mygold fuera un hombre perverso y con dobles intenciones, pero su cabeza no da para tanto. Él sólo piensa en comer y en jugar a los bolos ¿No conoces muchas ciudades pequeñas, verdad?

—No.

Nick esperó a que ella siguiera hablando, pero Gina no parecía querer decir nada más ¿Era porque no quería hablar de su pasado o porque era una mujer reservada? El que él no hubiese conocido a ninguna mujer reservada no quería decir que no existiesen.

Normalmente, Nick no conseguía que las mujeres se callasen, pero cuando encontraba a una que le parecía interesante no era capaz de conseguir que hablara.

—¿Dónde vives? —le preguntó Gina mientras se alejaban de la ciudad.

—A un par de kilómetros de la ciudad, es una casa de campo que construyó mi tatarabuelo y mis padres me la regalaron.

—¿Ah, sí? —dijo Gina intrigada, Nick Balfour parecía un hombre educado y culto. Ella se sonrojó al recordar la manera en

que le había salvado del hombre del bar, estaba claro que no había tenido ganas de hacerlo, que se había sentido obligado a intervenir.

También parecía una persona que no aguantaba bien a los pesados y aquello era difícil de llevar en una oficina o en una fábrica, ella había tenido experiencia en el tema, donde uno siempre se encontraba a alguien así. Quizá se había peleado con alguien.

Pero Nick no dio más detalles y Gina intentó controlar la curiosidad que sentía. No tenía ningún derecho a preguntarle sobre algo de lo que estaba claro no quería hablar.

Gina se movió incómoda, de repente se había dado cuenta de algo.

—¿Qué pasa? —Le preguntó Nick preocupado.

—No tengo ropa —dijo ella.

Nick agarró el volante con fuerza, acababa de imaginarse a Gina desnuda sobre su cama, era una imagen tentadora. Tomó aire mientras apartaba aquella idea de la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho, no sé por qué no me he acordado hasta ahora, pero toda mi ropa estaba en el coche. Lo único que tengo es lo que llevo puesto, no tengo camisón.

Nick pensó en dar la vuelta e ira a una tienda a comprar uno, pero era muy tarde y nada estaba abierto ya. Él mismo se lo hubiera comprado. Un camisón de seda de color rosa, cortito y de tirantes… Para poder ver sus piernas y sus hombros desnudos.

—¿Hay algún sitio donde pueda comprar algo de ropa? —preguntó Gina mientras miraba el bosque que atravesaban en aquellos momentos con desesperación.

—Lo más cercano es Vinton, y está a treinta y dos kilómetros de aquí. Las tiendas aquí cierran a las cinco, te llevaré a Vinton mañana por la mañana y te compraré algo de ropa.

—Llévame si quieres, pero yo pagaré la ropa —dijo ella con firmeza—. Sigo teniendo mi tarjeta de crédito.

—Será como un adelanto salarial —dijo Nick.

Gina pensó que con aquel comentario él dejaba claro que podía pagarla perfectamente.

—Quería hablarte sobre el trabajo…

—Ahora no puedes echarte atrás —le dijo él. De repente la idea de que ella cambiara de opinión lo asustaba.

—¡No voy a echarme atrás! Sólo quería decirte que preferiría que en lugar de pagarme un sueldo llegáramos a un acuerdo.

—¿Un acuerdo? —preguntó él intrigado.

—Yo me encargaré de las labores de la casa y a cambio tú me darás comida y alojamiento.

Nick apretó los dientes. Estaba claro que ella ya estaba pensando en marcharse lo antes posible ¿Adonde querría llegar con tanta prisa? ¿O con quién?

Aquel pensamiento le provocó una emoción que no quiso analizar.

—Cuando hablé de un trabajo temporal me refería a una par de semanas no a días —dijo él—. A no ser que alguien te esté esperando en algún sitio.

—No es eso, es sólo que... No quiero estar atada a ningún lugar —Gina puso esa excusa por si él no se interesaba por ella.

—Creo que el hecho de que no tengas dinero o medio de transporte te ata más a un lugar que un trabajo. Si no te gustaba tu trabajo en Chicago, ¿qué es lo que te gustaría hacer? —Nick pensó que la pregunta no era demasiado personal.

—Me gustaría ser profesora. Estudié tres años de Magisterio, pero tuve que dejarlo para ayudar en casa cuando a mi padre le diagnosticaron cáncer de pulmón. Murió trece meses después, hace dos años y medio —su voz sonaba entrecortada. Parecía algo afectada.

Nick le acarició suavemente una mejilla y ella sintió ganas de llorar. Después Gina tomó aire y siguió hablando.

—Me dejó el dinero suficiente como para terminar mis estudios, me he apuntado a la Universidad de Illinois para el próximo curso. Mientras tanto quiero viajar un poco.

Nick se preguntó por qué no habría continuado sus estudios tras la muerte de su padre en lugar de trabajar en algo que no le gustaba, había algo de lo que ella no parecía querer hablar. Y él tenía que respetar aquel silencio... Por el momento.

—¿Qué tal si pruebas el trabajo durante dos semanas? —le ofreció él.

Gina se lo pensó un rato.

—De acuerdo, dos semanas.

—Después podemos hablar de una posible renovación.

—Yo sólo estaba de paso, en serio —dijo Gina como si se estuviera advirtiendo a sí misma además de a él.

—Pues pasa caminando tranquilamente, así podrás ver más cosas a los lados del camino.

—Por lo que he visto hasta el momento este lugar merece ser recorrido con tranquilidad.

Nick estaba tan contento de haberla convencido de que se

quedara dos semanas que no le importó que ella cambiara de tema.

Un rato después Nick abandonó la carretera principal para tomar un camino asfaltado que llevaba hasta una casa enorme de madera que se pudo ver durante unos instantes antes de que Nick apagara el motor y se quedaran completamente a oscuras.

Gina estaba estupefacta.

—¿Si esto es una casita de campo a qué llamas tú una casa? —Gina también pensó en cómo se las iba a arreglar para limpiar una casa tan grande.

Mi tatarabuelo construyó esta casa como residencia de verano y la gente de aquí siempre llama a ese tipo de residencias casitas de campo, independientemente de su tamaño —le explicó Nick.

Gina miró a su alrededor y observó lo aislada que estaba la casa.

—Ten cuidado, no te tropieces —le dijo Nick ante la irregularidad del camino y como excusa para poder satisfacer su creciente deseo de tocarla.

Gina tomó aire al sentir la mano de él sobre su brazo desnudo. Sentirle cerca le hacia sentirse tanto emocionada como segura, era una sensación contradictoria, o por lo menos extraña ¿Cómo podía un extraño transmitirle aquel sentimiento de seguridad?

Gina observó a Nick mientras éste abría la puerta. Quizá la atracción que sentía hacía él desaparecería al día siguiente. Quizá al día siguiente lo miraría y se preguntaría qué diablos había visto en él, aparte de que era muy guapo y tenía un cuerpo impresionante. Impresionante…

—Bienvenida a mi humilde morada —dijo él tras abrir la puerta e invitarla a entrar mientras encendía la luz.

Gina lo siguió al interior de la casa, pasada la entrada giraron a la derecha y entraron en lo que parecía que era el salón. No pudo evitar mirar a su alrededor con curiosidad.

La casa estaba amueblada con muebles antiguos y buenos, pero un tanto descuidados. En un extremo del salón había una mesa con una televisión, vídeo y un equipo de música.

Gina volvió a mirar a Nick de arriba abajo, había algo en la casa que no concordaba con la primera impresión que había tenido de él, pero no sabía de qué se trataba y decidió que no era el momento de averiguarlo.

—¿Ahora entiendes por qué necesito un ama de casa? —dijo Nick rompiendo el silencio.

Gina se dijo a sí misma que sí, que era más que evidente.

—En el piso de arriba hay ocho dormitorios y un baño. Yo duermo en uno de ellos y uso el otro como estudio. También hay un

dormitorio con baño en el piso de abajo, si quieres instálate allí.

Gina se quedó estupefacta ¿Ocho dormitorios y tan sólo un baño? Aquello debía haber sido motivo de muchos conflictos.

—Ven conmigo, te mostraré tu habitación.

Gina lo siguió. Atravesaron un arco que estaba a un lado del salón y entraron en la cocina.

—La cocina es un poco... —dijo Nick cuando entraron.

Gina frunció el ceño. Estaba claro a qué se refería. Aquella cocina parecía la foto del «antes» de un artículo sobre renovación de casas antiguas que había visto en el periódico el domingo anterior.

—Mi madre amenazó con tirarla abajo y remodelarla completamente, pero mi padre se negó en rotundo —le contó Nick —. Él solía decir que si a su padre le había valido, también le tendría que valer a él.

—Entiendo perfectamente a tu madre —dijo Gina.

—Bueno, ella obtuvo su revancha. Cuando se jubilaron y se mudaron a Florida me regaló la casa y a mí no me importa. Quiero decir que mi padre tenía algo de razón, mi tatarabuela solía cocinar aquí sin problemas.

—Tu tatarabuela tampoco conocía la penicilina, pero eso no quiere decir que le fuera mejor.

—Entonces, ¿no te gusta? —Nick miró a su alrededor algo preocupado y a Gina le dio pena. Probablemente no podía permitirse cambiar una cocina que parecía datar de la Segunda Guerra Mundial.

—Para el poco tiempo que voy a estar aquí me servirá perfectamente —dijo ella mientras miraba con dudas la antigua cocina de gas—. ¿Dónde está mi habitación? Ah, y también, ¿me podrías prestar un pijama?

La idea de imaginársela llevando su ropa hizo que todo su cuerpo temblara de emoción y Nick se dijo a sí mismo que debía controlarse si no quería que aquella mujer saliera corriendo en aquel mismo instante.

—Lo siento, yo no utilizo pijama, ¿te conformas con una camiseta de manga corta?

Gina tomó aire al imaginarse a aquel hombre dormido desnudo.

—Perfecto. Creo que me acostaré ya, sé que aún no es tarde, pero llevo desde las seis de la mañana conduciendo y estoy cansada.

—Entonces, iré por la camiseta —después señaló el pasillo que estaba detrás de ella—. En el armario del baño puedes encontrar sábanas.

—Deja la camiseta sobre la mesa de la cocina —se apresuró a

decir Gina, necesitaba estar sola para recuperar su tranquilidad mental. Lanzarse a vivir de verdad era mucho más cansado de lo que ella se había imaginado.

CAPÍTULO 3

Gina abrió los ojos y vio una pared de color mostaza. Frunció el ceño y se preguntó en qué tipo de hotel pintarían una pared de aquel color.

De repente se dio cuenta de dónde estaba ¡Estaba en la casa de Nick Balfour! Suspiró al ver que la silla que había puesto contra la puerta no se había movido ni un centímetro. Después de los comentarios de la camarera y del sheriff, estaba casi segura de que podía fiarse de Nick, pero le agradaba comprobar que no se había equivocado. Sobre todo después de averiguar que había ciertas personas a las que había juzgado muy a la ligera.

Había dejado su reloj sobre la mesita y se lo puso.

Eran las ocho y cuarto ¿Sería temprano o tarde? Frunció el ceño, no sabía qué tipo de horario solía tener una ama de casa, aunque sospechaba que Nick Balfour tampoco lo sabía.

Al recordar la imagen de aquel hombre tan atractivo, Gina se sonrojó, era un hombre peligroso...

Aunque ella no necesitaba ningún hombre, una relación era una complicación innecesaria. No tenía ni tiempo ni fuerzas como para afrontar algo así. Tenía que estar de vuelta en Illinois el diecisiete de enero. Pero hasta aquel momento estaba libre, libre para aprender aquellas cosas que sus amigas parecían saber de forma innata.

Además ya era hora de que ella experimentara un poco, pensó mientras recogía su ropa interior del radiador dónde la había dejado para que se secara tras lavarla en el lavabo la noche anterior.

No había tenido demasiadas citas durante los últimos cuatro años, la verdad era que nunca había tenido demasiada vida social.

Una sensación agradable le recorrió el cuerpo al pensar en poder experimentar con Nick.

Gina hizo una mueca mientras se ponía la ropa interior, estaba fría y algo húmeda aún. Lo primero que tenía que hacer era comprar algo de ropa.

Terminó de vestirse y salió de la habitación. Una vez fuera se paró para escuchar. Había un gran silencio. O Nick era una persona muy silenciosa o aún no se había levantado.

Gina se dio cuenta de que ya estaba levantado al entrar en la cocina y verlo de pie junto a la cocina, mirando por la ventana hacia el jardín.

No pudo evitar fijarse en lo anchas que eran sus espaldas, en sus fuertes brazos cubiertos de vello oscuro, en aquellas estrechas caderas y las musculosas piernas... Era tan alto, tan imponente, un escalofrío recorrió su espalda al imaginarse la sensación que le provocaría tocarlo, bailar entre sus brazos...

—Buenos días —dijo ella.

Él se giró sorprendido como si no se esperara que hubiera nadie en la casa.

A Gina le costó disimular la decepción que sintió al notar que en lugar de estar esperando que ella se levantara, parecía haberse olvidado de su presencia. Y pensar que había colocado una silla en la puerta por si intentaba entrar... Por una vez quería que un hombre la mirara y sintiera un irresistible y primitivo deseo por ella... Sólo por una vez. Pero en su lugar tenía a un hombre que perecía estar tratando de recordar quién era ella.

Nick la miró fijamente, el repentino deseo que había sentido al verla aparecer había resultado inesperado. Se quedó mirando la suavidad del pelo castaño de Gina y sintió ganas de acariciarlo, de olor aquella dulce fragancia que recordaba de la noche anterior.

También sintió ganas de acariciar el resto de su cuerpo... Nick bajó la mirada y se fijó en sus pechos, parecían rogarle que los tocara, su cuerpo parecía pedirle que lo estrechara entre sus brazos.

Pero Nick se dijo a sí mismo que era imposible, él ya tenía una amante muy exigente, su profesión, la medicina. No tenía tiempo para dedicarle a ninguna mujer.

Frunció el ceño al recordar la única vez que había intentado mantener una relación mientras se entregaba a su trabajo. Las discusiones, las recriminaciones se habían repetido una y otra vez, no quería que algo así se repitiera nunca más. Había sido una lección dura de aprender, pero finalmente la había aprendido.

Nick se dijo que estaba viviendo algo poco habitual, tenía más tiempo libre del que nunca había tenido y Gina podía ayudarlo a llenar aquellos espacios vacíos, aunque no llegaran a tener una relación sentimental, siempre podían ser amigos y hacerse compañía el uno al otro durante el tiempo que ella permaneciera allí.

De repente se imaginó a Gina tumbada en su cama y mirándolo con coquetería. Apartó aquella idea inmediatamente de su cabeza.

—Buenos días —logró decir finalmente—. ¿Quieres café? Está allí —le dijo señalándole la cafetera.

—Gracias —dijo ella mientras se dirigía hacia la cafetera. De repente pudo oler la colonia de él y sintió ganas de besar sus labios,

su calor. Gina se apresuró a apartar aquella idea de su cabeza mientras se servía una taza de café.

La verdad era que la atracción que sentía aquella mañana parecía aún más fuerte que la que había sentido la noche anterior. Pero la pregunta era qué podía hacer al respecto. Estaba bien que ella hubiera decidido que quería vivir una aventura con él, pero él también tendría que colaborar.

Gina decidió no preocuparse por lo que podía pasar y ocuparse sólo de lo que tenía que hacer por el momento.

—¿Ha llamado el sheriff? —le preguntó ella.

—No. Aunque no es de extrañar, no creo que se levante antes de las diez los fines de semana.

—La tranquilidad de vivir en una pequeña ciudad.

—Los seres humanos son iguales aquí y en las ciudades grandes sólo que aquí todo es más evidente.

—Me gustaría saber adonde se puede ir para huir del crimen ya que por lo visto las ciudades pequeñas tampoco son seguras. Todo este asunto le ha quitado totalmente el encanto a mi gran aventura.

—Dijiste que huías de tu hogar, ¿por qué? —Nick aprovechó el momento para satisfacer su curiosidad.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué huyes de tu hogar?

—Porque prefiero vivir en otro lugar, ¿nunca has tenido ganas de dejarlo todo y buscar una nueva vida?

Nick frunció el ceño un poco.

—No, a veces he sentido ganas de que algunas personas desaparecieran de mi vida, pero yo nunca he querido salir en busca de otra.

A Gina aquello le resultó extraño. Nick le había perecido una persona fuera de lugar, una persona que no parecía congeniar con la idea de pasarse día tras día en aquella casa sin hacer nada. A Gina le parecía una vida terriblemente aburrida, ¿acaso él no anhelaba un cambio?

—¿Te gusta vivir aquí? —le preguntó ella.

—¡Estás de broma! ¡Esto me vuelve loco! Pero no puedo volver al trabajo hasta que no se me cure el brazo e incluso entonces tendré que hacer rehabilitación para recuperar la movilidad de los dedos. No podré volver a trabajar hasta dentro de un par de meses, quizá más...

Siempre que pudiera regresar a trabajar... A Nick lo asustaba la idea de que algún nervio hubiera resultado dañado y no pudiera volver a operar.

Se colocó el pelo con la mano sana y Gina no pudo evitar fijarse en lo suave que parecía su pelo negro y sintió ganas de tocarlo.

—¿Qué te rompiste exactamente? —le preguntó ella observando la escayola que le tapaba desde la muñeca hasta el codo.

—El radio —dijo él. No tenía ninguna intención de contarle que una bala le había roto el hueso en ocho trozos. Si le contaba aquello le tendría que contar muchas más cosas que no quería revelar.

—Ya veo —dijo Gina mientras se preguntaba qué habría hecho para romperse el brazo ¿Habría estado patinando? ¿Montando en moto? ¿Esquiando? Y a pesar de la enorme curiosidad que sentía no hizo ninguna pregunta más, la expresión en la cara de Nick dejaba claro que no serían bien recibidas. Así que a pesar de su intriga decidió cambiar de tema, no quería que él pensara que era una entrometida.

—Sobre este trabajo que ten generosamente me has ofrecido... —habló ella de nuevo.

—¡Generoso! Es un trabajo del que yo busco beneficiarme, si tuviera que pasar un día más mirando las paredes y preparando mi propia comida me volvería loco. Supuse que estarías dispuesta a quedarte en un lugar como éste porque necesitabas un techo.

—Podría haber recurrido a un motel —no pudo evitar corregirle.

—Por aquí no hay moteles, están llenos durante todo el otoño.

Gina hizo una mueca.

—Como te dije ayer prefiero pensar en esto como un trato que como un trabajo ¿Qué te parece si mantengo la parte de la casa en la que vives limpia y preparo dos comidas al día? Puedes elegir qué dos comidas quieres que te prepare. A cambio me darás cama y comida y me llevarás a hacer algunas compras esta mañana. También puedes dejarme el coche y así no tienes que llevarme tú.

—El acuerdo está bien, pero en lo que se refiere a dejarte a Octavius...

—Es sólo una camioneta.

Nick se encogió de hombros y la miró como si acabara de cometer la más terrible herejía.

—Octavius es un clásico, hace falta conocerlo bien. Yo te llevaré, la verdad es que no tengo nada más que hacer. Y prefiero comida y cena, yo me encargaré de mis desayunos.

—¿Tienes un horario?

—¿Un horario?

—Sí, ¿tienes que tomarte alguna medicina o algo parecido?

—No tengo ninguna infección y la fractura sólo necesita reposo.

Gina se quedó mirándolo estupefacta de nuevo, era

increíblemente atractivo… Un instante después se obligó a abandonar las fantasías y poner los pies en la tierra.

— ¿Te dijo el médico que hicieras ejercicio? —le peguntó ella para reanudar la conversación.

—¿Para curar un brazo roto?

—Necesitas hacer ejercicio.

—Hay una ley que prohíbe a la gente que no es médico practicar la medicina —odiaba perder el tiempo haciendo ejercicio cuando podía repasar sus últimos casos o leer revistas especializadas.

—El mal humor es una señal de aburrimiento.

—¡No estoy de mal humor! —Gina sintió ganas de borrar la seriedad de sus labios con un beso, pero se controló—. Tú mismo te has traicionado. Y para que lo sepas, Nick Balfour, el ejercicio lo cura todo hoy en día, ¿acaso no lees?

—¿Y tú te crees todo lo que lees? —le replicó él. Nick era incapaz de seguir enfadado ante aquella expresión llena de felicidad. Y más teniendo en cuanta que ella tenía razón. Estaba de malo humor porque se aburría terriblemente, la inactividad le frustraba, deseaba volver al hospital a operar.

Pero si no podía trabajar, prefería hacer cosas con Gina. Nick tomó aire al pensar en el tipo de cosas que le gustaría hacer con ella…

Se dirigió a la cocina y se sirvió otra taza de café para ocultar cómo su cuerpo estaba reaccionando ante ella. Si no tenía cuidado, terminaría asustándola y volvería a estar solo en aquella enorme casa.

Gina era la persona más interesante con la que se había cruzado desde hacía tres semanas, el tiempo que llevaba allí. No podía permitir que se fuera.

—¿No estarás insinuando que alguien es capaz de publicar algo que no es verdad? —los ojos azules de ella brillaban con intensidad y su boca sonreía de una forma que a él le hacía feliz. Sintió ganas de acercarla y estrecharla entre sus brazos, de besar aquellos labios y absorber su felicidad, su alegría, tan sólo estar cerca de ella parecía iluminar el día.

—¿No serás una de esas fanáticas del ejercicio, no?

—Yo hago las preguntas aquí, tú eres el enfermo.

—Yo no diría que romperse un brazo es lo mismo que estar enfermo, además, ¿nunca te han dicho que has de ser amable con la gente lesionada?

—Perdona, pero soy de las que creen en mantenerse firmes y seguir adelante —contestó ella mientras pensaba lo sumamente

amable y cariñosa que le gustaría ser con él. Lo metería en la cama y le…

Estaba a punto de decirse a sí misma que debía dejar de soñar despierta cuando se dio cuenta de que no había razones para dejar de hacerlo. Si quería tener fantasías con Nick Balfour, podía tenerlas, de hecho si quería hacer algo más que fantasear con él también podía. Siempre que estuviera en Illinois para el comienzo de curso, podía hacer lo que quisiera. El problema era que estando cerca de él le resultaba difícil recordar cuáles eran sus planes de futuro. La fuerte personalidad de aquel hombre lo abarcaba todo.

—Deberías hacer una tabla de ejercicios suaves —insistió ella.

—Odio el ejercicio.

—La gente que hace ejercicio goza de mejor salud que los que no lo hacen.

—Ahora me hablas como a un niño.

—He intentado razonar como un adulto, pero tú no me escuchas.

—¿Y si haces ejercicio conmigo? —Nick se quedó mirándola a la expectativa. En cualquiera de los dos casos él saldría ganando, o abandonaba el tema o accedía a hacer ejercicio con él.

—¿Qué tipo de ejercicio? —le preguntó ella.

—Y yo que sé, tú eres la que insistes tanto.

Gina pensó en la incomodidad de hacer ejercicio y lo comparó con lo agradable que sería hacerlo acompañada de Nick y se decidió.

—¿Quizá podamos caminar un poco? Caminar es un ejercicio agradable.

—No para mí, pero supongo que podré aguantarlo.

—¿Duermes la siesta? —le preguntó para decidir cuál era la mejor hora para caminar.

—¿Una siesta? ¿Cuántos años crees que tengo?

—Dos años, más o menos, por lo menos actúas como un niño de dos años… Pero te referías al aspecto, ¿no es así? —le dijo Gina con una sonrisa que hizo que el mal humor de Nick desapareciera por completo.

Gina observó el brillo de los ojos de él y se alegró de que el imponente Nick Balfour fuera capaz de reírse de sí mismo.

—Creo que me lo estaba buscando —dijo él.

—Así es, ¿y qué hay del desayuno?

—Te he dicho que no hace falta que me prepares nada.

—Y no voy a hacerlo, voy a prepararme algo para mí.

—En realidad, no he estado desayunando nada, así que no creo

que haya nada para comer.

Gina se mordió el labio y decidió no decirle lo que pensaba acerca de saltarse el desayuno, ya había sido suficiente por un día, lo dejaría para otro momento.

—Muy bien, si no tenemos nada para desayunar, ¿por qué no vamos a que yo me compre algo de ropa y a la vuelta pasamos por el supermercado?

—Muy bien.

Gina vio cómo vaciaba el contenido de la taza en el fregadero, la fregaba y la dejaba a secar. Estaba claro de que era un hombre ordenado, ¿se lo habría enseñado una mujer? Si era así no debía haber sido su mujer ya que la camarera del bar le había dicho que no estaba casado. Quizá tenía novia. Aquella idea no le gustó, pero tuvo que reconocer que el hecho de que la posible mujer que saliera con él no estuviera en aquella casa no quería decir que no existiera. Tal vez ella trabajaba. O tenía hijos que no podían dejar de ir al colegio.

Gina se preguntó cómo podría averiguar aquello sin preguntarle directamente, ella era libre de hacer lo que quisiera, pero no quería estropear la relación de otra persona, de repente tuvo una idea.

—¿Para cuántas personas he de cocinar este fin de semana? —intentó que la pregunta pareciera estrictamente profesional.

—Sólo para ti y para mí. Se supone que tengo que descansar completamente así que no le he dicho a nadie dónde pueden localizarme. Las visitas inesperadas suelen resultar agotadoras.

—Y las planeadas también —dijo Gina. Se esforzó por no mostrar la alegría que había sentido al saber que Nick no estaba comprometido con nadie. Las posibilidades se abrían ante ella.

Y de repente la vida parecía llena de promesas.

CAPÍTULO 4

Nick esperó a que Gina se abrochara el cinturón y después arrancó. —¿Qué tienes que comprar?

Gina pensó en que todo lo que poseía en aquellos momentos era lo que llevaba puesto.

—De todo, ¿hay unos grandes almacenes cerca? ¿Y un supermercado quizá?

—Creo que podrás conseguir de todo en Vinton.

—Muy bien. A ver si terminamos con las compras por la mañana y así podemos salir a caminar un poco por la tarde.

Nick se quedó mirándola fijamente.

—¿No serás una de esas personas insistentes que no se rinden nunca?

—Espero no tener que serlo, y no lo seré si eres lo bastante listo como para darte cuenta de que es una idea bastante razonable.

—¿Desde cuándo piensas que yo soy una persona razonable? —le preguntó él—. Y sigo pensando que deberías dejar que yo te comprara la ropa.

—Y yo creo que no —Gina se negó en rotundo. No sabía si él podía permitírselo y además estaba decidida a relacionarse de igual a igual y si él le compraba la ropa ella le debería algo—. ¿Qué te parece si damos un paseo cuando yo termine de hacer unas llamadas?

—¿Qué llamadas tienes que hacer? —le preguntó Nick que sentía curiosidad por saber a quién quería llamar. Ella no había hablado de ningún hombre pero aquello no quería decir que no hubiera alguno con el que ella quisiera seguir manteniendo el contacto. Una mujer tan atractiva como Gina debía tener a algún hombre detrás de ella seguro. A Nick no le agradó la idea.

—Al sheriff, a la compañía de seguros y al banco —afirmó ella con un suspiro. Odiaba el papeleo y tenía la impresión de que para solucionar todo aquello tendría que rellenar muchos formularios—. Aunque puede que tenga suerte y que el sheriff me diga que ya han encontrado mi coche.

—Lo dudo —dijo Nick con sinceridad.

—Eres bastante directo. Bueno, ¿qué quieres comer?

—Comida.

—¿Puedes ceder un poco? Por lo menos di un tipo de comida.

—Odio el pollo y el tofu, me cuesta comer pescado y me gustan los postres, ¿es eso lo que querías oír?

—Sí, con eso sé que eres la pesadilla de cualquier experto en nutrición.

—¿Por qué dices eso?

—Porque el pollo, el pescado y el tofu son muy buenos para la salud y a ti no te gusta nada que sea bueno.

—Eso es una calumnia, tan sólo tengo claro lo que me gusta y lo que no y hasta ahora no he recibido quejas por parte del Ministerio de Sanidad.

Gina frunció el ceño y se quedó pensando en la palabra que Nick acababa de usar para negarlo todo. «Calumnia» no era una palabra de uso frecuente. Gina no recordaba habérsela oído a nadie, ni siquiera en la oficina donde había trabajado y donde había mucha gente bastante intelectual ¿Qué significaba aquello? Gina pensó que probablemente no significaba nada y que Nick seguramente sería un devorador de libros. El hecho de que ella no hubiera visto ninguno en la planta baja no quería decir que no pudiera haber toda una biblioteca en la planta superior.

Lo único que demostraba el uso que hacía del vocabulario era que había algo más detrás de Nick Balfour que lo que se veía a simple vista. Gina le miró detenidamente y se fijó en la forma en que los pantalones se ceñían alrededor de sus piernas. Estaba claro que Nick Balfour estaba lleno de encantos, algunos de ellos muy visibles…

La verdad era que el cuerpo de aquel hombre la fascinaba.

—Aquí podrás encontrar todo lo que necesitas —Nick hizo que Gina dejara de lado sus deseos y regresara a la realidad. Había aparcado en un aparcamiento al lado de un edificio rojo.

Apagó el motor, salió de la camioneta y le abrió la puerta a Gina.

Ella le sonrió. Aquella galantería pasada de moda le encantó. No estaba acostumbrada a que los hombres le abrieran la puerta del coche y no sabía cómo reaccionar. Así que se limitó a darle las gracias.

—Hace un día espléndido —dijo ella mientras ambos atravesaban el aparcamiento.

—Así es. En Chicago los días no parecen igual de maravillosos.

—¿Siempre has vivido allí? —le preguntó Nick.

—Sí, siempre he vivido a las afueras de Chicago, en la zona sur —Gina se detuvo y miró el plano de los grandes almacenes. La parte deportiva estaba a la izquierda.

—¿Adonde vas en primer lugar? —le preguntó Nick mientras la seguía.

—Voy a comprar un poco de ropa. No tardaré.

Y así fue, Gina eligió rápidamente dos pares de vaqueros, tres camisetas de manga corta y un paquete de calcetines blancos.

—¿Acaso no te lo vas a probar? —le preguntó Nick mientras la veía dirigirse a la caja.

—No, ya conozco estas marcas, sé que me quedarán bien.

Gina le dio la ropa a la dependienta y pagó con la tarjeta de crédito.

—¿Y ahora qué? ¿Un vestido? —le preguntó Nick. Tenía ganas de verla con un vestido sedoso, de color rojo tal vez... Un vestido corto e insinuante.

—No, sólo quiero ropa cómoda hasta que encuentren mi coche o la compañía de seguros me pague por lo robado.

Nick frunció el ceño, le hubiera gustado mucho verla con un vestido, pero sabía que si le ofrecía regalárselo ella se negaría. Por alguna razón Gina parecía no querer aceptar nada de dinero de él.

Nick la miró y la descubrió mirándolo. Ella se sonrojó aunque él no entendía por qué.

—¿Tienes que comprar algo tú? —dijo ella finalmente.

—No.

—Bien, ¿te importa entretenerte solo un rato?

—Me entretengo bastante contigo.

Gina se quedó perpleja. Aquel comentario parecía propio de alguien al que no le interesaba conocerla en el ámbito personal. O por lo menos aquello era lo que pensaba Gina. El interés por alguien y el entretenimiento estaban reñidos para ella. Pero como tenía poca práctica en el terreno sexual no podía estar segura. Aún así no iba a permitir que aquello la afectara, tendría tiempo de demostrarle a Nick que ella era una mujer muy sensual. Nunca había conocido a ningún hombre que le atrajera tanto como Nick.

— ¿Qué va a ser lo siguiente?

—Voy a comprar ropa interior. Yo sola.

Nick tomó aire. La imagen de Gina probándose ropa interior era tentadora.

— ¿Qué te parece si nos vemos en la puerta principal dentro de veinte minutos?

—Muy bien —contestó Gina.

A los veinte minutos ya había terminado de comprarlo todo y se dirigió a la puerta principal. Se detuvo en el escaparate de la perfumería y desde allí pudo verlo esperando en la puerta. Aprovechó el momento para mirarlo tranquilamente y con detenimiento. Era un hombre imponente y lo tenía todo para ella...

Bueno, por lo menos durante un tiempo.

De repente una mujer rubia con unas piernas interminables se acercó a Nick. Gina estaba demasiado lejos como para oír lo que le decía, pero estaba claro que estaba coqueteando con él. A Gina le desagradó mucho ver aquello y fingió estar comprobando el mapa del centro comercial.

Intentó controlar la furia que sentía y se dijo a sí misma que era ridículo. Que otras mujeres se acercaran a Nick era normal y además él no tenía que responder ante nadie, y menos ante ella. A pesar de aquellas palabras, no se sintió mejor, seguía furiosa y suspiró aliviada cuando Nick se apartó de la rubia.

Gina deseó que su enfado no se notara y se apresuró a acercarse a él antes de que cambiara de opinión respecto a la rubia.

—¿Ya has terminado?

—Sí —dijo Gina mientras miraba a la mujer rubia que fingía interesarse por el plano del centro comercial. A Gina le sorprendió notar que aquella mujer la miraba con envidia. Era la primera vez que alguien la envidiaba por su acompañante.

—¿Quieres uno? —le dijo Nick de repente mientras le ofrecía una bolsa de papel llena de bombones de chocolate.

Gina los miró y se dio cuenta de que los bombones eran de una marca muy cara. Tomó uno mientras se preguntaba por qué si tenía ganas de chocolate no se había comprado una chocolatina en lugar de aquel chocolate tan caro. Decidió no formular la pregunta. No era asunto suyo en qué se gastaba el dinero Nick.

—Muchas gracias, está muy bueno.

—No hay de que, he comprado más para más tarde.

—Pero si ahí tienes suficiente para esta semana y parte de la siguiente.

—El chocolate es muy bueno, produce las mismas endorfinas que se producen cuando estas enamorado.

—¿Ah, sí? —respondió Gina un tanto confundida.

Ella siempre había pensado que las endorfinas estaban relacionadas con el deporte y aquel comentario la sorprendió. También la sorprendió que Nick supiera algo así, y más teniendo en cuenta que no practicaba deportes. Sin embargo no se le ocurrió ninguna forma de averiguar cómo sabía aquello sin dejar ver que ella había pensado que era un ignorante. Aun así se propuso a sí misma explorar el resto de las habitaciones de la casa en cuanto pudiera y ver si tenía una biblioteca escondida en algún lugar.

—Ahora iremos al supermercado —dijo Nick.

Gina miró la hora y vio que eran las once y media. Si tenían

suerte estarían de regreso en la casa a la una y tendrían el resto del día libre para hacer otras cosas. Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en las atractivas facciones de Nick; expresaban deseo, un deseo que tan sólo ella podía satisfacer.

—Deberías ponerte uno de los jerséis que compraste —dijo él al notar sus temblores—. Es mejor que no te resfríes.

De repente Nick se quedó mirándola y sintió un intenso deseo de estrecharla entre sus brazos, de sentir todo su cuerpo cerca de él.

—No creo en los resfriados, creo que solo son cuentos de hadas, o más bien de madres pesadas, como lo de: no andes descalzas que vas a enfermar.

—¿Eso es lo que te decía tu madre? —le preguntó Nick.

—No —se limitó a contestar Gina y se puso de mal humor. Su madre nunca se había preocupado por su salud, había estado demasiado ocupada representando el papel de inválida desvalida que no podía pensar en nadie más.

Nick frunció el ceño, y se preguntó qué habría dicho él como para hacerla cambiar de humor tan repentinamente. Nick tenía la sensación de que había algo negativo en su vida, pero no la conocía lo suficiente como para sacar el tema, tenía que darle tiempo, hacer que confiara en él, y entonces quizá podría averiguar de qué estaba huyendo y ayudarla.

Esperó a que Gina se pusiera el jersey y se sentara en el coche para arrancar el motor. Cinco minutos después llegaron al supermercado.

—Yo suelo comprar la comida aquí y el pan y la leche en la tienda al lado de casa —le dijo mientras aparcaba al lado de la puerta.

Gina pensó en lo que Nick acababa de decir, pensó en la palabra «casa» ¿Cómo sería tener un hogar y a alguien a quien amar? Alguien como Nick. Lo miró un momento mientras se acercaban a la tienda. Su imaginación era desbordante.

—¿Quieres algo en especial? —le preguntó Gina mientras empujaba el carrito.

—No me gusta el pollo.

—Eso ya lo sé, ¿y qué hay de las especies?

—Me gusta la canela, el jengibre, el clavo y la nuez moscada.

Él se acercó al carrito y colocó las manos junto a las de ella.

—Yo llevaré el carrito, tú encárgate de llenarlo.

El roce de sus manos hizo que Gina temblara ligeramente.

—¿Qué sueles cenar? —le preguntó ella intentando olvidar el incidente.

Gina volvió a intentarlo, quizá tenían razón aquellos que decían que la mejor forma de conquistar a un hombre era a través de su estómago. Aunque ella no pretendía conquistar a Nick, los planes de vida que tenía hacían que aquello fuera imposible. Sin embargo le agradaba la idea de que se fijara en ella durante un tiempo.

Nick pensó en su costumbre de cenar en el hospital antes de regresar a casa. No podía recordar lo que comía porque todo le sabía igual. Blando, muy hecho y sin sabor.

—Después del trabajo suelo cenar algo en la cafetería.

Gina se quedó pensativa. Si el lugar donde trabajaba tenía cafetería debía ser un lugar bastante grande. Quizá era una fábrica, había dicho que era técnico, pero no había dicho qué tipo de técnico. Ella estaba decidida a averiguarlo, iba a averiguar todo lo que pudiera acerca de aquel fascinante hombre antes de marcharse. Sin embargo no quería hacerle ninguna pregunta personal por el momento. El acuerdo que tenían era demasiado valioso como para arriesgarse a romperlo preguntándole algo de lo que estaba claro que no quería hablar.

—Tengo una idea —dijo ella—. ¿Qué te parece si diseño yo un menú y tú luego me dices si estás de acuerdo o no?

—Pero no prepares nada con pollo.

—Está bien —le dijo Gina mientras intentaba recordar platos que podrían gustarle a un hombre. Le había preparado la cena todos los días a su madre porque ella siempre decía que estaba demasiado débil para cocinar. Pero a su madre le gustaban las comidas ligeras, algo que no complacería al hombre que tenía delante.

Gina comenzó a meter cosas en el carrito, estaba deseando regresar a casa. Una vez que hubiera hecho la llamada que tenía que hacer, tendría el resto del día libre para hacer otras cosas.

De repente se sintió insegura, ¿quizá él no quisiera hacer nada con ella y era demasiado educado como para admitirlo?

Gina apartó aquella idea de su cabeza, no sabía si a Nick le gustaba o no, ambas posibilidades eran igual de probables. Actuaría como si fuera una persona interesante e igual él se lo creía, incluso ella podía llegar a creérselo.

Como había llegado a creerse los constantes comentarios de su madre acerca de su delgadez y su altura, ella siempre bromeaba diciendo que tenía una hija que parecía una jirafa. Sin embargo ella no era demasiado alta para Nick, era perfecta ya que el era sólo un poco más alto que ella.

Gina se olvidó de todo al acercarse a la caja registradora.

Llagaron a casa un poco antes de la una y después de una

comida a base de sopa y bocadillos, Nick subió al piso de arriba y Gina se dispuso a limpiar la cocina.

Cuando él se fue ella le observó marcharse y tuvo la extraña sensación de que estaba escapando, pero enseguida se dijo a sí misma que aquello era absurdo y se propuso no buscar una segunda intención en cada cosa que él hiciera.

Cuando terminó de fregar la cocina, se dirigió al salón. Decidió llamar primero, después limpiaría un poco más. Y cuando Nick bajara le propondría dar un paseo, y si terminaba y él no había bajado lo iría a buscar. La idea de dar un paseo con él la llenó de alegría.

Pero aquella alegría desapareció en cuanto llamó a la compañía de seguros, cuando habló con el banco que había emitido sus cheques de viaje se enfadó aún más y cuando colgó definitivamente tras hablar con el sheriff, la tercera llamada, estaba realmente furiosa.

Nick se detuvo en la puerta del salón y frunció el ceño al ver la expresión enfurecida de Gina. Parecía que fuera a explotar en mil pedazos en cualquier momento.

—¿Algún problema? —le preguntó él.

—No, un problema no, muchos problemas.

—¿Qué ha pasado?

—¡Más bien debería preguntar lo que no ha pasado!

—Cuéntamelo y quizá pueda ayudarte.

Gina lo miró sorprendida, no le había contado sus problemas a nadie desde... Frunció el ceño mientras intentaba recordar. Desde que a su padre le habían diagnosticado cáncer. Comparado con los problemas de él, los de Gina se habían vuelto insignificantes y no había querido preocuparlo con ellos y su madre nunca se había interesado por sus cosas. Ni siquiera cuando Gina había sido una niña. Para su madre, ella era la única con derecho a tener problemas y desde luego la gente de su alrededor no tenía ni el más mínimo derecho a tenerlos.

—Soy un buen confidente —le dijo Nick de nuevo.

Gina estaba segura de que era bueno en muchas otras cosas, sin embargo confiarle sus problemas...

De repente se dio cuenta de que no tenía por qué ocultarlo, después de todo no eran problemas personales, quizá podría darle alguna solución.

—De acuerdo —dijo ella—. Tú lo has querido. En primer lugar la compañía de seguros dice que no me darán nada hasta que no pasen treinta días desde la denuncia o hasta que aparezca el coche

destrozado.

—¿Te dijeron por qué?

—Me contaron algo sobre la cantidad de coches que después de ser robados aparecen al cabo de un par de días en perfecto estado.

—Entiendo que eso les haga esperar unos días, pero treinta días me parece excesivo.

—Eso es lo que le dije a la chica.

—¿Y qué te dijo ella?

—Que la compañía tenía ese acuerdo y que había otras compañías que esperaban incluso cuarenta y cinco días y que ella no decidía esas cosas.

—Y supongo que eso te hizo sentirte además de enfadada culpable por haberte enfadado con alguien que no tiene la culpa.

Gina asintió.

—Pero no sólo eso, en la cláusula de mi seguro dice que se cubrirán los gastos de un coche alquilado siempre que se presente una copia de la denuncia como mucho tres días después del robo. Así que cuando llamé al sheriff y le pedí que me mandara una copia de la denuncia me dijo que no estaba lista porque... ¡Porque su mujer estaba visitando a su madre!

Nick frunció el ceño.

—Supongo que Thelma ejerce de secretaria y escribe los informes a máquina.

—No lo sé, estaba demasiado enfadada como para preguntar. Tenía miedo de que si gritaba, podría llegar a decir más de lo que debía y él tardaría más en hacerlo en represalia.

—¿Y qué hay del asunto de los cheques de viaje? —le preguntó Nick.

—Lo harán, pero para hacerlo necesitan la firma del director y el director no está los fines de semana.

—Ya te he dicho que estoy dispuesto a pagarte un salario.

—Y yo te dije que no quiero que me pagues nada, sólo quiero hacer un intercambio —dijo ella. Estaba decidida a mantenerse al mismo nivel que él. Si él la contrataba, ella no podría verle como un hombre atractivo y deseable, y quería hacerlo, aunque todavía no sabía cómo... No tenía la experiencia suficiente como para decirle directamente que le gustaba, además, si le hacía una proposición y él la rechazaba ella se sentiría avergonzada y además no podría permanecer en aquella casa.

—Pero lo peor de toco ha sido que no he podido localizar al abogado que administra los bienes de mi padre. Me dieron el teléfono de su casa, pero su mujer me dijo que acababa de salir,

todo ha sido un desastre.

Nick se quedó mirándola fijamente.

—Necesitas relajarte un poco, el estrés no es bueno.

—Díselo a los que me lo han provocado.

—No puedes controlar la situación, pero sí tu reacción.

Gina cerró los ojos y los volvió a abrir.

—Eso intento decirme a mí misma, pero no me hago caso, sigo muy enfadada.

—Aprendí una técnica de relajación muy buena para momentos como éste, ¿quieres que te la enseñe?

—De acuerdo, estoy dispuesta a probar cualquier cosa.

Nick se acercó a ella.

—Primero inspira con la nariz y espira por la boca. No, así no —le dijo él cuando ella inspiró un poco—. Tienes que inspirar profundamente, tienes que llenar tus pulmones. Deja que te enseñe —Nick metió la mano por debajo de la camiseta de ella y la colocó por debajo de su caja torácica—. Vuelve a intentarlo. Esta vez tienes que inspirar de forma que hagas que mi mano se mueva.

Gina intentó prestar atención a lo que él le estaba contando, pero le resultó imposible, tan sólo podía pensar en aquella mano que le estaba tocando, que estaba haciendo que todo su cuerpo se encendiera de deseo.

Miró atentamente a un botón de la camisa de él para evitar pensar en nada más. Estaba claro que aquel gesto estaba provocando en ella una reacción que él no sentía, Gina incluso tenía miedo de hablar por si notaba algo ya que él hablaba con el mismo tono de siempre.

—Sigues sin inspirar lo suficiente.

—Perdón —dijo Gina concentrándose en la inspiración. Aquella vez logró que la mano de él se moviera un poco aunque sentir su mano la estaba volviendo loca. Gina se dijo a sí misma que si sentía aquello con tan sólo una mano, ¿qué podría llegar a sentir si hacían el amor?

—Eso está mejor, sólo necesitas un poco de práctica.

—De práctica, sí —dijo Gina. En realidad ella estaba dispuesta a practicar cualquier cosa siempre que él la tocara de aquella manera.

—Tú practica la respiración un rato y yo prepararé un poco de café.

Nick abandonó la habitación y deseó que aquella huida no fuera demasiado evidente. Cuando llegó a la cocina se apoyó en la encimera e intentó pensar en lo que acaba de pasar.

Él había querido calmar su enfado, había querido ayudaría a

recuperar aquel buen humor que la había estado acompañando toda la mañana y por ello había decidido enseñarle la técnica de relajación.

Pero desde el momento en que la había tocado todo se había descontrolado y Nick no había podido evitar sentir un fuerte deseo de estrecharla entre sus brazos y besarla, quería hacer que se relajara, sí, pero de la forma más tradicional, haciéndole el amor. Lo único que había evitado que hiciera lo que más deseaba hacer había sido la posibilidad de que lo rechazara y saliera corriendo, ella podía pensar que aquello era parte del acuerdo y huir asustada.

Nick se dispuso a preparar el café e intentó analizar lo que había sentido al tocar a Gina. Jamás había sentido nada igual al tocar a una mujer, y tocaba a muchas en su trabajo. Cuando tocaba a alguna mujer en el hospital siempre lo hacía de una forma profesional, el deseo nunca aparecía ¿Por qué con Gina no sentía lo mismo?

Lo primero que pensó fue que Gina no era su paciente, aunque tampoco había sentido nada igual con otras mujeres que tampoco eran sus pacientes ¿Qué tenía Gina de especial?

Quizá sólo se trataba de un caso de hormonas, él era una hombre y Gina una mujer muy atractiva, muy, muy atractiva... Y estaba viviendo con ella, no era extraño que la deseara, no había nada de malo en ello... Siempre que recordara que no debía dejarse llevar por aquel deseo.

En un mes estaría de regreso en Boston para empezar la rehabilitación y después tendría mucho trabajo.

Siempre que su brazo se curara bien, que lograra recuperar la movilidad y no hubiera ningún nervio dañado. El miedo le invadió de repente, tenía que recuperarse porque si no...

Nick sintió un gran vacío al imaginarse la posibilidad de no poder volver a operar.

—Nick, te llaman por teléfono-dijo Gina de repente.

Nick se olvidó de aquella horrible posibilidad y después de encender la cafetera se dirigió al salón.

CAPÍTULO 5

Necesito hacer una llamada y después, ¿qué te parece si vamos a dar un paseo? —le dijo Gina a Nick cuando éste terminó de hablar por teléfono.

De repente Nick se imaginó a Gina tumbada en su cama. No había duda, el ejercicio que él prefería era mucho mejor que el que proponía Gina.

Nick se puso tensó al ver cómo la delgada mano de Gina agarraba la taza de café, tenía unas manos preciosas... Sintió ganas de besar cada uno de sus dedos y de colocar la mano de ella sobre su pecho, pero no debía hacerlo. A pesar de que ambos eran personas adultas y libres para dejarse llevar por sus deseos, él sabía que hacer el amor con ella era una mala idea. Una muy mala idea.

Sin embargo sólo besarla no estaría mal, siempre que ella accediera, pero no había visto en ella ningún signo de que se hubiera fijado en él. Algo que a él no le sorprendía ya que ella había estado muy conmocionada por lo que le había pasado, tenía que darle tiempo para que se tranquilizara un poco y después podría intentar ver si ella estaba de acuerdo en que ambos se conocieran de una forma más íntima.

Tomó aire al ver como ella se acercaba la taza a los labios y bebía un poco. Todo su cuerpo se acaloró al imaginarse aquellos labios cerca de su piel.

Nick se obligó a calmarse un poco.

—¿A quién tienes que llamar? —dijo él intentando olvidarse de las locuras que se le pasaban por la cabeza.

—Quiero volver a llamar al abogado que administra las posesiones de mi padre, quiero darle esta dirección para que me pueda mandar un cheque, así no tendré que preocuparme mientras la compañía de seguros cumple sus plazos. Aunque por lo menos la compañía tiene plazos, algo que el sheriff no parece ni saber que existe.

—Enfadarte más no va a solucionar nada.

—Quizá si le diera un buen empujón...

Nick la miró de arriba abajo.

—Probablemente ni lo notaría, teniendo en cuenta lo esbelta que eres y lo grande que es el sheriff.

Á Gina le gustó cómo la había llamado, desde luego aquella palabra era mucho mejor que la que solía utilizar su madre. La palabra que había usado Nick le hacía pensar que era una mujer

que podía resultar deseable.

Miró a Nick disimuladamente, su expresión era difícil de interpretar, no se podía saber lo que estaba pensando, no era un hombre que permitía que sus sentimientos se notaran. Era mejor así, pensó Gina, ya que le había obligado a ir de compras por la mañana y en aquellos momentos estaba a punto de arrastrarlo a dar un paseo.

Aunque el paseo le haría bien, y Gina tuvo que reconocer que a ella también le haría bien, le daría la oportunidad de intentar usar sus encantos para intimar con un hombre tan atractivo como Nick.

Gina sintió ganas de que aquel momento llegara y se apresuró a dejar la taza y a hacer la llamada.

—No creo que tarde mucho con la llamada —le dijo a Nick intentando que su tono de voz pareciera normal.

No quería que él se diera cuenta de lo mucho que le gustaba estar a su lado, si lo hacía, podría llegar a espantarlo y podría arrepentirse de haberla invitado a quedarse... Gina se estremeció. Aun así ella sabía afrontar la indiferencia masculina, tenía bastante experiencia en el tema, aunque lo que no podía aguantar era que un hombre la compadeciera.

Gina llamó al señor Mowbry y logró hablar con él. El abogado le comunicó que no podría enviarle el dinero porque su madre había interpuesto un recurso en contra de lo establecido en el testamento.

Gina hizo un esfuerzo por no enfadarse de inmediato y por no contarle al abogado lo que pensaba de su madre. No quería que sus asuntos de familia se hicieran públicos.

—¿Puede interponer un recurso?

—Puede hacer lo que quiera, supongo que lo que realmente quieres saber es si puede ganar —le dijo el abogado.

—¿Puede ganar?

—Lo dudo —dijo él—. Tu padre ya le dejó bastante a ella, es una pena que tú no llegaras a terminar tus estudios cuando él aún vivía —dijo con un tono de desaprobación—. Sé que le hubiera gustado mucho verte licenciada.

Gina se mordió los labios para no decirle que probablemente tenerla en casa para que lo pudiera llevar al médico, leerle cuando él se quedó ciego había significado mucho más para él. Aquellas habían sido cosas que su madre había afirmado que no podía hacer porque la enfermedad de su padre la había dejado destrozada.

Al notar el tono de desaprobación del señor Mowbry, Gina se dio cuenta de que probablemente su madre habría hablado con él y se habría inventado una versión de los hechos donde ella seguramente

representaría el papel de hija despreocupada y desagradecida.

Gina sintió una gran impotencia mezclada con furia, ¿por qué no tenía una madre normal? Una madre que aceptara a su hija como era en lugar de verla como alguien que tenía que estar sometida a su voluntad, y si no era así, ¿por qué otra gente no se daba cuenta de cómo era realmente su madre? ¿Por qué todo el mundo pensaba que era una pobre mujer que sufría a causa de una hija egoísta?

—Aunque yo no soy quien para juzgarla —dijo el señor Mowbry tras un largo silencio.

—Tiene razón —dijo Gina dejándose llevar por su enfado. Intentó tranquilizarse un poco antes de volver a hablar—. Su única función es asegurarse de que se cumpla la última voluntad de mi padre y parte de ella es darme el dinero que me corresponde.

—Tienes que entender que cumplir un testamento al que han interpuesto un recurso lleva su tiempo —dijo el abogado con suavidad. Gina estaba segura de que aquel hombre pensaba que su madre se había quedado corta al decir que ella era una persona poco razonable. Pero a Gina no le importaba, ella sabía que tenía razón y estaba decidida a actuar en consecuencia. Su madre y el abogado iban a tener que afrontarlo lo mejor que pudieran, los días de someterse a su madre habían terminado.

Quizá tenían razón los que decían que la verdad hacía libre, en cuanto el médico de su madre le había asegurado de que estaba muy sana, Gina había sentido como si le hubieran quitado un enorme peso de encima. Nunca volvería a sentirse culpable por su madre.

—No sólo necesito parte de ese dinero ahora, sino que necesitaré más en enero para pagar mis estudios —le advirtió Gina.

—Intentaré que el juicio tenga lugar lo antes posible pero…

—Puede contarle al juez para qué necesito el dinero y también puede contarle que mi madre quiere evitar que termine mis estudios.

—¡Pero eso no es verdad! —afirmó el señor Mowbry.

—Entonces, ¿qué cree que está haciendo?

—Tu madre está preocupada de que vuelvas a rodearte de mala gente y…

—¡Que vuelva!… Señor Mowbry, me temo que le están engañando.

En lugar de enfadarse, el abogado se limitó a suspirar.

—Tu madre me dijo que estabas muy enfadada y que la culpabas por no haberse dado cuenta antes de que tu padre estaba enfermo, pero si te paras a pensarlo te darás cuenta de que ella no tuvo la

culpa.

Gina suspiró y se dio cuenta de que la batalla estaba perdida. Nunca sería capaz de desenmascarar las mentiras de su madre, era absurdo intentarlo.

—Señor Mowbry, le daré hasta finales de septiembre para que consiga una fecha para el juicio y si para entonces aún no la ha conseguido, buscaré otro abogado. Uno que sepa defender mis intereses, no los de mi madre.

—Creo que…

—Eso es todo, volveré a llamarlo dentro de un par de días.

Gina colgó el teléfono y sintió ganas de ponerse a gritar.

—Deja que lo adivine —dijo Nick—. ¿El abogado se estaba comportando como lo que es, un abogado, no es así?

—Como un abogado estúpido —replicó ella. Durante unos segundos Gina sintió ganas de hablarle a Nick sobre su madre, sobre sus mentiras… Pero enseguida cambió de opinión. Probablemente no la creería, nadie la creía.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le preguntó él deseoso de hacer algo que calmara un poco su enfado.

—No —le dijo ella con una sonrisa—. Nada excepto un milagro puede hacer que los juicios se celebren rápidamente, y como las cosas son así me niego a enfadarme por ello.

Nick sonrió.

—Es una buena idea, ¿podrás conseguirlo?

—Sí —dijo Gina mientras asentía convencida, estaba decidida a no ponerse de mal humor de nuevo. Tal vez las mentiras de su madre le hubieran arruinado su vida pasada, pero no iba a permitir que también empañaran su futuro—. El ejercicio me ayudará a olvidarme de todo.

—¿Hasta dónde vamos a caminar? —le preguntó Nick mientras se dirigían a la puerta trasera.

—No demasiado lejos —contestó Gina mientras olía la fresca fragancia del campo. Aquel olor siempre la tranquilizaba—. Quiero volver a tiempo para limpiar un poco y hacer la cena.

—¿Y cuánto es eso?

Gina se quedó pensativa.

—Una vez leí en una revista que todos deberíamos ser capaces de caminar casi cinco kilómetros en cuarenta minutos.

—Necesitamos un aparato de ésos que miden la distancia.

—Lo que necesitamos es un poco de perseverancia, no importa la distancia que recorramos, lo importante es que hagamos ejercicio ¿Qué tal si caminamos veinte minutos y luego volvemos?

—De acuerdo, ¿y si hacemos unos estiramientos antes?

—¿Estiramientos? —Gina lo miró perpleja. Se quedó mirándolo y no pudo evitar imaginarse aquel musculoso cuerpo con el torso desnudo y haciendo estiramientos… Era una imagen muy perturbadora.

—La gente estira para no sufrir calambres en los músculos —Nick parecía no haber notado su perplejidad.

—Yo no tengo músculos así que tampoco tengo calambres.

—Todo el mundo tiene músculos.

—Sí pero hay una pequeña diferencia entre los músculos que tienen algunos con los de otros… Bien, ¿conoces algún ejercicio para estirar?

—Unos cuantos, también podríamos calentar caminando despacio y después cada vez más deprisa.

—Muy bien, empezaremos despacio e iremos cada vez más deprisa.

Gina pensó que lo que realmente deberían hacer era comenzar con un beso y después ir avanzando… Se quedó mirando los abdominales de Nick y un escalofrío le recorrió la espalda. Después se dijo que no debía hacerlo, que no debía mirarlo de aquella manera.

—Yo controlaré el tiempo —dijo Nick mientras miraba su reloj —. Pondré la alarma para que nos avise cuando tengamos que regresar.

Gina se fijó en el reloj de oro y con correa de cuero. Parecía antiguo y muy caro.

—Ese reloj no parece tuyo —le dijo ella mientras aceleraba el paso para alcanzarlo.

— ¿Por qué no?

—Dijiste que eras técnico, y a los técnicos les gusta estar a la última en tecnología así que esperaba que tuvieras un reloj digital, el último modelo.

Nick frunció el ceño, no quería contarle la verdad. Y la verdad era que un reloj de agujas era mejor para tomarle el pulso a alguien.

—Me gusta éste, tiene todo lo que necesito.

—¿Qué tipo de técnico eres?

—Arreglo maquinas que funcionan mal —le dijo repitiendo las palabras de un profesor de la facultad que había dicho que el cuerpo humano era una de las máquinas más maravillosas.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Me encanta, me hace feliz.

—Tienes suerte de haber encontrado algo que realmente te

gusta, a mí me encantaría trabajar con niños con problemas de lectura.

—¿Quieres enseñar a los niños que no saben leer?

—Hoy en día hay pocos niños que no sepan leer, pero hay muchos niños disléxicos. A este tipo de niños les cuesta mucho leer. Yo quiero trabajar con esos niños.

Nick la miró fijamente y vio el brillo de sus ojos, el entusiasmo con que hablaba del tema. Enseguida se dio cuenta de que sería una profesora maravillosa. Una mujer paciente y cariñosa, una mujer dedicada y muy motivada en su trabajo.

—Serás una profesora estupenda.

—Gracias —dijo Gina un tanto sorprendida por aquel comentario. Todo el mundo con quien había hablado del tema le había dicho que iba a ser un trabajo muy frustrante y que enseguida se cansaría. Nick era la primera persona que había respetado su decisión y la había animado a ello.

Aquello la llenó de placer.

—¿Con qué edades piensas trabajar?

—Con los más pequeños, en la etapa infantil. Cuanto antes se trabaje el problema, mayor será la posibilidad de solucionarlo. Cuando están en el colegio es muy difícil cambiar sus procesos de lectura.

Gina estaba tan absorta en lo que le estaba contando que no miró por dónde pisaba y se tropezó con una piedra, antes de caerse buscó algo para apoyarse y encontró el brazo de Nick. Lo agarró con fuerza y notó que a pesar de que no hacía ejercicio estaba en muy buena forma.

Nick usó su brazo malo para ayudarla a recuperar el equilibrio.

—¿Estás bien? —le preguntó después.

Gina miró hacia arriba y pudo ver una pequeña mata de vello negro que asomaba de su pecho ya que llevaba el último botón de la camisa desabrochada. Se estremeció al pensar en el placer que le provocaría dejar que sus dedos juguetearan con aquellos rizos.

—¿Gina? —repitió él.

—Sí, estoy bien —dijo ella mientras se apresuraba apartar la mirada—. Sólo me he tropezado y he perdido el equilibrio. Estuvo a punto de decir que casi pierde el poco sentido común que le quedaba pero se calló.

—Quizá la próxima vez deberíamos caminar por la carretera —sugirió Nick. Gina lo miró fijamente Los ojos de Nick brillaban como si fueran dos velas en la oscuridad—. Aunque por la carretera pasan coches y son mucho más peligrosos que las piedras en el

camino.

Gina dejó de mirarlo a los ojos para mirar su boca, el movimiento de sus labios la dejó fascinada y no podía apartar la mirada de aquellos labios perfectos y tentadores ¿A qué sabrían? ¿Qué sentiría si los besara?

Gina se quedó sin respiración a medida que la boca de él se acercaba hacia ella. Podía sentir su aliento, sintió el calor de los labios de él acariciar los suyos y la sensación hizo que se sobresaltara.

—¿Mejor? —le preguntó Nick.

En realidad lo que Gina sentía era una gran frustración, no deseaba un beso superficial, quería que él la besara de verdad, que la estrechara entre sus brazos con fuerza.

Sin embargo él no parecía querer lo mismo o lo habría hecho. Aquello la entristeció, pero no quiso desanimarse. Se suponía que estaban naciendo ejercicio y aunque aquel beso había parecido uno inocente entre amigos por lo menos era un comienzo, podía convertirse en mucho más, aún tenían tiempo. Tendría que esperar semanas para solucionar lo del coche.

—Quizá deberíamos ir a la ciudad y andar por las aceras —sugirió Nick.

—Conducir hasta un lugar para hacer ejercicio es de tontos —Gina intentó que su tono de voz fuera normal, no quería que él notara lo mucho que aquel beso la había afectado.

—La lista de tonterías que se hacen hoy en día es interminable. Hace tiempo la gente hacía suficiente ejercicio en su vida diaria.

—He estado en un par de museos donde se podía ver a gente sacar agua del pozo, cortando leña y cocinando en una hoguera —dijo Gina mientras se encogía de hombros—. Yo no quiero vivir de aquella forma.

Nick tosió.

—¿Acaso no te gusta la aventura?

—Prefiero una aventura razonable ¿Hasta dónde llega este bosque?

—Recorre muchos kilómetros aunque a mí me pertenece sólo un poco, el resto es de la ciudad —de repente el reloj de Nick sonó—. Es hora de volver.

Gina se giró.

—Deberíamos caminar más deprisa.

—Pero el terreno no es muy bueno, tú ya te has tropezado una vez.

—Pero las vistas merecen la pena, apuesto a que dentro de unos

días, cuando las hojas se hayan caído, seguirá estando precioso.

—Pero entonces no se podrá caminar por aquí.

Gina esperó a que Nick se explicara y cuando no lo hizo le preguntó:

—¿Por qué no?

—Porque empieza la época de caza y te pueden disparar.

—¿Disparar? —Gina lo miró estupefacta—. ¿Qué tipo de caza hay en este lugar?

—Los que dan problemas no suelen ser los cazadores, sino los inútiles que disparan a todo lo que se mueve y luego miran si era un animal o no —aunque no sólo en los bosques había locos disparando a cualquier cosa, se dijo Nick.

—Así que este lugar no es seguro.

—No hay ningún lugar seguro —dijo Nick y Gina tuvo la sensación de que estaba hablando de otro tema.

Lo miró unos instantes y se quedó muy sorprendida, era como si Nick de repente hubiera puesto un cartel de prohibido el paso y ella no estaba preparada para enfrentarse a aquel estado.

Suspiró y siguió caminando a su lado.

—¿Quieres que limpie primero el piso de arriba? —le preguntó una vez que llegaron a la casa.

—No, tengo que hacer cosas en el estudio. Empieza por el piso de abajo.

Gina se dijo a sí misma que Nick también le estaba pidiendo que no lo molestara.

—De acuerdo —dijo obligándose a sonreír—. Limpiaré el baño y tu cuarto mañana por la mañana.

—Muy bien, sólo te pido que no limpies el estudio. Me gusta mantener las cosas como están, si no, no encontraré nada.

—¿Has oído hablar de los archivadores?

—Tengo un sistema que funciona muy bien, voy a preparar café, ¿quieres un poco?

—Tomaré uno más tarde.

Gina le sonrió y salió de la cocina. Ella quería estar con él, pero no quería que él pensara que quería algo más de él, o que le gustaba. Aunque en realidad le gustara. Aunque... Gina recordó la forma en que él se había apartado de ella durante su paseo. Quizá se había debido a la forma en que ella había reaccionado a su beso, quizá era una forma de decirle que no se hiciera ilusiones...

Gina se sintió avergonzada, pero no tardó en darse cuenta de que en realidad no sabía cuál había sido la razón, tal vez no tenía nada que ver con ella, tendría que tener mucho cuidado para que él

no se diera cuanta de lo mucho que la afectaba su comportamiento.

CAPÍTULO 6

Así que estabas aquí. Gina dejó de fregar los platos, se giró para mirarlo y se quedó maravillada. Llevaba un jersey azul que le sentaba muy bien, era un hombre increíblemente atractivo y era un milagro que no tuviera pareja, debía tener práctica en deshacerse de mujeres.

A ella no tendría que decirle nada, tal vez le gustara, pero no quería tener una relación seria con él ya que a principios de enero tenía que estar en Illinois.

Por primera vez la idea de volver a estudiar no la llenaba de entusiasmo y aquello la preocupó.

—¿Te has intoxicado con los productos de limpieza? Estás muy pálida.

Gina se sintió decepcionada, por una vez deseaba que un hombre la mirara y se sintiera terriblemente atraído por ella, aunque aquello era igual que desear que le tocara la lotería.

—Lo único que he estado usando ha sido jabón porque en esta casa no parece haber otra cosa.

—Sí, bueno... Ya se me estaba olvidando por qué te estaba buscando. Te llaman por teléfono.

A Nick le resultaba extraño, pero cuando se acercaba a aquella mujer todo lo demás se le olvidaba y sólo podía pensar en ella. Nunca le había pasado aquello con ninguna otra mujer y estaba preocupado. Aunque se dijo a sí mismo que no debía preocuparse ya que Gina no tendría ninguna intención de tener una relación seria con él ya que en enero comenzaba a estudiar.

—¿Una llamada? ¿Sabes quién es? —le preguntó ella mientras se dirigía al salón.

—No me han dado ningún nombre, pero es una mujer.

Gina se quedó helada durante unos segundos, pero intentó no dejarse llevar por el miedo, su madre no sabía dónde estaba. Probablemente sería la mujer de los cheques de viaje.

Gina tomó aire y habló por el auricular.

—¿Dígame?

—Gina, cariño, ¿quién es ese hombre que ha contestado el teléfono?

Gina sintió cómo se quedaba pálida y se quedó mirando la pared del salón con la mirada perdida.

Después se dijo que era una mujer adulta e independiente y perfectamente capaz de hablar con su madre, pero las repentinas

náuseas y el zumbido en su oído le hacían darse cuenta de que su cuerpo no pensaba lo mismo.

Nick frunció el ceño cuando vio a Gina palidecer por momentos ¿Con quién estaría hablando? ¿Sería la señorita del banco para decirle que no podría recuperar su dinero? Pero una noticia como aquélla no podía afectarla tanto. Estaba muy seria y muy tensa, tanto que parecía que iba a romper el auricular con la mano.

—¿Algún problema?

Gina se sobresaltó como si se le hubiera olvidado por completo que Nick estaba allí. Tapó el auricular. —No, todo está bien —le contestó. Nick reprimió el impulso de estrecharla entre sus brazos y decirle que todo iba a salir bien, que él la protegería. La forma en que se comportaba lo dejaba todo claro, quería estar sola.

—Estaré en la cocina por si me necesitas —le dijo él y se fue.

Gina esperó a oír cómo la puerta de la cocina se cerraba y después reanudó la conversación. —¿Qué quieres, madre?

—Quiero que me contestes —exigió Helen—. ¿Quién es ese hombre que ha contestado el teléfono y qué estás haciendo con él?

—¿Quién te ha dado mi número de teléfono? —El abogado, le dije que tenía que ponerme en contacto contigo porque mi corazón está cada vez peor y él me lo dio.

—Está claro que debes estar bastante peor si necesitas llamarme aquí —se esforzaba por mantener la calma, ella sabía, por experiencia, que siempre que se enfadaba su madre se aprovechaba de ello—. Dime una cosa, ¿no has pensado en ir al psiquiatra para que te diga por qué necesitas controlar a la gente que afirmas querer?

—Nunca pensé que podías llegar a ser tan mala como para dejarme —su madre emitió un sollozo, aquellos sollozos que Gina conocía tan bien, era un recurso que solía usar a menudo con Gina y con su padre.

—No creo que debas ponerte así, no conseguirás nada. Es más, creo que esta conversación no tiene sentido, no quiero hablar contigo.

—Soy tu madre y te necesito.

—No es una relación beneficiosa ni para mí ni para ti, me pondré en contacto contigo más adelante —dijo Gina deseando que quizá cuando llegaran las navidades podría ser capaz de hablar con su madre sin enfadarse al recordar los años que había desperdiciado por ella.

—¡No me has dicho quién es ese hombre! —le repitió su madre —. Parece demasiado sofisticado para alguien cono tú. Quiero decir

que yo te quiero, cariño, pero incluso yo que soy tu madre he de reconocer que no eres nada atractiva y que...

Gina colgó con suavidad y se quedó mirando la pared durante unos instantes mientras intentaba tranquilizarse. Su madre estaba enferma, no decía las cosas con maldad, aunque tampoco eran necesariamente verdad. Estaba claro que ella no era de aquel tipo de mujeres que vuelven locos a los hombres, como tampoco tenía el aspecto de muñeca rubia delicada de su madre que hacía que los hombres quisieran protegerla. Pero aquello no quería decir que no tuviera ningún tipo de atractivo, lo único que tenía que aprender a potenciar los atractivos que tenía. Y estaba dispuesta a hacerlo. Ya no tenía que ocuparse de su madre y estaba dispuesta a sacar el máximo partido de su feminidad.

Gina asintió con la cabeza muy decidida. Era el momento de empezar, y lo haría con Nick, estaba claro que él no parecía actuar como si ella fuera irresistible, se estremeció al recordar el beso que le había dado en el bosque. Aunque desde entonces no la había tocado y no había hecho ningún comentario sobre el tema, ¿acaso aquel beso le había hecho darse cuenta de que no quería nada más con ella? Frunció el ceño.

—¿Malas noticias? —preguntó Nick.

Gina se giró y vio a Nick en la puerta.

—No, no es grave, sólo un pequeño malentendido.

—¿Puedo hacer algo para ayudar? —se ofreció él más aliviado al ver que Gina ya no estaba tan pálida.

Gina pensó que no podría ser de mucha ayuda a no ser que conociera a un psiquiatra en Illinois para que viera a su madre, alguien que lograra convencerla de que tenía un problema.

—No, gracias —quería cambiar de tema y miró a su alrededor en busca de algo que hacer ya que había terminado de limpiar, pero no vio nada para entretenerse—. ¿Tienes alguna afición?

—No tengo tiempo para aficiones, normalmente trabajo mucho.

—Bueno, ahora es un buen momento para descubrir alguna —propuso ella muy animada—. ¿Qué te gustaría hacer?

Nick pensó que lo que le gustaría hacer sería tomarla entre sus brazos, llevarla a la cama más cercana y hacerle el amor durante toda la noche. Se la imaginó sonrojada, con la respiración entrecortada y los pezones erguidos... Tuvo que apartar aquella idea de su cabeza de inmediato ya que su cuerpo estaba empezando a reaccionar.

Después se preguntó qué le estaba pasando, se estaba obsesionando con el cuerpo de Gina, necesitaba centrarse en otras

cosas de ella. Era menos arriesgado.

—Debe haber algo que te guste hacer —volvió a hablar ella. No iba a dejar que los silencios de él la desanimaran. Tenía que buscar algo que hacer con él, algo que le diera la oportunidad de explorar su capacidad de relacionarse con el sexo opuesto.

—Fue idea tuya así que elige tú algo —dijo él.

—De acuerdo, lo haré —Gina vio el periódico y decidió echarle un vistazo.

—Si buscas cine o teatro no lo hagas en esta ciudad porque no los hay, tendríamos que ir a Vinton —le dijo Nick. Ella frunció el ceño.

—No estaba pensando en ir al cine, estaba mirando los acontecimientos que van a tener lugar. Aquí está.

—¿Hay una sección que informe de eso en una ciudad tan pequeña como Wellingsford?

—Por supuesto: Hay dos posibilidades, una conferencia en la biblioteca esta tarde acerca de cómo mejorar el cociente intelectual de tu hijo y una clase de baile de salón mañana por la noche en el Ayuntamiento —le dijo intentando que la emoción que sentía al imaginarse bailando entre sus brazos no se notara.

—Los niños ya son suficientemente listos.

—Aun así parece una charla interesante, me pregunto si el conferenciante tendrá alguna idea que pueda ayudarme con mis alumnos.

—Averigüémoslo —dijo Nick mientras miraba la hora—. Tendremos que darnos prisa si queremos llegar a tiempo.

Gina se levantó de repente.

—¿Puedes prestarme papel y bolígrafo para tomar apuntes?

—Iré arriba por ello, ¿por qué no compruebas que la puerta trasera esté cerrada mientras yo subo?

—De acuerdo —Gina se dirigió a la cocina y comprobó que la puerta trasera estuviera cerrada. Hacerlo le provocó una extraña sensación, como si Nick y ella fueran una pareja que compartían las labores de la casa antes de salir a divertirse. Como si ir a una conferencia pudiera considerarse como algo divertido.

Gina sonrió. En realidad cualquier cosa que hiciera con Nick Balfour resultaba divertido, era el hombre más interesante que había conocido nunca, y aunque no había conocido a muchos siempre había sido muy observadora y Nick era único.

Fue a su cuarto para tomar unos de sus nuevos jerséis y regresó al salón. Nick estaba esperándola en la puerta y ella disminuyó el paso. Él estaba sujetando la puerta y ella se dispuso a salir, pero se

detuvo al sentir que él la agarraba del hombro.

—Espera un momento —dijo él de repente—. Tienes algo en...

Gina se puso tensa al sentir los dedos de él detrás de su cuello, eran suaves y delicados y aquello hizo que le recorriera un escalofrío por la espalda. Sintió como los dedos de él se metían por su cuello y ella tuvo que intentar pensar en otra cosa y no olvidarse de respirar, pero la colonia de él lo hacía cada vez más difícil.

—Ya está —dijo él mientras le mostraba la etiqueta—. Se te olvidó quitarla.

—Gracias...

—No hay de qué —dijo Nick mientras salían de la casa.

No tardaron en llagar a la biblioteca y Gina se quedó muy impresionada al ver la cantidad de coches que había en el aparcamiento.

—¿Sabes quién da la conferencia? —le preguntó Nick.

—En el periódico ponía que lo daba una psicóloga que tiene una consulta privada en Vermont.

—Me pregunto a qué se debe que sea una experta en cociente intelectual.

—Quizá le interese el tema, la sabiduría no se mide siempre por los estudios que tienes.

—Es verdad, pero sigo pensando que los padres deberían dejar que los niños fueran niños y no pretender convertirlos en pequeños genios.

Gina lo miró sorprendida y pensó que quizá a Nick no le gustaba la idea porque él mismo había vivido la decepción de sus padres. Pero como no se sentía capaz de preguntárselo directamente decidió dejar el tema y ambos entraron en la biblioteca. La habitación de la conferencia no era demasiado grande y estaba llena de gente. Nick saludó a varias personas mientras se dirigía hacia un par de asientos vacíos en el fondo.

Gina se detuvo al ver al sheriff sentado en mitad de la sala. Agarró a Nick del brazo para decírselo.

—Nick, ahí está el sheriff, quizá tenga noticias del coche.

—No lo creo.

—¿Ni siquiera lo dudas?

—No, seguro que no tiene ninguna noticia.

—Eres muy pesimista, voy a preguntarle —Gina saludó al sheriff con la mano y éste se levantó y se dirigió hacia ella.

—¿Ha sabido algo del coche, señorita Tessereck? —le preguntó Mygold.

Gina frunció el ceño mientras Nick fingía toser para evitar una

carcajada.

—Eso es lo que quería preguntarle yo a usted, sheriff.

—Pensé que quizá la policía de tráfico la había llamado directamente. Aunque no suelen darle mucha importancia al robo de coches, si la hubieran secuestrado a usted habrían reaccionado con más eficiencia.

—Qué tonta he sido, no pensé que algo así podría ayudarme a recuperar el coche, si no lo habría hecho.

—Es por la prensa —le explicó Mygold muy serio—. Un secuestro o un asesinato salen en primera página y un robo sin embargo no.

—He de decir que desde el punto de vista de la que lo sufre, un robo ya está bastante bien.

Mygold le sonrió un poco y regresó a su asiento ya que acababa de aparecer una mujer en el estrado.

—Pensé que iba a darme palmaditas en la espalda y decirme que una chica tan bonita como yo no debía preocuparse por cosas así —susurró Gina muy enfadada a Nick una vez que se sentaron.

Nick le dio un par de palmaditas en la espalda.

—Una chica tan bonita como tú no debería preocuparse por cosas así —dijo él en tono burlón.

Gina se puso nerviosa al sentir la mano de Nick tocándola, estaba claro que cuanto más tiempo pasaba cerca de él, más la afectaba su presencia.

Lo miró y notó el brillo burlón de sus ojos. Ella no tenía ganas de reír y tomó aire lentamente en un intento por relajarse. Estaba claro que el simple hecho de que él la tocara hacía que todo su cuerpo se encendiera como una llama, pero aquello no se convertiría en un problema siempre que se asegurara que Nick no se daba cuenta de lo mucho que le afectaba cualquier roce de su piel con la de él. Estar cerca de Nick exigía cierto grado de sofisticación y ella iba a tenerla aunque tuviera que controlar una tormenta para conseguirlo.

—Quizá no te des cuenta pero estás al borde del precipicio.

—Y creo que la pendiente es mucho más pronunciada de lo que parece.

Una voz delante de ellos pidió silencio y a Gina le alivió poder dejar la conversación con Nick. Quizá si prestaba mucha atención a la conferencia, podría olvidarse de la atracción que sentía por él durante unos momentos y así tranquilizarse un poco.

Abrió la libreta y esperó a que terminaran de presentar a la doctora Anderson, la conferenciante.

Gina se quedó estupefacta al ver a una mujer levantarse y dirigirse hacia el estrado. Se trataba de la doctora Anderson y ¡era una mujer despampanante! Una mujer de las que los hombres se quedan mirando sin poder apartar la mirada. Gina miró a Nick de reojo, él la estaba mirando con una expresión indescifrable, era imposible darse cuenta de nada de lo que estaba pensando. Quizá no le gustaban las mujeres rubias de piernas interminables y con trajes de seda negros. Un traje de seda negro que resaltaba su esbelta figura y dejaba al descubierto sus interminables piernas.

La doctora Anderson no tenía que preocuparse por su cociente intelectual, pensó Gina, tan sólo por estar allí conseguiría que nueve de los diez hombres que la mirasen le ofrecieran cualquier cosa que pidiera.

Se arrepintió de pensar algo así, no era culpa de ella tener aquel aspecto, merecía ser respetada por sus ideas y no sólo por su aspecto.

Se obligó a prestar atención a lo que decía en lugar de fijarse en su aspecto. Algo que le resultó difícil de hacer desde el momento en que ella se fijó en Nick, porque parecía hablar sólo para él.

Gina se movió incómoda. Lo peor de todo aquello era que había sido idea suya ir a aquella conferencia, si hubiera sido por él ambos estarían en la casa haciendo... ¿Haciendo el qué?

De repente se imaginó a Nick encima de ella con una mirada llena de deseo y una sonrisa muy sensual. Gina intentó calmarse y no dejarse llevar por su imaginación, a pesar de lo placentera que resultaba la idea. Tenía que prestar atención.

Sin embargo el escuchar las teorías de la doctora Anderson sólo le sirvió para darse cuenta de que no estaba de acuerdo con ella, sus ideas parecían tan insensibles...

Se sintió aliviada cuando la gente empezó a aplaudir al final de la conferencia.

— ¿Alguien quiere hacer alguna pregunta? —preguntó ella con una sonrisa benevolente.

Gina pensó cómo se le había ocurrido asistir a una conferencia en la que la doctora parecía pensar que los niños eran objetos inanimados.

De repente se sorprendió al ver que Nick alzaba la mano.

—Sí —dijo la doctora Anderson con una de sus más espléndidas sonrisas.

—¿Qué evidencia tiene de que el cociente intelectual del niño se define a la edad de dos años? —le preguntó Nick.

—Durante mi larga experiencia en este campo me he dado

cuenta de que los intentos de elevar el cociente intelectual del niño después de los dos años suelen fracasar.

—¿Es consciente de que su afirmación contradice los últimos descubrimientos hechos en el campo neurológico? Sobre todo uno de los más famosos, el estudio realizado por Barton y Slycovski.

Gina se quedó perpleja y se preguntó cómo podía saber aquello Nick.

—Creo que ese trabajo no estaba bien fundamentado. Como experta en el campo del desarrollo del niño puedo asegurarle que si los padres siguen mis métodos conseguirán elevar el intelecto de sus hijos.

—Teniendo en cuenta que los test para medir el cociente intelectual de los niños es muy poco fiable con niños de tan corta edad, ¿cómo evalúa los resultados obtenidos?

—No se preocupe, será capaz de ver la diferencia —la doctora Anderson sonrió de una forma tan seductora a Nick que Gina se puso furiosa, aquella mujer estaba intentando seducirlo delante de todo el mundo.

—¿Alguna pregunta más? —dijo la doctora Anderson dirigiéndose al resto de los oyentes.

Una mujer delgada le preguntó sobre una técnica de la que la doctora había hablado y ella le dijo que el material para llevarla a cabo estaría a la venta al final de la conferencia.

—Bingo —murmuró Gina—. Siempre hay dinero detrás.

—Sí, suele ser así.

Cuando nadie más hizo preguntas y la conferencia se dio por terminada Gina se levantó muy dispuesta a marcharse.

—¿Te ha gustado la conferencia? —le preguntó Nick'.

Gina hizo una mueca.

—Creo que la frase hay que besar a muchas ranas antes de encontrar al príncipe azul la describe muy bien.

Nick casi se atraganta.

—¿Acaso estás buscando tu príncipe azul?

—No, a los príncipes cuesta mucho mantenerlos y yo estoy demasiado ocupada como para ocuparme de uno. Además, nunca me ha gustado la idea de que un príncipe me montara en su caballo y me llevara con él.

—¿Por qué no?

—Bueno, piensa en ello detenidamente. En primer lugar es insultante porque es como decir que yo no soy capaz de ganarme la vida sola y en segundo lugar, ¿qué tipo de mujer querría casarse con un hombre que elige a su mujer sólo por su aspecto?

—He de reconocer que nunca lo había visto así.

—Hola —dijo una voz detrás de Gina y ella se giró para ver unos ojos violetas preciosos. Eran lentillas, se dijo Gina, pero le quedaban muy bien—. Quería agradecerle la aportación que hizo al final de la conferencia —dijo la doctora Anderson mientras se acercaba hacia Nick y daba la espalda a Gina—. Soy Beverly Anderson, ¿y usted es...?

—Nick Balfour y ésta es Gina Tessereck.

La doctora Anderson sonrió rápidamente a Gina y se giró hacía Nick de nuevo.

Gina se quedó mirándola entre fascinada y enfadada. Tal vez no le gustara que aquella mujer estuviera interesada en Nick pero envidiaba el estilo con que lo hacía, la confianza que parecía tener en sí misma. Estaba claro que si ella tuviera el aspecto de aquella mujer también tendría mucha más confianza en sí misma. Miró a Nick para ver cómo reaccionaba él ante los encantos de aquella mujer.

No parecía estar reaccionando, por lo menos no lo parecía, Gina no podía interpretar nada en su expresión porque él permanecía impasible de nuevo. Quizá no le interesaba la doctora Anderson o quizá era muy bueno ocultando su interés. No sabía qué pensar.

—Si tienes un hueco más tarde, querría que habláramos del tema más detenidamente —le dijo la doctora mostrando todos sus encantos—. Me alojo en el Windward Inn.

—Tienes suerte de haber encontrado alojamiento en esta época del año —intervino Gina.

—Yo creo que si realmente quieres algo lo consigues —le dijo la doctora Anderson con una sonrisa cínica.

—Muchas gracias, doctora Anderson, pero ya nos íbamos —le dijo Nick.

—¿Se van sin tomar un refresco? —le preguntó la doctora sorprendida, como si no estuviera acostumbrada a que la rechazasen.

—Gina —Nick se dirigió a ella—. ¿Quieres tomar ponche y galletas?

—No, prefiero irme —le dijo con sinceridad.

Nick agarró a Gina del brazo, se despidió de la doctora con un breve gesto y se dirigieron a la puerta.

Gina podía sentir el calor de su mano recorrerle todo el cuerpo, su pulso se aceleró peligrosamente.

Nick la soltó en cuanto salieron de la sala de conferencias y aquello no le gustó.

Gina no quiso pensar en lo mucho que le afectaba que él la tocara y se dijo a sí misma que estaba un poco sensible porque la doctora Anderson le había hecho sentirse insegura. Y aquello era verdad porque ella dudaba mucho poder competir con una mujer como aquélla. Por lo menos en lo que se refería a seguridad en sí misma y atractivo físico. Se estremeció al recordar lo mucho que a ella le había costado decidirse a acercarse a Nick en el bar. Si se hubiera tratado de la doctora Anderson, se habría acercado para decirle la suerte que tenía de que estuviera hablando con él.

Sin embargo era ella la que estaba viviendo con Nick y la que se había quedado a un lado había sido la doctora Anderson. Nick había sido muy educado, pero estaba claro que la había rechazado. Aquella idea la agradó.

CAPÍTULO 7

GINA miró a Nick detenidamente mientras conducía. Perecía un extraño, un extraño misterioso. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, pero no era un escalofrío provocado por el frío, era un escalofrío provocado por la emoción, la emoción de pensar en conocer a Nick de una forma más íntima.

Se fijó en sus musculosas piernas y mientras sentía cómo su cuerpo se encendía se preguntó cómo sería como amante, qué sensaciones le provocaría tener su cuerpo desnudo cerca de ella.

Tomó aire mientras sentía cómo sus pezones reaccionaban ante la invitadora perspectiva que le brindaba su imaginación.

—¿Qué te ha parecido la conferencia?

Las palabras de él sonaron en el interior del coche como si llegaran a ella desde muy lejos y Gina hizo un esfuerzo para regresar a la realidad.

—No me ha gustado mucho —Gina se sintió aliviada al notar que su voz tenía el tono habitual. Se hubiera sentido avergonzada si él se diera cuenta de lo obsesionada que estaba con él. No quería que pensara que era una mujer tan emocionalmente inmadura que no podía quitarse a un hombre atractivo de la cabeza. Porque no lo era, tal vez no tuviera demasiada experiencia, pero no era una mujer inmadura.

—Esperaba algo más interesante y me he encontrado con una hábil vendedora, ¿hay alguna madre lo suficientemente tonta como para utilizar esas técnicas con un bebé de dos meses?

—Sí, desgraciadamente las hay —dijo Nick con frialdad—. Y aún peor, creo que muchas de esas madres viven en esta ciudad ¿Viste

la cantidad de padres que estaban comprando su material después de la conferencia?

Gina pensó en decirle que no, que había estado demasiado ocupada viendo como la doctora intentaba coquetear con él.

—Supongo que no será tan malo —dijo ella pensativa—. Quizá hasta hagan algún bien a los niños, por lo menos les obligará a prestarles atención y a jugar con ellos.

—El contacto físico es importante para todo el mundo —dijo Nick con un tono grave.

Gina se movió incómoda, ¿acaso había dicho aquello con un doble sentido? ¿Debía ella hacer algo? Pero no sabía qué hacer, cómo reaccionar ante aquel comentario y decidió ignorarlo y buscar otro tema de conversación.

—Tú sugeriste un tema muy interesante —dijo Gina al recordar algo que le había intrigado al oírlo. Entonces se había preguntado cómo Nick podía conocer aquella investigación que había nombrado, ella nunca había oído hablar de aquel artículo y había hecho un curso de desarrollo infantil ¿Cómo podía un hombre que vivía tan apartado del mundo conocerlo?

—Estaba intentando contradecir algunos de los fundamentos del argumento de la doctora Anderson, pero no sirvió de nada.

—¿Te interesa la neurología?

—No especialmente.

—Pareces saber bastante del tema para alguien que no está interesado en el tema —dijo Gina, no se atrevía a decirlo más directamente.

Nick frunció el ceño y se dio cuanta de que no debía haber hecho ningún comentario, pero la forma en que la doctora Anderson hablaba con tanta seguridad en sí misma y en lo que relataba lo había enfurecido. Había sentido ganas de hacer que aquella mujer se bajara de su pedestal, pero debía haberlo pensado mejor. Conocía a mucha gente como ella en Boston y sabía que no se podía hacer nada contra aquel sentimiento de superioridad.

Gina sospechaba algo y él no quería que lo hiciera, quería que ella lo tratara como lo había estado tratando hasta el momento, como un amigo. Quería que lo hablara cono si le gustara el hombre llamado Nick Balfour, no por ser un prestigioso cirujano, ni por tener una fundación de ayuda a niños, estaba disfrutando mucho por ser valorado por quién era, no por lo que hacía, y quería que las cosas siguieran así durante un tiempo.

Sabía que todo cambiaría cuando le contara la verdad, siempre le pasaba lo mismo. Apartó unos segundos la mirada de la carretera

para mirarla y se dio cuenta de que parecía preocupada, ¿estaría preocupada por lo que él había dicho?

—Ví un documental sobre el cerebro una vez —Nick omitió el hecho de que lo había visto en su tercer año de medicina.

—Debía tratarse de los documentales del canal Nova, hay algunos muy buenos pero el del cerebro no lo ví, debí perdérmelo.

Nick se sintió aliviado a la vez que culpable. Se sentía aliviado porque no tendrá que dar más explicaciones y se sentía mal porque cada vez le costaba más mentirle. Incluso cuando se trataba de mentiras sin importancia, Gina era una mujer tan sincera que él quería comportarse de la misma forma con ella, pero no se atrevía a arriesgarse, tenía mucho que perder.

Cuando llegaron a la casa y salió del coche, Nick se dijo a sí mismo que quizá al día siguiente Gina ya no se acordaría de lo que había pasado en le conferencia.

—Creo que esta noche no ha salido muy bien —dijo Gina.

—Olvídate de las conferencias —dijo Nick mientras abría la puerta de la casa.

—No creo que sea para tanto, quiero decir que sólo porque ésta haya sido...

—¿Una basura?

Gina se rió y aquella risa hizo que Nick se llenara de júbilo y tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no estrecharla entre sus brazos y besarla. Y se contuvo porque pensó que sería incapaz de besarla una vez y dejarlo ahí, tendría que llevarla hasta el dormitorio y hacerle el amor... Y no podía hacer algo así, si él lo intentaba ella seguramente saldría corriendo y no la volvería a ver. Aquella idea no le gustó.

Nick se dijo a sí mismo que llevaba demasiado tiempo aislado en aquella casa de campo y que una vez volviera a Boston y al trabajo su fascinación por Gina desaparecería. Era extraño pero aquella idea no lograba calmarlo.

Gina dejó el monedero en la mesa de la entrada y miró a Nick, tenía una expresión extraña en la cara. Se fijó en sus anchas espaldas y en las duras facciones de su cara. Parecía enfadado por algo.

Pero aquella expresión en su cara no tenía nada que ver con ella, se dijo Gina. Después de todo ella sólo estaba de paso y además tenía el suficiente sentido común como para no arriesgarse a enfadarlo, además era incapaz de hacerlo.

Para que alguien se enfadara con una persona tenía que importarle bastante y no conocía a Nick lo suficiente como para

saber lo que él consideraba importante, además no era tan tonta como para pensar que ella podía ser importante para él. Aquello no le gustó aunque sabía que era mejor así. Ella tenía que regresar a Illinois en un par de meses, no podía permitirse enamorarse.

Lo volvió a mirar y tuvo la impresión de que la barrera que tenía para protegerse de él era tan fina que no sería difícil de romper... Tembló al pensar en el desorden que algo así causaría en su vida.

—¿Qué te pasa? —Nick la había visto temblar—. ¿Tienes frío?

—No.

Nick la miró con atención y notó que parecía incómoda pero, ¿por qué? Se preguntó con mucha curiosidad Estaba claro que él no había hecho nada para que ella se apartara de él, y aquello era lo que ella estaba haciendo, apartándose de él. Aquello lo enfadó mucho, no quería que ella le ocultara sus sentimientos.

Se acercó a ella despacio, para no asustarla, y acarició con el dedo su labio inferior y sintió cómo ella tomaba aire.

También pudo notar cómo todo el cuerpo de ella temblaba y se sintió aún más atraído por ella. Nick decidió que no la besaría hasta que no supiera que ella lo deseaba con toda su alma.

—Debes estar cansada —le dijo mientras seguía acariciando sus labios. Se puso tenso al notar cómo todo su cuerpo le pedía que se acercara aún más y la besara, que probara aquellos labios que estaba acariciando con el dedo.

La miró fijamente y se perdió en aquellos intensos ojos azules.

—Creo que me acostaré un rato —susurró ella.

Nick la oyó decir aquello y se tuvo que obligar a apartarse.

—Buenas noches —dijo él mientras se giraba y se dirigía al salón.

Gina observó cómo se alejaba e intentó calmarse un poco ¿Por qué la había tocado? ¿Y qué quería decir? ¿Acaso él estaba tocándola para complacerla? Quizá lo había hecho sin ninguna intención, quizá era una caricia inocente como la que se da a los niños.

Gina suspiró y se dirigió hacía su habitación. Él no podía estar interesado en una persona como ella. Ella sabía por las revistas de mujeres y por lo que le contaban sus amigas que cuando a un hombre le interesaba una mujer intentaba hacer algo, no tocaban sin intención, tocaban para poder llegar a acostarse con ellas. Y Nick no lo había hecho con aquella intención.

Cerró la puerta de su habitación. Se negaba a sentirse derrotada, sólo porque aún no hubiera conseguido que Nick la viera como una mujer sensual no quería decir que no pudiera llegar a lograrlo.

Se miró en el espejo y se preguntó cómo podría lograr algo así si no tenía ninguna de las características que socialmente se contemplaban como atractivas. Era demasiado alta y delgada, sus pechos demasiado pequeños y su cara nada del otro mundo.

Se apartó del espejo. Tenía que haber alguna forma, muchas mujeres parecidas a ella tenían novios. Tenían que haber encontrado una manera de parecer atractivas y si lo había conseguido ella también. Iba a conseguir que Nick Balfour la viera como una mujer.

—¿Gina? —le dijo Nick de repente desde el otro lado de la puerta—. ¿Estás acostada ya?

Gina se giró ¿Qué querría? ¿Acaso acababa de darse cuenta de que quería darle un beso de buenas noches? Sintió una gran emoción antes de que su sentido común le dijera que aquello no era posible.

No sabía qué quería Nick pero estaba segura de que no había acudido por un irrefrenable deseo, un deseo que había aparecido en tan sólo cinco minutos. Deseaba que fuera así pero sabía que no era probable.

Abrió la puerta.

—¿Qué pasa?

—Nada, sólo que acabo de escuchar los mensajes del contestador y hay uno para ti.

—¿La compañía de seguros? —preguntó ella ilusionada.

—No lo sé, es una mujer que afirma que necesita que la llames, que es urgente.

Gina se puso tensa.

— ¿Decía quien era?

Nick se quedó mirándola durante unos segundos y se preguntó por qué se había quedado tan helada de repente. Parecía que estuviera asustada. Pero no había habido nada en el mensaje que pudiera provocar miedo. Tal vez fuera un mensaje un tanto molesto, aquella mujer tenía un tono exageradamente dulce. A Nick no le gustaba tratar con gente que hablaba de aquella manera, pero Gina...

—No, no lo dijo. Sólo dijo que estaba muy enferma y que la llamaras lo antes posible.

—Gracias, la llamaré por la mañana.

—Como quieras —dijo Nick y se fue mientras se preguntaba qué estaría pasando. La mujer había dicho que estaba enferma y Gina no parecía nada preocupada. Aunque tenía una expresión de preocupación en la cara pero no parecía provocada por el hecho de

que aquella mujer estuviera enferma, parecía que lo que le había preocupado había sido la llamada. Sin embargo si aquella mujer la había llamado era porque Gina le había dado el número de teléfono y si era así, ¿por qué no parecía gustarle que la llamara?

No entendía nada y aquello lo molestaba. Tampoco le gustaba que Gina no le diera explicaciones, quería que le contara lo que sucedía ¿Acaso tenía algún problema? ¿De qué tipo de problema se trataba? Recordó su sonrisa, no podía haber hecho nada ilegal pero entonces, ¿de qué se trataba?

Nick abrió el armario donde guardaba el alcohol, se sirvió un whisky y se dirigió a la ventana.

Tal vez había huido de una mala relación. Se imaginó a Gina en la cama con otro hombre y se apresuró a apartar aquella desagradable idea de su cabeza. En realidad tenía sentido, estaba huyendo, por eso llevaba todas sus pertenencias en el coche. Si hubiera estado viviendo con un hombre y se hubieran separado ella se habría quedado sin hogar. Y si había sido ella la que lo había abandonado y él no había querido que lo hiciera, ella tal vez habría decidido irse a vivir a otra ciudad.

Pero si había sido así, ¿quién era aquella mujer que le había dejado el mensaje? Intentó pensar en las posibilidades, pero no logró nada, le faltaba información.

En realidad Nick tuvo que admitir que carecía de información, tan sólo hacía suposiciones y podía estar muy equivocado. La forma en que Gina se había apartado de él cuando le había dicho lo de la llamada quizá no tuviera nada que ver con el mensaje. Tal vez estaba pensando en otra cosa completamente diferente. Aunque él no sabía de qué se podía tratar.

Nick terminó de beberse el whisky y dejó el vaso sobre la repisa de la ventana. Tenía ganas de estrechar a Gina entre sus brazos y decirle que no iba a permitir que le pasara nada malo. Pero no podía hacer eso, si le mostraba que era importante para él ella podía pensar que sentía algo por ella.

Y no era así. Por lo menos no mucho. Sólo le gustaba. Sólo quería su compañía y algunos besos. De repente sintió cómo todo su cuerpo se acaloraba al pensar en el beso de hacía unos momentos. Al día siguiente volvería a intentar besarla, pero intentaría ir un poco más allá, besarla con más intensidad. Al pensar en besarla con pasión su pulso se aceleró. La idea era tentadora. Tenía ganas de que llegara el día siguiente.

A Gina le costó mucho conciliar el sueño y cuando se durmió soñó que su madre aparecía y la llevaba a casa de nuevo.

Cuando se levantó tenía un fuerte dolor de cabeza y una sensación de no haber descansado en toda la noche.

Se tomó un par de aspirinas y se dijo a sí misma que debía dejar de tener temores absurdos. Era una persona adulta y nadie podía obligarla a hacer algo que no quisiera hacer. Debía mantenerse firme y un día su madre se daría cuanta y la dejaría en paz.

Gina suspiró mientras preparaba el café. Era el momento de llamar a su madre y decirle que la dejara en paz. La necesidad de llamarla le hizo sentirse culpable.

Se dijo a sí misma que era normal, que estaba acostumbrada a complacerla, que estaba acostumbrada a sentirse culpable cuando no lo hacía. Era el momento de romper las cadenas, sólo podía controlar su vida si ella le dejaba hacerlo.

Intentó no olvidarse de aquello y salió en busca de Nick, No estaba en el salón y en la casa reinaba el silencio, ¿estaría dormido aún?

Miró el reloj, eran casi las ocho de la mañana y no sabía a qué hora se había acostado la noche anterior.

Gina decidió llamar a su madre antes de que Nick apareciera, no quería que él la oyera. No quería arriesgarse a hablarle de su madre, a Nick no. El acuerdo que tenían era demasiado valioso como para arriesgarse a que se rompiera.

Se dirigió al teléfono y llamó a su madre. Helen no tardó en contestar, como si hubiera estado esperando la llamada.

—¿Por qué no me llamaste anoche? Te dije muy claramente que no me encontraba bien, ahora podría estar muerta.

—Ya no me creo tus mentiras, madre —intentó mantener un tono de voz frío y distante—. No estás enferma.

—Te he dicho que...

—No, por una vez en mi vida soy yo la que te está hablando a ti. Y quiero pedirte que me dejes en paz.

—Eres mi hija.

—Una hija no es lo mismo que una esclava —dijo molesta y empezando a sentirse culpable.

—Estoy enferma.

—Sí, pero el tipo de especialista que necesitas se llama psiquiatra. Te sugiero que llames a uno.

Gina colgó el teléfono y sintió una mezcla de furia y culpa.

—Buenos días —dijo Nick desde la puerta y ella se giró para mirarlo.

Ella se preguntó cuánto tiempo llevaría allí. Él la sonreía y se sintió intranquila al mirarlo a los ojos. Intentó repetirse a sí misma

que el estado de ánimo de él no tenía nada que ver con ella.

—¿Has hecho café?

Gina se alegró de que Nick cambiara de tema.

—Acabo de hacerlo.

—Qué bien, necesito cafeína —se giró y se dirigió a la cocina.

Gina se relajó durante unos segundos y se dispuso a llamar a la compañía de seguros. Media hora después y tras hacer tres llamadas colgó el teléfono con ganas de arrojarlo por la ventana.

—Intenta hacer ese ejercicio de respiración que te enseñé,

—Ni siquiera eso me ayudaría hoy.

—Cuéntamelo todo.

—Según la compañía de seguros, ni siquiera pueden empezar a tramitar nada hasta que no tengan la denuncia y siguen sin tenerla. El banco dice que el director sigue fuera y esperan que vuelva esta tarde pero no están seguros de que sea así. Y el abogado que se suponía que tenía que enviarme parte de mi dinero no ha podido hacerlo porque todo está paralizado.

—¿Paralizado?

—Han interpuesto un recurso —dijo ella reconociendo parte de la verdad. No quería contarle que cuando había llamado al abogado para ver si su madre había retirado el recurso había tenido que escuchar sus críticas de mala hija. El abogado afirmaba que era increíble que una hija pudiera abandonar de aquella forma a una madre tan enferma. Ella había sentido ganas de decirle al abogado que llamara al médico de su madre para que le contara lo sana que estaba, lo único que la había detenido había sido saber que el médico nunca hablaría de la salud de su madre con el abogado. En su lugar le dijo al letrado que le dijera a su madre que si seguía adelante, Gina la llevaría ajuicio para recuperar su dinero.

El abogado se había enfadado aún más y Gina había terminado colgando.

—Si estás tan enfadada como pareces tu presión sanguínea está en grave peligro —afirmó Nick.

Gina se quedó mirándolo, había estado muy enfadada, pero en el momento en que lo miró atentamente su enfado se disipó. Tan sólo se sintió decepcionada, pero no por las llamadas, era una decepción diferente. Se mojó los labios mientras se preguntaba cómo podía cambiar de humor con tanta rapidez.

—Necesitas aprender a controlar tu enfado.

La voz de él sonaba grave y suave, tomó aire al darse cuenta de que estaba muy cerca de ella. Tan cerca que podía sentir el calor del cuerpo masculino.

Él la acercó hacía su cuerpo lentamente. Gina sintió cómo sus pechos se endurecían y sus pezones se volvían rígidos mientras se apoyaba contra él.

Gina sintió cómo su pulso se aceleraba vertiginosamente y como si alguien ajeno a ella hubiera tomado el control de su cuerpo, miró hacía arriba, hacía los labios de él y sintió una gran emoción por todo su cuerpo.

Gina no supo quién de los dos terminó de acercar sus labios hacía los del otro, pero no le importó. Lo único que le importó fue que la besó. Hacía tiempo había sentido la necesidad de saborear los labios de él y como si él hubiera sentido lo mismo, acercó sus labios hacía los de ella y la besó con una intensidad propia de algo muy deseado.

El acarició los labios de ella con la lengua y ella la abrió para invitarle a entrar. Él lo hizo y dejó que su lengua recorriera cada milímetro de su boca.

Él deseo apareció y Gina sintió cómo se apoderaba de todo su cuerpo y se dejó llevar por las sensaciones que le provocaba aquel beso profundo. Nick sabía a café, a café y a algo tan masculino y tan íntimo que ella no podía dejar de saborearlo una y otra vez.

Cuando Nick apartó la cabeza, Gina tomó aire e intentó captar todo el olor de él, toda su esencia. Todo su cuerpo estaba en llamas y lo llamaba, lo llamaba sin cesar, estaba impaciente.

Pero Nick no siguió besándola, en su lugar se quedó mirándola, mirando sus labios enrojecidos.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó él.

Durante unos segundos Gina pensó en decirle la verdad. En decirle que en lugar de hacerle olvidar su decepción, había hecho que ésta creciera. Él la había besado intencionadamente, había querido hacerlo y había sentido lo mucho que ella también lo deseaba. Pero aun así había dejado de besarla, había parado porque había querido, porque había tenido suficiente. Al darse cuenta de aquello Gina sintió cómo su orgullo se hacía cada vez más fuerte, tenía que ser tan sofisticada como él o Nick no volvería besarla. Y ella quería que la besara de nuevo desesperadamente.

Utilizó toda la fuerza de voluntad que tenía para apartarse de él.

—Sí, me encuentro mucho mejor, gracias.

CAPÍTULO 8

MYGOLD suele pasar el día aquí —dijo Nick mientras aparcaba delante de la funeraria. A Gina no le gustaba aquel lugar, le

recordaba la muerte de su padre, pero abrió la puerta y salió de la camioneta.

Nick pareció notar que no estaba cómoda porque se acercó a ella y le agarró la mano. Ella lo miró muy sorprendida.

De nuevo apareció la llama, aquella llama que aparecía cada vez que él la tocaba, la rozaba, estaba cerca de ella. Aquel hombre parecía tener la habilidad para hacer reaccionar sus hormonas al instante, ¿a qué se debería? Y más importante aún, ¿por qué él no sentía lo mismo?

Gina miró a Nick de reojo mientras se acercaban a la funeraria. Tenía una expresión normal, no había nada en su cara que indicara una mínima reacción, algo que le hiciera parecer deseable ante él, cualquier cosa...

Estaba claro que de alguna forma le gustaba porque él la había besado, ella no le había obligado a hacerlo. Lo miró de nuevo y tuvo la impresión de que nadie podía obligar a ese hombre a hacer algo que él no quisiera.

De repente se sintió más animada, Nick Balfour la había besado, y si lo había hecho era porque había deseado hacerlo. La había besado dos veces, y si lo había repetido era porque le había gustado la primera.

Nick abrió la puerta de la funeraria y la mantuvo abierta para que Gina entrara.

Gina entró lentamente. Había ido hasta allí por un motivo, conseguir una copia de la denuncia, y no quería pensar en nada más. Sin embargo no pudo evitarlo, el olor de las flores y el ambiente del lugar hizo que se estremeciera.

—¿Estás bien? Te has quedado pálida.

—Estoy bien, es sólo que no me gustan las funerarias.

Nick la agarró del cuello y la acercó hasta su pecho en un intento por tranquilizarla. Después le dio un tímido beso en los labios.

Gina sintió cómo el calor de los labios de él fluía por sus venas. El beso de la noche anterior le había provocado un intenso deseo de quitarse la ropa y sin embargo éste le hacía sentirse en paz, a salvo... ¿Cómo podía ser?

Se apresuró a apartar aquella idea de la cabeza, nadie podía hacerle sentirse a salvo, era algo que tenía que hacer ella sola.

—¿Por qué te disgustan tanto las funerarias? —le preguntó Nick.

—Por la muerte de mi padre.

—¿Eres hija única?

—Sí, mi madre tuvo un embarazo difícil y se vio incapaz de

afrontar otro —explicó ella y por primera vez pensó en la posibilidad de que lo del embarazo fuera una exageración más de su madre para no reconocer que era demasiado egoísta como para tener otro hijo.

—Tu madre debió sufrir mucho por la muerte de tu padre, ¿no?

Gina se quedó pensativa e intentó recordar, pero lo único que logró recordar fue a su madre en el funeral diciéndole que no debía llorar porque se le ponía la cara roja y los ojos hinchados. Pero ella no era nadie para juzgar la pena de su madre y después de toda la gente solía decir cosas en los funerales que no eran propias de ellos.

—Estuvieron cerca de treinta años casados.

Nick frunció el ceño y tuvo la impresión de que había algo extraño entre Gina y su madre. No era por lo que ella había dicho sino por lo que no había dicho así como su forma de hablar de ella.

Pero antes de que pudiera seguir preguntándola apareció el sheriff.

—Ah, eres tú, Nick —dijo Mygold un tanto decepcionado—. Creí que era un cliente.

—Es respecto a tu otro trabajo —se apresuró a señalar Gina, estaba deseando conseguir la copia de la denuncia y marcharse. No le gustaba la forma en que Mygold la trataba—. La compañía de seguros dice que aún no han recibido la copia de la denuncia.

—¿La denuncia? —Mygold la miró como si escuchara aquella palabra por primera vez.

—¿Recuerda que le pedí que mandara una copia de la denuncia por correo urgente a mi compañía de seguros?

—¡Correo urgente! ¿Sabe lo que cuesta eso?

—¿Sabe lo que este retraso me está costando a mí?

Mygold abrió la boca para replicar, pero antes de que pudiera hablar intervino Nick.

—Si intentas decirnos que la justicia va lentamente, vas a tener problemas, Amos —Mygold se calló—. ¿Qué te parece si nos das la copia y nosotros nos encargamos de mandarlo?

—Es que todavía no está mecanografiado, Nick, ¿recuerdas que te dije que Thelma estaba en casa de su madre?

—Pero le informó a la policía de tráfico, ¿no es así? —preguntó Gina.

—Por supuesto, sólo que no he tenido tiempo de mecanografiarlo.

—Y qué te parece si sacas un hueco esta mañana —parecía que era una pregunta pero el tono con que lo decía era imperativo—. Y cuando lo termines lo llevas a correos y lo mandas por correo

urgente.

Nick se sacó la cartera del bolsillo y le dio un billete de veinte dólares a Mygold.

Gina se quedó estupefacta al ver la velocidad con que Mygold se guardaba el billete.

—Lo haré ahora mismo —prometió Mygold—. Estará en la oficina de correos antes de las dos y mañana por la mañana lo recibirán los de la compañía.

—Gracias —dijo Gina.

—Hasta luego —dijo Nick mientras se despedía de Mygold y agarraba a Gina del brazo antes de marcharse.

—¿Crees que lo hará? —preguntó Gina una vez en la camioneta.

—Sí —dijo Nick mientras salía a la carretera—. Amos es una persona bastante competente, pero odia el papeleo. Normalmente se lo pasa todo a su mujer pero como está fuera lo deja para cuando ella regrese.

—Gracias por darle el dinero para que lo mande, te lo devolveré en cuanto solucione lo de los cheques de viaje.

Nick se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Qué vas a preparar de postre esta noche?

—No lo he decidido todavía, ¿te apetece algo en especial?

—Tarta de chocolate con helado de vainilla.

—Te voy a nombrar el rey del colesterol, comes demasiada comida basura.

—Mi colesterol está perfectamente, gracias, he heredado genes de calidad.

Gina lo miró detenidamente y se fijó en aquel cuerpo perfecto milímetro a milímetro y no pudo evitar notar cómo su cuerpo se acaloraba y sus pezones se endurecían.

Se movió un poco. Estaba avergonzada de su reacción, pero no tardo en disculparse a sí misma. Después de todo era una mujer adulta con deseos y dos buenos ojos capaces de identificar un cuerpo tan perfecto.

—Espero que les hayas agradecido a tus padres el legado genético que te han dejado.

—Puedes preguntarles si realmente estoy agradecido en persona —dijo él sin prestar mucha atención ya que un coche había girado de repente y Nick había tenido que dar un frenazo para no chocarse con él.

Gina se preguntó cuándo podría preguntarles algo así, ¿acaso Nick estaba pensando en que siguieran siendo amigos una vez que terminara el acuerdo? Gina sintió una inmensa alegría y su pulso se

aceleró antes de que su sentido común le hiciera poner los pies en la tierra. Incluso aunque él quisiera, ella no creía que fuera posible ya que cuando él regresara a Massachussets ella estaría en Illinois.

Aquella idea la hizo sentirse vacía, pero intentó librarse de la sensación concentrándose en su objetivo principal. Se recordó a sí misma que tenía ganas de volver a estudiar, que deseaba terminar sus estudios y comenzar a trabajar con niños. Así lograría hacer realidad su sueño. Pero entonces, ¿por qué la idea no la hacía inmensamente feliz? Miró a Nick pero él estaba concentrado en la carretera.

No estaba entusiasmada porque por primera vez en la vida le interesaba un hombre de verdad. Y la fascinación que sentía por aquel hombre no le permitía pensar en nada más.

—¿Me harás la tarta? —preguntó Nick de repente.

—Si estás dispuesto a pasar por el supermercado sí, no sé si tenemos los ingredientes necesarios para hacer una tarta.

—Por supuesto, iremos allí de camino a casa.

—Y que no se te olvide que esta noche vamos a las clases de baile de salón —le recordó Gina deseando que el entusiasmo que sentía por pasar la tarde entre sus brazos no se notara—. Había clases de baile o de encaje, pero no creo que a ti te guste el encaje.

Nick pensó que le encantaría hacer algo de encaje si ella fuera a ponérselo después. De repente se imagino aquel cuerpo esbelto con un camisón negro de encaje y todo su cuerpo reaccionó con entusiasmo. Nick se esforzó por mantener sus hormonas bajo control, pero la imagen de Gina tumbada en su cama, con el camisón de encaje transparente y la piel blanca como las perlas no desaparecía de su mente.

Se preguntó qué diablos le estaba pasando, no había estado tan obsesionado con una mujer desde que era un adolescente. Pero él ya era un hombre maduro y responsable. Entonces, ¿por qué su cuerpo reaccionaba como si fuera un adolescente?

Nick la miró de reojo. Gina era diferente, ahí estaba la respuesta. No sólo era una mujer muy atractiva, sino que había algo en su carácter que le llamaba la atención, algo que nunca había sentido por nadie. No sólo la deseaba, sino que también le gustaba. La respetaba y la admiraba por lo que quería ser, por lo que era...

Balfour se dijo que no debía a seguir con esos pensamientos. Ella tan sólo se quedaría allí un par de semanas, cuando solucionara lo de su coche se iría, y aunque quisiera quedarse un poco más terminaría marchándose ya que empezaba las clases. Era imposible mantener una relación estando tan lejos uno del otro.

Aunque en Boston también había buenas universidades para la formación del profesorado, tenía una de las más prestigiosas del país. Gina podría estudiar allí y si lo hacía podrían mantener el contacto. Se sonrojó al pensar en el tipo de contacto que le gustaría tener con ella.

Era una posibilidad que merecía la pena estudiar. Tenía un amigo que daba clases en aquella universidad y decidió escribirle un e-mail cuando llegara a casa para pedirle que le mandara un programa. Así podría enseñárselo a Gina y ver cómo reaccionaba.

Una cosa estaba clara, no importaba lo que pasara en el futuro, quería aprovechar el presente al máximo.

Tras pasar por el supermercado se dirigieron a casa y Nick se apresuró a subir a su estudio. A Gina le dijo que tenía que ver algo urgentemente.

Gina lo miró mientras subía las escaleras y se preguntó si realmente tendría algo que hacer o si simplemente querría alejarse de ella un rato. De repente sintió miedo de que él se hubiera dado cuenta de lo obsesionada que estaba con él, pero no quiso dejar que aquel miedo se apoderara de ella.

Suspiró y decidió que seguiría tratando a Nick como él la trataba a ella, a no ser que él le diera razones para hacerlo de otra forma. Era lo más sensato que podía hacer y estaba decidida a llevar aquella relación de la forma más razonable y madura de la que fuera capaz hasta que se fuera.

La idea de no volver a ver a Nick la entristeció, aunque quizá se debía a su falta de experiencia en temas de hombres. La siguiente vez que tuviera una relación con un hombre le costaría menos decir adiós, y cada vez le costaría menos. Pero aquello no la tranquilizó.

—¿Estás lista? —le preguntó Nick aquella tarde cuando ella salió de su habitación.

—Me olvidé de algo —dijo ella con suavidad mientras se fijaba en lo bien que le sentaban los pantalones que llevaba y lo increíblemente atractivo que estaba con aquella camisa amarilla y el jersey marrón que llevaba sobre los hombros. Gina deseó poder estar tan guapo como él.

—¿De qué?

—Se me olvidó que sólo tengo la ropa que compré en el centro comercial. Lo que se reduce a vaqueros, y no es el tipo de ropa que uno debe llevar para bailes de salón.

Nick siguió los movimientos de su mano, que señalaban los vaqueros que llevaban puestos. Él estaba de acuerdo, y sus hormonas también, de que no debía llevarlos, le quedaban

demasiado bien. Nick intentó controlar el deseo que sentía de repente, tenía ganas de estrecharla entre sus brazos, pero se dijo a sí mismo que aquella tarde parecía prometedora y que no iba a perdérselo.

—Si estás intentando no ir ahora que yo ya me he arreglado, olvídate —dijo él—. Esto fue idea tuya y tú tienes que venir.

A Gina le gustó saber que él quería ir con ella, pero no logró disipar su miedo a llamar la atención. Sabía que era un miedo que le había inculcado su madre, pero no podía evitarlo.

—Yo creo que es mejor ir en vaqueros que ir con falda. Con ellos podrás mirarte los pies y seguir el ritmo con más facilidad.

—En eso tienes razón.

—A propósito, llamé al sheriff mientras te estabas preparando y me dijo que ya había mandado la copia de la denuncia, Probablemente la reciban mañana por la mañana.

Gina agarró el bolso y salió de la casa con él.

—¿Te dijo algo sobre mi coche? —le preguntó ella.

Nick esperó a que estuvieran dentro del coche para contestar.

—Me dijo que la policía no ha encontrado ningún coche abandonado como el tuyo así que lo más probable es que estén intentando venderlo.

—Es una pena que no vayan a vendérselo a mi compañía de seguros. Así nos ahorrarían trabajo y complicaciones a todos. Lo que más me enfada es tener que esperar tanto a que me den el dinero. Tendrían que darse cuanta de que a estas alturas las probabilidades de que el coche aparezca son muy escasas ¿Por qué no me pagan por él y zanjan el tema?

—Porque a ellos les beneficia quedarse con el dinero el mayor tiempo posible ¡Las compañías de seguros son unas ladronas!

Gina se quedó mirándolo fijamente. Aquellas duras palabras la habían sorprendido, Nick parecía odiar a las compañías de seguros, era algo extraño. La mayoría de la gente no opinaba sobre el tema, ella no tenía nada en contra de las compañías de seguros hasta que le habían robado el coche.

—¿Tuviste algún problema con la tuya cuando te rompiste el brazo? —preguntó ella con curiosidad.

—No.

Nick no quiso decirle que su secretaria se pasaba el tiempo lidiando con compañías de seguros. Aquello podría hacerle preguntar cosas que él no quería contestar, y estaba harto de no darle respuestas directas. Necesitaba contarle la verdad, pero no era el momento, tenía que esperar un poco más, esperar a que ella lo

conociera un poco más.

Quizá se lo podría contar cuando le contestara su amigo. Entonces podría decirle a qué se dedicaba de una forma casual, como si no fuera nada del otro mundo ser cirujano en un hospital de Boston. Se mordió el labio mientras se intentaba imaginar cómo reaccionaría ella.

Estaba seguro de que a Gina no le importaría que él fuera cirujano, a ella no parecía impresionarle lo que un hombre tenía o hacía. Lo que sí le iba a molestar era que él la hubiera engañado a propósito, ella era tan sincera que iba a querer saber por qué él se lo había ocultado. No podía decirle que lo había hecho por miedo a que se interesara por él sólo por el dinero que ganaba. Aquello le haría parecer un ser arrogante y prepotente.

Apretó el volante con fuerza. Nunca debía haberla mentido.

Mientras llegaba al aparcamiento se calmó un poco. No iba a preocuparse por aquel tema, era el momento de disfrutar.

—No esperaba que tanta gente quisiera aprender bailes de salón —le susurró Gina mientras entraban a la sala donde iba a tener lugar la clase—. Debe haber cerca de cuarenta personas aquí.

—Sí... —afirmó Nick mientras miraba a su alrededor. Sabía que lo que realmente iba a disfrutar de la clase era tener a Gina entre sus brazos. Pero no sabía qué podía interesarle al resto de la gente, la mayoría rondaban los cincuenta y los sesenta.

—¿Qué tipo de baile es el baile de salón? —le preguntó Nick a Gina.

—No lo sé, es la primera vez que hago algo así.

De repente una mujer corpulenta pidió que la atendieran y comenzó a hablar de los bailes de salón. Después pidió un poco de espacio e hizo una demostración del vals que iban a aprender aquella tarde.

Gina suspiró al ver cómo la profesora y su pareja se movían con elegancia por el salón.

—Me pregunto cuánto tiempo se tarda en bailar así de bien.

Una mujer muy guapa y morena que estaba junto a ellos se giró y miró a Gina. Tenía una expresión de desprecio en la cara, pero aquel gesto cambió en cuanto vio a Nick.

—¡Nicky! —exclamó la mujer mientras sonreía de una forma provocadora—. Hace mucho tiempo que no te veo, no sabía que...

—Shellie —se apresuró a decir Nick para evitar que dijera algo que no quería que Gina oyera—. ¿Qué tal estás?

—Mucho mejor desde que te he visto —Shellie lo miró con coquetería. Tenía unas pestañas interminables.

A Gina le pareció absurdo el nombre con que aquella mujer llamaba a Nick. Era un nombre infantil y Nick era todo menos infantil.

—Gina, te presento a Shellie Larson.

—Billington —le corrigió el hombre que estaba junto a Shellie —. Shellie me hizo el hombre más feliz de la tierra el mes pasado. Por cierto, me llamo George —el hombre extendió el brazo hacia Nick.

—Lo siento, me he roto el brazo —dijo Nick.

—Nicky, eso es horrible… —dijo Shellie con un tono tan afectado que parecía fingido.

—Lo lamento —dijo George—. No me di cuenta.

—Tenemos que… —empezó a decir Shellie pero la profesora volvió a pedir atención y se calló.

Mientras la profesora hablaba, Gina se dijo a sí misma que no había sabido llevar la situación. En lugar de quedarse quieta como un muñeca mientras aquella mujer hablaba, debía haber… Pero no sabía qué debía haber hecho ¿Debía haber montado una escena? Sabía que los hombres odiaban aquello, además, no tenía ningún derecho a sentir celos por Nick, él no le pertenecía. Lo único que había entre ellos era un acuerdo, un acuerdo de negocios.

—¿Te ha molestado Shellie? —le susurró Nick al ver la forma en que se mordía los labios—. Cree que es la cenicienta del baile.

—Bueno, hay que reconocer que es muy guapa, es la mujer más guapa de esta sala de baile.

—Cree que por ser guapa puede permitirse comportarse como quiera —dijo Nick con un tono de sátira—. El pobre que está a su lado debe ser su tercer marido, quizá el cuarto. Ya he perdido la cuenta.

Gina suspiró aliviada. Estaba claro que a Nick no le gustaba aquella mujer.

—¡El pie! —exclamó Nick de repente.

—¿Qué pie? —Gina miró a la profesora que estaba con su pareja al lado de Nick.

—El que se supone que tiene que estar entre la pareja mientras nosotros dirigimos el vals ¿Cómo vamos a bailar juntos si tú estás allí y yo aquí?

—Creo que tenéis que acercaros un poco más —dijo el señor mayor que estaba junto a Nick.

Nick se dijo que no sería capaz de hacerlo durante mucho tiempo pero aun así acercó a Gina hacia él y la colocó cómo la profesora le estaba indicando. Si aquello seguía así, no podría

aguantarse y terminaría besándola delante de todo el mundo.

De repente se imaginó cómo reaccionaría la profesora. Quizá podría decirle que era un paso de la lambada.

CAPÍTULO 9

GINA miró a su alrededor para asegurarse de que la cocina estaba impecable, miró a través del cristal del horno para ver qué tal iba la cena y fue a buscar a Nick.

Como si su cuerpo pudiera sentirlo, decidió dirigirse directamente a la habitación que él usaba de estudio en el piso de arriba. Y allí lo encontró. Gina se quedó en la puerta y observó cómo la luz que entraba por la ventana iluminaba su rostro y hacía brillar su oscuro pelo.

Sintió un temblor agradable por todo el cuerpo que se hizo más intenso cuando recordó lo que sentía cuando él la agarraba de la espalda mientras bailaban y cómo todo su cuerpo se derritió cuando se tropezó y cayó contra su robusto pecho.

—¿Todo va bien? —le preguntó Nick.

Gina intentó dejar de pensar en el cuerpo de Nick y actuar con normalidad aunque se estaba dando cuenta de que le costaba mucho actuar de esa forma estando cerca de él.

—Sí, es sólo que ya he terminado de limpiar la cocina y quería saber si estabas preparado para hacer un poco de ejercicio. Aunque... —Gina se quedó mirando la habitación. Toda la habitación estaba llena de polvo, salvo los lugares donde había montañas de papeles. La habitación estaba hecha un desastre—. ¿Estás seguro de que no quieres que limpie esta habitación?

—Segurísimo.

Gina frunció el ceño.

—Por el tamaño de esas pilas de papeles aquí más que una señora de la limpieza necesitas un arqueólogo. Pero tú decides ¿Damos un paseo?

—Eso ya lo hicimos.

Gina tosió y él la miró fijamente. Nick se había dado cuenta de que había cometido un error. La noche anterior habían estado dos horas bailando y aquello estaba tomando unas proporciones tales que cada vez le costaba más dejar de pensar en ella. Su olor, el brillo de sus ojos cuando se reía, la forma en que se ponía seria para contar los pasos del vals, la melodía de su voz...

—Se supone que se debe hacer ejercicio todos los días —dijo ella.

—Eso me parece excesivo, ¿qué te parece cada dos días?

—Todos los días —insistió ella.

—Dos días y luego uno de descanso.

—Dime una cosa, ¿eres sindicalista?

—Estoy siendo razonable. Dos días de tres serán suficientes para que note mejoría y el día de descanso me ayudará a mantener el ritmo.

—De acuerdo, dos días seguidos y descansamos el tercero. Lo que quiere decir que hoy nos toca, ¿puedes hacerlo ahora o estás muy ocupado?

Gina miró hacia los papeles que estaban sobre la mesa. Allí también había dos libros muy gruesos y sintió curiosidad por saber de qué eran ¿Qué podría estar estudiando? Deseó saberlo, pero sabía que a Nick no le gustaría que se acercara.

Al ver el interés de Gina, Nick tuvo miedo de que se diera cuanta de que estaba leyendo un texto sobre medicina, así que se levantó y se dirigió hacia ella. Gina salió al pasillo y él la siguió cerrando la puerta detrás de él.

—¿Adonde vamos? —le preguntó él.

—Afuera ¿Es tan importante que cierres con llave cuando sales sólo un rato?

—Es más seguro —dijo Nick sin querer confesarle que había ciertas personas que creían que por el hecho de ser médico tendría medicinas en la casa que podrían vender en el mercado negro a buen precio. Y había demasiada gente en la ciudad que sabía que él era médico. Lo positivo de todo aquello era que lo conocían desde hacía tanto tiempo que ya no solían mencionar su profesión.

—Supongo que tienes razón —dijo Gina con un suspiro—. Pero es una pena, todo parece tan tranquilo aquí.

—El delito está en todas partes, sino recuerda lo que te pasó a ti.

—Sí, pero eso fue en la ciudad, aquí estamos en el campo.

—Sigue siendo el mismo mundo, y un hombre prudente debe tomar precauciones.

—Las mujeres prudentes también lo hacen, aunque a veces no sirve de mucho. Pero hablemos de otra cosa más agradable.

Nick miró la luminosa cara de Gina y sintió cómo el deseo volvía a parecer. De repente pensó que si ella quería hablar de algo más agradable, podrían hablar de sexo. No había nada más agradable que la idea de hacer el amor con ella.

Nick se apresuró a librarse de aquel impulso, no quería apresurarse con ella. Tenía que tener una relación controlada con ella hasta que Gina no dependiera económicamente de él. Recordó lo de Illinois, quizá era el momento de preparar el tema acerca de Boston.

—¿Comenzaste la carrera en Illinois?

—Sí, estaba en Champaign Urbana hasta que a mi padre le diagnosticaron cáncer de pulmón. Y lo peor de todo era que él no fumaba.

Nick sintió ganas de consolarla y la abrazó con fuerza.

—Una de las lecciones más difíciles que el ser humano ha de aprender es que la vida no es justa.

Gina suspiró, por alguna extraña razón aquel pequeño gesto la tranquilizó mucho.

—¿Así que decidiste volver al mismo lugar para terminar los estudios?

—Sí, tengo que tomar las riendas de mi vida de nuevo.

—Una enfermedad terminal puede acabar con toda tu ilusión de vivir.

Gina pensó que no era la enfermedad de su padre la que le había hecho sentirse así, sino los continuos chantajes a los que le sometía su madre.

—Me gusta Illinois, es... —de repente Gina se dio cuenta de que quizá no podría comenzar el trimestre en la Universidad de Illinois. La universidad le había dicho que la aceptaba en enero, pero tal vez cambiaran de opinión si no recibían el dinero pronto. Todo dependía del tiempo que su madre mantuviera el recurso.

—Quizá deberías valorar otras opciones. Quiero decir, ¿no has pensado en terminar tus estudios en algún otro lugar?

Gina sintió cómo su pulso se aceleraba por momentos, ¿acaso Nick quería que terminara sus estudios en aquella zona? ¿Acaso le gustaba tanto que le quería pedir que se quedara para que se conocieran mejor?

—Boston tiene unas universidades maravillosas —aquel cometario hizo que las ilusiones de Gina se desvanecieran, Boston a cuatrocientos kilómetros de allí. Él no quería que ella estuviera cerca de él.

—Todas las universidades en las que he preguntado te piden que hayas estudiado por lo menos dos años en ellas, así que si pidiera otra universidad perdería un año de curso —y de dinero, se dijo Gina para sí misma, y en aquellos momentos el dinero era más importante que el tiempo.

—Es verdad, pero quizá ese trabajo extra te sirva para hacer el doctorado, ¿vas a hacer el doctorado, no?

—Sí, pero pensaba hacerlo mientras trabajo para poder mantenerme.

Nick frunció el ceño. Quería decirle que él pagaría las facturas, pero no se atrevía hacerlo. En primer lugar porque estaba seguro de

que ella no estaría de acuerdo y en segundo porque no quería confesarle aún que era médico. Ya había sacado el tema, con aquello bastaba. Volvería a hablar de ello cuando recibiera la información de su amigo.

—¿Hasta dónde vamos a caminar hoy? —preguntó Nick.

Gina miró su reloj.

—Caminemos otros diez minutos y después regresaremos. Aunque deberíamos acelerar el paso.

—¿Cómo de rápido? ¿Así? —Nick comenzó a acelerar el paso y Gina se dispuso a seguirlo, pero de repente se resbaló y se cayó por una pequeña ladera que llegaba hasta un arroyo.

Nick se apresuró detrás de ella y la sacó del arroyo.

—¿Quieres ir lo suficientemente rápido como para romperte el cuello, no es así?

—No me he roto nada y además no es culpa mía que el terreno sea tan inestable —le contestó ella. Tembló de frío al sentir como el agua helada traspasaba sus vaqueros.

—No, pero sí será culpa tuya si te resfrías por quedarte aquí con la ropa mojada. Vamos —la agarró del brazo y regresaron al camino —. A casa, necesitas un baño caliente —Gina volvió a temblar al regresar al camino—. Quizá deberías quitártelos —sugirió Nick—. Podrías usar mi jersey para secarte y después...

—No —Gina se negó en rotundo. No estaba dispuesta a quedarse en ropa interior delante de él. No se atrevía a hacerlo, no tenía la suficiente seguridad en sí misma como par llevarlo a cabo. Ella seguía pensando que sus piernas eran flacas y además llevaba unas bragas blancas muy poco femeninas. Probablemente él en lugar de sentir deseo se reiría de ella.

Y lo que ella quería que Nick sintiera era deseo, quería que la mirara y que no pudiera evitar tocarla, que la deseara con toda su alma, quería... Quería la luna, ella lo sabía. Pero ella no estaba acostumbrada a coquetear con los hombres, no sabía cómo hacerlo y nunca sabría.

—Date prisa —le dijo Nick mientras la agarraba del brazo.

Gina se apresuró, aunque le importaba más sentir aquellos dedos que la garraban con fuerza que el hecho de que sus zapatos estuvieran encharcados.

Cuando llegaron a una parte más estable del camino él la soltó y ella lo lamentó. Gina pensó que se estaba volviendo loca, después de todo Nick no era más que un amigo. Aquellos besos que le había dado no significaban nada, y menos con un hombre tan atractivo como él.

—Ve a darte una ducha caliente mientras yo preparo un poco de café —le dijo Nick cuando llegaron a casa—. No quiero que te pongas enferma.

Lo que ella sí deseaba era ponerse cerca de él, tan cerca que terminaran en la cama ¿Qué aspecto tendría Nick desnudo? Lo miró atentamente mientras él abría la puerta. Gina sintió cómo sus pezones se endurecían ante la perspectiva de verlo desnudo y se sonrojó.

Nick abrió la puerta y la invitó a pasar.

—¡Maldita sea! Estás roja, tal vez tengas fiebre...

—No voy a caer enferma —dijo ella aliviada de que él pensara que se debía a la caída. Se moriría de vergüenza si él supiera que el mero hecho de mirarla le provocaba tal deseo—. Una vez leí que aunque te mojes no tienes por qué resfriarte.

—Eso es verdad, pero si pasas frío tus defensas disminuyen y si tienes algún virus esta situación facilita que caigas enfermo. Vete a tu cuarto.

Gina fue hacia allí y diez minutos después estaba duchada, limpia y caliente. Fue a la cocina. Nick la esperaba allí, la miró de arriba abajo con frialdad, como alguien a quien estuviera estudiando y le sirvió un poco de café.

—Bebe un poco, ¿cómo te encuentras? —le dijo él.

—Limpia, Y más lista. La próxima vez que salgamos a pasear me apartaré del borde del camino.

—Quizá deberíamos pensar en hacer otro tipo de ejercicio —la miró detenidamente. Nick sabía perfectamente qué tipo de ejercicio le gustaría hacer con ella, ¿acaso no se decía que hacer el amor era uno de los mejores ejercicios que había? Estaba seguro de que con ella lo sería. Se movió incómodo, le costaba controlar los impulsos de su cuerpo. Con sólo mirar a Gina todo su cuerpo se llenaba de deseo, si alguna vez hacían el amor probablemente la casa entera comenzaría a arder.

No podía hacerle el amor en aquellos momentos. Tenía que mantener su deseo bajo control. Podría hacerlo si ella accediera a terminar sus estudios en Boston. Allí podrían tratarse como iguales, ella no dependería de él.

Si pudiera estar con ella en Boston, podrían pasar mucho tiempo juntos, no le costaría disminuir un poco su jornada laboral. Quizá un par de tardes por semana y algún fin de semana...

—Creo que volveré a llamar al banco, quizá tenga suerte y el director ya haya regresado —dijo Gina.

Dejó la taza de café sobre la encimera y se dispuso a iniciar la

clásica batalla telefónica.

Sin embargo aquella vez no fue ninguna batalla, la persona que contestó el teléfono encontró su caso de inmediato y le pasó con el director. El director se disculpó por el retraso y le aseguró que los cheques se volverían a emitir aquella misma tarde y que se los enviarían por correo urgente cuanto antes.

Gina colgó el teléfono. Estaba muy sorprendida.

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal? —le preguntó Nick.

—Acabo de hablar con la primera persona competente, ni siquiera me dijo nada acerca de haber anotado la numeración de los cheques en un lugar seguro. Me va a enviar los nuevos cheques de inmediato. Llegarán mañana por la mañana.

—Siempre hay gente que sabe hacer su trabajo —dijo Nick—. ¿Quieres que salgamos a cenar para celebrarlo?

Gina pensó en cenar fuera rodeada de gente extraña y en hacerlo los dos solos en la casa. Prefirió la segunda opción. Además no quería que él se gastara dinero en ella, ya que no sabía si tenía mucho o poco.

—En otra ocasión, tengo algo en el horno.

—Entonces podemos comernos lo que queda de la tarta de chocolate de postre. ; —No se puede vivir sólo de chocolate.

Él sonrió.

—Quizá tengas razón, pero no estaría mal probar de vez en cuando. Si tú...

Sonó el teléfono y Nick respondió de inmediato.

Gina lo miró fijamente.

—Es para ti —le dijo él dándole el teléfono—. Es un hombre.

Gina lo miró estupefacta mientras agarraba el auricular. No podía imaginarse qué hombre podía llamarla a ella. No podía ser el sheriff, Nick habría reconocido la voz, quizá se trataba de un hombre de la compañía de seguros. De repente se desilusionó al darse cuenta de que una vez que recuperara el coche ya no tendría razones para permanecer allí. Aunque elegir un coche nuevo llevaba su tiempo. La idea la tranquilizó.

—¿Diga? —contestó Gina.

—Hola, Gina, soy el reverendo Milsom.

—¡Ah! Hola.

A Gina no le gustaba ni el reverendo ni su iglesia. Creía que la gente de su congregación era un grupo de hipócritas intolerantes que sólo aceptaban a los que pensaban como ellos.

Había seguido yendo a la iglesia sólo porque su madre iba y siempre le pedía que la llevara en coche. La única vez que Gina se

había atrevido a proponerla llevarla y después pasar a recogerla, su madre se había puesto a llorar.

No sabía por qué el reverendo querría hablar con ella. Frunció el ceño. Además, ¿cómo habría conseguido el número?

—Acabo de llegar de visitar a tu madre y estoy muy decepcionado contigo.

—Supongo que no tardará en explicarme por qué.

—Esto es un tema muy grave. La Biblia dice que debemos honrar a nuestros padres, y abandonar a tu madre así teniendo en cuenta lo enferma que está es un pecado mortal.

Gina miró a Nick y le alivió ver que estaba mirando unos vídeos y que no parecía estar prestando atención.

—A mi madre no le pasa nada —dijo Gina—. En realidad se pondría mucho mejor si hiciera algo diferente como buscarse un trabajo a tiempo parcial.

—Estás poniendo tu alma en peligro al tratar con tanta ligereza la salud de tu madre. Debes regresar a tu hogar inmediatamente.

—Prefiero permanecer en el infierno —dijo Gina con suavidad y después colgó el teléfono. La satisfacción que sintió le duró poco ya que de repente Gina se preguntó cómo podía una madre tratar a una hija de aquella forma.

Se dijo que por lo menos sabía perfectamente qué era lo que no iba a hacer cuando ella tuviera hijos. Pero aquello no la tranquilizó.

—¿Algún problema? —le preguntó Nick. La miró fijamente durante unos segundaos. Quienquiera que hubiera sido aquel hombre estaba claro que la había disgustado. Mucho.

Gina tomó aire y se obligó a sonreír.

—Una llamada sin importancia.

Nick no la creyó. Una llamada sin importancia no provocaba un disgusto como aquél, pero no quería obligarla a que se lo contara y hasta que ella quisiera contárselo él debía ser paciente.

Se llevó algunos vídeos y se dirigió a las escaleras.

—Si me necesitas, estaré arriba.

Gina le observó subir las escaleras y después fue a la cocina y se tomó otra taza de café. Estaba intranquila, quería que su madre la dejara en paz, pero ésta parecía incapaz de hacerlo. Su madre era una mujer bastante joven, ¿por qué no comenzaba ella también una nueva vida?

Gina sintió ganas de ponerse a llorar, pero logró controlarse, era inútil exigir respuestas para preguntas imposibles.

La vida era un obstáculo continuo.

Aunque no toda ella. En aquellos momentos estaba viviendo

unos días muy agradables y la persona que lo hacía posible estaba en el piso de arriba, muy cerca de ella.

Gina se sintió mucho mejor y comenzó a pelar patatas para la cena.

CAPÍTULO 10

GINA miró las velas que sujetaba en la mano y después la mesa de la cocina. De repente trató de imaginarse el aspecto que tendría Nick con la luz de las velas.

Seguro que estaba maravilloso, aunque él siempre tenía un aspecto fantástico. Era el tipo de hombre que siempre sería guapo, incluso cuando fuera mayor.

Aunque ella no iba a estar a su lado para verlo y aquello la entristeció. Lo había conocido en un momento de su vida en el que tan sólo podía ser una persona pasajera. Su relación no podría mantenerse cuando estuvieran separados, aunque él tampoco había dado signos de querer mantener el contacto cuando ella se fuera. Recordó el comentario de Nick acerca de Boston, tal vez aquella ciudad estuviera más cerca de aquel lugar que Illinois, pero seguía siendo demasiada distancia apara mantener una relación.

Desgraciadamente y aunque ella sabía que aquella relación no tendría futuro, a su cuerpo no le importaba. Su cuerpo deseaba a Nick con fervor, deseaba que la abrazara, que la besara en la boca, que se dejara caer sobre ella.

Tan sólo tenía que dejar que su cabeza guiara las acciones y para lograrlo debía recordar que aunque ella lo deseaba con toda su alma, él no parecía sentir lo mismo hacia ella. No tenía mucha experiencia con los hombres, pero su sentido común le decía que si Nick hubiera querido hacer el amor con ella, ella lo habría notado. Pero no había sido así, lo único que había hecho había sido besarla un par de veces.

Gina suspiró mientras volvía guardar las velas en el cajón, había cambiado de opinión.

Comprobó que todo estuviera preparado para la cena, se acercó a las escaleras y llamó a Nick. Él no respondió.

Gina pensó que quizá tenía la puerta cerrada y no la oía así que decidió subir a buscarlo y se dirigió al cuarto que usaba de estudio.

Se sorprendió al ver que la puerta estaba abierta, se asomó y vio a Nick viendo un vídeo con mucho interés.

Gina frunció el ceño y se acercó a él intentando ver qué estaba viendo. Probablemente se trataba de una película de miedo porque parecía un...

Gina se quedó horrorizada cuando se dio cuenta de lo que estaba viendo. Unas manos estaban extrayendo el corazón de un niño, Gina sintió náuseas.

Nick se giró y se apresuró a apagar la tele.

—¿Está lista la cena? —preguntó él.

—¿La cena? —Gina repitió aquella palabra como si la hubiera dicho en otro idioma—. ¿Cómo puedes comer después de ver algo como...?

Nick maldijo en voz baja, Gina lo había visto y él no sabía qué hacer. Podía mentir, pero ya no sabía qué decirle, o podía decir la verdad y arriesgarse a estropear unos días que se estaban convirtiendo en los mejores de su vida.

Observó la pálida cara de Gina y la idea de seguir mintiendo le produjo un gran rechazo. Tal vez había sido capaz de mentirle al conocerla, pero en aquellos momentos no podía hacerlo porque la amaba. La idea lo asustó, ¿cómo podía haber sido tan estúpido como para enamorarse de ella? Sabía que aquello le daría muchos problemas, no tenía tiempo para dedicarle a una relación seria, ya tenía una amante muy exigente... La medicina.

Aunque quizá no fuera verdad, se miró el brazo escayolado y sintió una gran tristeza. Quizá no pudiera volver a operar nunca, y si fuera así, ¿qué tendría? Nada. Nada que fuera realmente importante para él. Aquella idea lo llenó de dolor.

—¿Nick?

Nick se apresuró a apartar la tristeza y el miedo de su cabeza. No era el momento. Tenía que contestar a una pregunta que le había hecho Gina y si decir la verdad le daba más problemas, tendría que añadirlos a la lista de cosas que tenía que afrontar.

—No es una película —dijo finalmente—. Es un vídeo práctico que muestra cómo llevar a cabo una nueva técnica realizada en Suiza.

—¿Una técnica?

—Una técnica quirúrgica para extraer corazones para transplantes. Está dando buenos resultados.

—¿Buenos resultados? —repitió Gina—. ¿Quieres decir que te gusta ver operaciones?

—En cierta manera —Nick tomó aire—. Soy cirujano, siempre estoy interesado en mejorar mi técnica.

Gina frunció el ceño.

—¿Cirujano? Pero tú dijiste que eras técnico.

—Y lo soy, sólo que uso un escalpelo como instrumento de trabajo.

Gina se mordió el labio mientras intentaba asimilar lo que Nick le acababa de contar. Estaba claro que Nick era médico, era inteligente y tenía una paciencia que debía tranquilizar mucho a sus

pacientes… Todo cuadraba.

Pero Gina no entendía por qué la había mentido. Ella había sacado la conclusión de que él trabajaba en una fábrica y él le había llevado a pensar aquello. Quizá él se había dado cuenta de lo mucho que a ella le gustaba y había querido desanimarla haciéndola creer que era un simple trabajador. Pero no tenía sentido, si a él le hubiera preocupado que ella pudiera interesarse por él nunca la habría invitado a hospedarse en su casa.

—¿Por qué me lo has ocultado? —le preguntó Gina.

—Porque la mayoría de las mujeres me tratan de una forma diferente cuando averiguan que soy médico.

Gina lo miró durante unos segundos.

—¿Por qué?

Nick estaba incómodo, tenía miedo de parecer prepotente.

—Cuando algunas mujeres averiguan a qué me dedico, sólo ven a un marido que puede proporcionarles una vida muy cómoda y desahogada. Incluso antes de saber nada de la fundación que mi abuelo me dejó en herencia —Nick había decidido contarle absolutamente todo—. Y las que no quieren atraparme por mi dinero quieren que las examine de alguna dolencia constantemente —añadió él al ver que ella no decía nada.

—No tienes por qué preocuparte por mí —dijo ella con orgullo —. No necesito a nadie que me mantenga y estoy muy sana.

Gina se preguntó a sí misma si estaba molesta pero descubrió que no era así. En realidad Nick la había mentido cuando apenas la conocía y cuando ya la conocía mejor, había decidido arriesgarse a decirle la verdad. Era como una forma de decirle que aquella relación era importante para él. O por lo menos así lo esperaba ella.

A Nick le sorprendió notar que las palabras de Gina no lo tranquilizaron, más bien lo enfurecieron. No quería que Gina lo viera como prescindible, quería que… Quería que se abalanzara sobre él y le declarara amor eterno.

Estaba claro que aquello era lo que deseaba, aunque sabía que les traería complicaciones, tanto a él como a ella. Nick quería que ella le dijera que lo amaba.

Quizá ella no lo amara en aquellos momentos pero tal vez podría llegar a amarlo más adelante.

—Sé que no quieres mi dinero —dijo él.

—En realidad, eso no es completamente verdad —señaló ella—. Ahora que sé que no eres pobre, querría que me dieras quinientos mil dólares como compensación por la indigestión.

—¿Qué indigestión?

—La indigestión que vas a padecer por comer comida quemada porque la cena que preparé en esa antigüedad de horno que tienes en la cocina se achicharro porque el regulador de temperatura no funciona.

—No suelo cocinar demasiado.

—Pero yo sí.

—Mensaje recibido. Un nuevo horno, ¿quieres algo más?

Gina pensó en decirle que no sería mala idea comprar un poco de pintura para las paredes del salón, pero decidió no hacerlo. Nick podría pensar que estaba intentando quedarse más tiempo si empezaba a sugerir que hiciera cambios en la casa. Y ella no tenía ninguna intención de pasar a formar parte del grupo de mujeres que pretendían atraparlo.

—No, con el horno es suficiente. En realidad vine a decirte que la cena está lista.

—Estupendo, me muero de hambre.

Gina miró la televisión y sintió un escalofrío, Nick debía tener un estómago a prueba de balas.

—Tiene un aspecto estupendo —dijo Nick mientras se sentaban en la mesa.

Comenzaron a comer.

—Si eres médico, Nick, ¿por qué no haces ejercicio?

—No tengo tiempo.

—Pero todos los médicos deberían hacer ejercicio.

—Tú también deberías hacerlo.

—Sí, tal vez... ¿Trabajas por esta zona? —preguntó ella para cambiar de tema

—No, ésta es la casa de campo de mi familia. Sólo vine aquí a descansar mientras me recuperaba del brazo.

—¿Dónde trabajas?

—En Boston.

Boston era la ciudad en la que estaba la universidad de formación del profesorado tan buena de la que él le había estado hablando ¿Qué querría decir aquello? ¿Acaso había estado hablando de ella porque le gustaba hacer propaganda de la ciudad donde vivía o querría que ella estuviera cerca de él?

De repente Gina sintió una inmensa alegría. Era posible pero poco probable. Intentó no emocionarse demasiado pero, ¿cómo podría descubrir su motivación? Y si fuera verdad, ¿estaba ella dispuesta a empezar en una universidad nueva en la que tardaría por lo menos un año más en terminar?

Gina miró fijamente a Nick y sintió cómo el deseo aparecía una

vez más. Tan sólo con mirarlo todo su cuerpo se encendía como una llama pero, ¿por qué? ¿Por qué la presencia de Nick la afectaba tanto?

Estaba claro que era un hombre muy guapo, pero había conocido a otros hombres también guapos que no le habían provocado nada igual. También era inteligente y siempre estaba dispuesto a probar cosas nuevas. De repente pensó si estaría dispuesto a probar cosas nuevas también en la cama… Gina se sonrojó al pensar en Nick como amante. Se apresuró a beber agua.

—La cena está muy buena —dijo Nick mientras volvía a servirse.

—Gracias, leí en una revista que el carbón es bueno para el aparato digestivo.

—Entonces quizá no debería cambiar el viejo horno.

—Permíteme que repita la frase, he leído que un poco de carbón es bueno para el aparato digestivo.

Él sonrió.

—Tus frases siempre tienen un doble sentido —dijo él con una sonrisa.

Gina se preguntó qué sentido oculto tendría Nick y enseguida lo descubrió. Nick era capaz de romperle el corazón sin tan siquiera darse cuenta. De repente se dio cuenta de que lo amaba, y aquella revelación la dejó helada.

¿Cómo podía haber dejado que pasara? ¿Cómo podía haberse enamorado de un hombre que acababa de decirle que despreciaba a las mujeres que pretendían atraparlo? ¿En qué momento el deseo se había convertido en amor? No lo sabía, lo único que sabía era que tenía un gran problema.

—¿Estás bien? —le preguntó Nick mientras la miraba detenidamente—. ¿No te habrás puesto enferma por lo de ayer? ¿Te duele algo?

—Estoy bien, no suelo ponerme enferma —dijo ella y se obligó a sonreír. Deseaba haberse dado cuenta de lo que sentía en otro momento, en un momento en que él no estuviera delante.

—Ya verás cuando empieces a dar clases —dijo él—. La mujer de un amigo mío es profesora de educación infantil y se pone enferma cada vez que hay una epidemia. Aunque se está volviendo inmune.

—Gajes del oficio —dijo Gina muy agradecida de que hablaran de algo tan superficial. Se preguntó cuánto tiempo tardaría ella en comenzar a dar clases. Si su madre decidía seguir adelante con el recurso, tardaría años en terminar sus estudios. Y teniendo en cuenta el comportamiento de su madre hasta el momento, era poco

probable que abandonara el tema.

De repente sintió una inmensa pena y tuvo ganas de llorar. El que realmente la había querido había sido su padre, él siempre había estado dispuesto a escucharla. Al recordar el pasado, Gina se dio cuenta de que su madre nunca había sido capaz de permitir que otra persona fuera el centro de atención, ni siquiera su hija.

Gina se sorprendió mucho al sentir cómo Nick la agarraba de la mano.

—¿Por qué estás tan seria? —le preguntó él.

—Estaba pensando en mi padre.

—¿Cómo era tu padre? —Nick apartó la mano y Gina lo lamentó.

—Era una persona maravillosa —le dijo ella. No quería hablar de su padre porque si hablaba de él terminaría hablando de su madre, y no quería hablarle a Nick de su madre. El podría pensar que había algo extraño en ella si su propia madre no la quería.

Nick intentó controlar la decepción que sintió al notar que ella no quería hablarle de su padre. Sentía ganas de estrecharla entre sus brazos y hacer que aquella expresión de pena desapareciera de su cara. Quería decirle que no estaba sola, que él estaba con ella. Que la quería. Pero él creía que a ella no le agradaría oír aquello. Estaba claro que ella estaba deseando ir a Illinois a terminar sus estudios, no parecía muy dispuesta a comprometerse con él y terminar su carrera en Boston. Por lo que había podido observar, ella perecía quererlo sólo como amigo, ni siquiera le había molestado que él la hubiese mentido acerca de su profesión, aunque quizá se habría dado cuenta de que tal vez no podría volver a operar.

Miró la escayola muy preocupado, si algún nervio había resultado dañado...

—¿Te duele el brazo? —le preguntó Gina.

—No.

— ¿Cuándo te quitan la escayola?

—Dentro de un par de semanas. Tienen que hacerme una radiografía y Sam supervisará la curación.

—¿Quién es Sam?

—El ortopeda que me operó el brazo.

Gina lo miró extrañado, no se solía operar por una simple fractura...

—¿Cómo te lo rompiste?

—Yo no me lo rompí.

—¿Y qué pasó?

—Una bala rompió el hueso.

—¡Una bala! —exclamó ella horrorizada—. ¿Dónde estabas para que te disparasen?

—Estaba en la sala de urgencias del hospital con una víctima de un accidente. Hay detectores de metales en la entrada del hospital, pero aquel día los había apagado porque el sistema tenía un fallo y no dejaba de pitar y molestaba a los enfermos. Así que unos chicos llevaron a un amigo que estaba muy drogado. Iban armados pero los vigilantes no lo detectaron.

— ¡Dios mío!

—Bueno, el caso es que cuando la enfermera fue a curarlo, el chico pensó que estaba atacándolo y le disparó. Yo estaba en la habitación de al lado.

—E intentaste quitarle la pistola.

—No tuve opción, la enfermera estaba desangrándose en el suelo, necesitaba ser atendida y quién sabe a quién más podía haber disparado, estaba muy drogado. Tampoco tenía muy buena puntería porque me dijo que me iba a meter una bala en la cabeza y en su lugar apuntó a mi brazo.

Gina agarró la mano de Nick.

—Podrías haber muerto —le susurró horrorizada al pensar que podría no haberlo conocido. Aquello hubiera sido como vivir en una serie de televisión en blanco y negro, sin la cantidad de colores que tenía en aquel momento su vida.

—Espero que hayan despedido a ese vigilante, no le registró bien y por su culpa os dispararon a ti y a esa enfermera, ¿qué tal terminó ella?

—Se recuperará, aunque no quiere volver a trabajar en urgencias.

—Es comprensible, nunca he pensado que los hospitales eran lugares peligrosos, pero ahora...

—Normalmente no lo son. Pero después de lo que ha pasado, tal vez nunca recupere la movilidad suficiente en los dedos como para volver a operar —le dijo para dejarle claro que tal vez no pudiera volver a ejercer la medicina—. Parece ser que el hueso está soldándose bien, pero todavía es pronto para saber si los nervios o los músculos están dañados.

Gina notó lo preocupado que estaba, pero no sabía qué decir. Sus problemas con los estudios eran insignificantes comparados con lo que Nick tendría que afrontar si no podía volver al trabajo.

—Tienes que esperar para saber qué pasa y supongo que la espera se hace eterna.

—No es tan mala desde que tú apareciste. Tenías razón cuando dijiste que necesitaba alguna afición para distraerme un poco. Hasta que me dispararon estaba completamente dedicado a mi trabajo.

Gina se alegró de oírle decir aquello.

—Pero aún no hemos encontrado algo que te interese.

—¿Qué hay hoy? ¿Has mirado en el periódico?

—Ensayo del coro en la iglesia. Están buscando gente.

—A mí seguro que no me buscan, no sé cantar ni en la ducha.

—Aunque ellos no podrían quejarse de ti.

—¿Por qué?

—Porque la Biblia dice que hemos de hacer un ruido alegre para llamar al señor, no dice nada de tener que cantar bien,

—No me importa lo que diga la Biblia, no quiero que la gente hable mal de mí. ¿Y qué hay mañana?

—Mañana hay un mercadillo de segunda mano en Vinton. Podríamos ir.

—¿Para qué?

—Quizá puedas hacerte coleccionista de algo.

Nick la miró detenidamente, lo único que él quería coleccionar eran partes de ella, y lo antes posible, antes de que alguien se le anticipara. No tenía ganas de visitar ningún mercadillo, pero disfrutaría sólo por estar con ella.

CAPÍTULO 11

Quizá lo que necesites es un abogado —le dijo Nick la mañana siguiente cuando ella regresó a la cocina tras hablar con la compañía de seguros.

—Un abogado me cobraría más de lo que vale el coche, y hasta el mes que viene no tengo nada que hacer.

—Entonces, ¿por qué sigues llamándolos?

—Es una cuestión de principios —aquélla era una de las razones y otra era que no quería que Nick se diera cuanta de lo mucho que deseaba quedarse en aquella casa con él. Por primera vez en su vida su sueño de convertirse en profesora era secundario, lo que más deseaba en el mundo era estar con Nick. Y aquello era algo que la preocupaba.

Nick la miró y decidió no ofrecerse a pagarle el abogado. Gina era una mujer muy independiente, no parecía gustarle que le ofrecieran dinero. Y él quería complacerla, quería complacerla y hacerle el amor. Miró los labios de ella y sintió ganas de besarla, quería besarla, saborearla, deseaba tanto hacer el amor con ella que se estaba convirtiendo en una obsesión.

Se prometió a sí mismo que lo haría, pero no debía apresurarse. No quería que Gina fuera una aventura más, quería que formara parte de su vida para siempre. Quería verla en la misma mesa en la que desayunaba él todas las mañanas y quería dormir en la misma cama que ella el resto de su vida. Quería casarse con ella. Y la única forma que tenía de conseguir eso era teniendo paciencia. Lo primero que tenía que hacer era convencerla de que Illinois no era el único lugar donde podía terminar sus estudios y que en Boston podría hacerlo también.

Una vez ella hubiera estado de acuerdo, él podría arriesgarse a intimar más con ella. Mientras tanto debía ser paciente.

—He de decirte algo, tu defensa de los principios te va a dar problemas de tensión.

—¡Mira quien habla! Tú no tienes aficiones y eso sí que va a darte problemas de tensión.

Nick bebió un poco de café.

—He estado pensando en ello y en realidad sí que tengo una afición.

Gina lo miró sorprendida.

—¿Y cuál es?

—La medicina.

—Eso no es una afición, es tu profesión —Gina se dijo a sí misma que la medicina parecía ser toda su vida, no parecía tener tiempo para tener una relación con una mujer.

Nick se puso serio de repente, sus miedos habían vuelto a aparecer.

—Tal vez la medicina deje de ser tanto profesión como afición.

Gina frunció el ceño al ver la preocupación de Nick y agarró su mano de una forma instintiva.

Al notar la mano de Gina, Nick sintió como si todo su cuerpo se despertara de repente.

—Ojalá hubiera algo que pudiera decirte para tranquilizarte.

—Las palabras no pueden cambiar las cosas —dijo él, mientras pensaba que las acciones, sin embargo, sí podían hacerle olvidar sus preocupaciones. Por ejemplo hacer el amor con ella, aquello le haría olvidar todos sus miedos.

Gina suspiró.

—Tienes razón, no hay nada que puedas hacer excepto esperar ¿Qué dice el doctor? ¿Qué probabilidad hay de que te recuperes?

—Sam dijo que recuperaría la destreza suficiente como para llevar a cabo una vida normal.

—¿Y para operar necesitas más que la destreza del día a día?

—¡Mucho más! Y no puedes engañarte porque la vida de tus pacientes está en juego. No sé que haré si...

Se levantó y se dirigió a la encimera. Gina observó cómo se tocaba el pelo con los dedos y deseó ser ella la que se lo tocase. Deseó tocarle hasta que aquella preocupación desapareciera. Pero no se atrevía a hacerlo, si no respetaba la amistad que tenían quizá lo perdiera todo.

Nick se giró y la miró fijamente.

—¿No vas a decirme que puedo seguir siendo médico aunque no pueda operar?

Gina se mojó los labios y pensó en el humor en el que estaba Nick. Parecía cambiante y en aquellas circunstancias quizá lo mejor era decir la verdad con un poco de sentido común. Estaba claro que no quería que lo compadecieran.

—No hace falta que te lo diga yo, tú ya lo sabes y si eso te tranquilizara no estarías tan preocupado de que tu brazo se curara bien.

—¿Crees que me estoy comportando como un niño caprichoso?

—¿Por qué te preocupa perder todo por lo que has luchado? No serías un buen cirujano si no te gustara tanto ese campo de la medicina.

—Pero la cirugía no es la única especialidad que hay —dijo él recordando lo que le habían dicho sus compañeros hasta que decidió ir a la casa de campo para no tener que escuchar más comentarios como aquellos.

—Es verdad, supongo que es como si yo no consigo trabajar de profesora de lectura y tengo que conformarme con un puesto de profesora de inglés.

—¿Y lo harías?

—Sí, porque sería también profesora.

—El problema es que no me interesa ninguna otra especialidad.

—Si yo fuera médico me encantaría ser el que asiste en los partos. Es un momento tan feliz...

Nick la miró y de repente se la imaginó embarazada, su suave cuerpo redondeado por el embarazo, por un hijo. Su hijo. De repente sintió un fuerte deseo y tuvo que morderse los labios para controlarse.

—Los partos suelen ser rutinarios y cuando no lo son se pasa mucho miedo.

Gina frunció el ceño y pensó que era el momento de cambiar de tema.

—Es hora de que nos vayamos, el mercadillo empieza a la una.

A Nick le encantaba la forma en que Gina decidía cambiar de tema. A ella no le costaba nada contradecirle, discutir con él o hacerle callar y aquello le gustaba. La mayoría de la gente le trataba con excesivo cuidado y admiración. Parecía que le tenían miedo por el hecho de que fuera médico o porque tuviera mucho dinero. Pero a Gina no le importaba nada de aquello. Aunque a Nick le hubiera gustado que ella lo tratara como un amante.

—Tienes que ver todo el mercadillo antes de decidirte. Y según el periódico hay cerca de ciento cincuenta puestos.

Probablemente estarían toda la tarde allí. La idea de pasarla con Gina le agradaba, era mucho mejor que quedarse en casa lamentándose por lo que le había ocurrido en el brazo.

—¿Dónde lo ponen?

—En la armería de Vinton, iré por mi monedero. Te veo en la puerta.

—¡Mira eso! —dijo Gina una vez en el mercadillo señalando un puesto de libros usados.

Nick miró a su alrededor.

—¿Que mire qué?

—¡Libros! ¡Libros usados! Vamos a ver qué tienen —a Gina le estaba encantando el mercadillo.

Nick la observó mirar los libros.

—¿Eres alérgica a algo? —le preguntó.

—No, ¿por qué lo preguntas? —dijo ella mientras ojeaba una copia antigua de un libro de Ágata Christie.

—Porque estos libros están llenos de polvo y humedad.

—No te preocupes por ésos, aquí hay muchos más —dijo ella mientras se ilusionaba al encontrar otro libro de Ágata Christie que no había leído.

Nick no prestó atención a los libros, estaba demasiado fascinado con Gina como para hacerlo.

Una hora después abandonaron el puesto y Gina terminó con una caja de cartón llena de libros.

—¿No te gustó ninguno? —le dijo Gina al darse cuenta de repente de que él era el que iba a buscar algo para coleccionar.

—Sí, un libro de Umberto Eco que no había leído.

—¿Eso es todo?

—Es todo lo que quería, ¿qué te parece si llevo esa caja a la camioneta antes de que sigamos?

Gina miró la escayola y después la caja.

El dueño del puesto notó las miradas de ambos y se apresuró a hablar.

—El precio de los libros incluye servicio de entrega hasta el coche —dijo el señor—. ¡Ryan! —un niño adolescente apareció de inmediato—. Lleva esta caja hasta el coche de estos señores.

—Por supuesto, papá —el niño terminó de comerse el dulce que tenía en la boca y llevó la caja como si no pesara nada.

—Mejor será que lo acompañe para abrir la camioneta —dijo Nick.

—Iré mirando los otros puestos —le dijo Gina antes de que se fuera.

Cuando Nick regresó Gina estaba mirando cómo una mujer hacía madejas de lana y después siguieron avanzando hasta un puesto de casas de muñecas.

Gina estaba tan fascinada con las casitas que Nick sintió ganas de coleccionarlas con ella y quizá algún día podría incluso tener una pequeña niña con el sedoso pelo de Gina o un niño con sus precioso ojos azules. Nick se llevó una tarjeta del hombre del puesto.

Pero lo primero que tenía que hacer era convencer a Gina de que casarse con él era una idea estupenda. Nick se preguntó cómo podría conseguirlo.

El nunca había sentido la necesidad de pedirle a ninguna mujer

que se casara con él, siempre había temido que casarse se interpusiera en su trabajo. Pero con Gina todo parecía diferente, Gina sabría entender que a veces tendría que sacrificarse por su trabajo. No era del tipo de mujeres que exigían que un hombre estuviera a su disposición, ella tenía ambiciones personales que deseaba realizar.

Sonrió al recordar lo placentero que le había resultado sentarse en el salón con ella la noche anterior. Ella había leído y él había estudiado un caso de transplante de corazón.

Gina era una persona muy especial y él la amaba y como la amaba no sólo estaba dispuesto a trabajar un poco menos, sino que estaba deseando hacerlo. Deseando pasar el mayor tiempo posible con ella.

Sin embargo, ¿sentiría ella lo mismo por él? Nick se dijo que parecía que le gustaba estar con él, que le gustaba besarlo pero no había visto en ella nada que le hiciera pensar que sintiera algo más profundo por él.

Deseó recibir la información sobre la Universidad de Boston pronto para poder convencerla de que estudiara allí.

Después de tres horas recorriendo el mercadillo decidieron regresar a casa.

— ¿Viste algo que te llamara la atención? —le preguntó Gina cuando se dirigían a la camioneta.

—No, creo que no tengo futuro como coleccionista de cosas.

—Bueno, por lo menos lo hemos intentado.

—¿Quieres que cenemos fuera? —le propuso Nick cuando salieron del aparcamiento.

—He dejado un poco de carne preparada y no tardaré en terminarla, prefiero que vayamos a casa —dijo ella, la verdad era que también prefería estar a solas con él.

—De acuerdo.

Media hora más tarde llegaron a casa. Había un coche aparcado delante de la puerta. Quizá alguien había acudido en busca de Gina, a Nick siempre le había resultado difícil de creer que ella no estuviera con nadie.

—Parece que tienes visita —dijo ella.

Nick la miró, pero ella sólo parecía curiosa. Como si el coche que había allí no tuviera nada que ver con ella.

—No conozco el coche —dijo él mientras paraba el motor.

—¿Y conoces todos los coches de la ciudad?

—Casi todos.

—Quizá sea alguien de Boston.

—Quizá —dijo él mientras miraba a su alrededor—. Pero si fuera así, ¿dónde están? Dejé la casa cerrada. Tú quédate aquí.

Salió de la camioneta y se dirigió a la casa.

Gina salió de la camioneta rápidamente y se unió a él. No iba a permitir que se enfrentara a un extraño él solo.

—No puede ser nadie malo —dijo ella intentando tranquilizarlo tanto a él como a sí misma—. Sino no habrían dejado el coche frente a la casa.

Nick frunció el ceño.

—Por lo menos quédate detrás de mí hasta que averigüemos qué está pasando.

Nick abrió la puerta y se asomó a la entrada. No había nadie allí. Miró a Gina y ella se encogió de hombros.

Nick le hizo un gesto a Gina para que permaneciera donde estaba y siguió avanzando.

Gina le observó acercarse al salón, no pensaba que hubiera nadie escondido en la casa, pero el coche de fuera y…

—Ya era hora de que alguien apareciera.

El sonido de aquella voz de mujer hizo que Gina se estremeciera, cerró los ojos y tomó aire. Intentó decirse a sí misma que todo aquello eran imaginaciones suyas, ella no podía estar en aquella casa, no le había dado la dirección. Pero de repente recordó que sí se la había dado al abogado.

—¿Gina? —Nick la llamó desde el salón, había estado tan absorta que ni siquiera le había visto entrar allí.

Gina se obligó a sí misma a ir al salón. Podía notar cómo su piel estaba pálida y le temblaban las piernas.

—Gina, cariño, ¿no vas a saludarme después de hacer un viaje tan largo para verte?

Miró a su madre que estaba tumbada en el sofá con una expresión de enferma desvalida que Gina conocía muy bien.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le preguntó Gina.

Nick observó la reacción de Gina. No parecía contenta de ver a aquella mujer, de hecho parecía bastante disgustada por la visita pero, ¿por qué?

Miró a la mujer que estaba en el sofá, estaba claro que no representaba ningún peligro aunque Gina parecía asustada.

—Tuve que tomar un vuelo y fue muy desagradable. Después tuve que conducir desde el aeropuerto hasta aquí. Gracias a Dios no tendré que repetirlo.

—¿Por qué? —preguntó Gina—. ¿Alguien viene a recogerte?

La mujer se rió sin ganas.

—No seas tan bromista, cariño. Tú me llevarás de vuelta a casa, por supuesto. Fuiste una chica mala al no darme tu dirección, pero afortunadamente convencí al señor Mowbry para que me la diera.

—No voy aira ningún sitio contigo —dijo Gina sin atreverse a mirar a Nick, ella sabía lo que él estaría pensando de ella.

—Por supuesto que lo harás, yo te necesito —Helen sonrió a Nick—. Estoy muy enferma, ¿sabe usted? Necesito que me cuide. El señor Mowbry me dijo que lo estaba ayudando con la limpieza así que supongo que no le molestará que se vaya.

—No voy a ir a ningún sitio contigo —repitió Gina haciendo un gran esfuerzo por no ponerse a llorar. ¿Cómo podría explicarle esta supuesta insensibilidad a Nick?

—¿Cómo puedes ser tan egoísta? —su madre empezó a llorar—. Yo no viviré mucho tiempo y cuando muera puedes hacer lo que quieras. Oh… —dijo mientras se tocaba el pecho con una mano—. Me siento tan…

Nick apartó la mirada de Gina e intentando no pensar en las ganas que tenía de estrecharla entre sus brazos, decidió llegar al fondo de aquel asunto.

Gina era una de las personas más cariñosas que conocía, no podía creerse que fuera capaz de abandonar a alguien que realmente la necesitara. Averiguaría cómo aquella mujer había entrado en su casa más adelante.

—¡Gina! —exclamó él para hacerla volver a la realidad, parecía petrificada—. Ve arriba y tráeme mi estetoscopio, está en el segundo cajón de mi escritorio. Pero antes de eso, ¿te importa presentarme a esta mujer?

—Soy Helen Tessereck, la madre de Gina —se adelantó la mujer —. No me extraña que no haya notado el parecido. La pobre Gina se parece a su padre. Él era muy alto también, claro que en una mujer…

Helen hizo un gesto de dolor.

Gina se apresuró a buscar el estetoscopio aunque no tenía ninguna intención de ir a ningún sitio con su madre. Sin embargo, tampoco podía permanecer con Nick, todo se había estropeado. Su amistad, la unión que había entre los dos había desaparecido…

Estaba claro que Nick pensaría que ella era un monstruo insensible y no querría que se quedara en su casa. Sintió ganas de llorar pero logró controlarse.

Se detuvo delante del estudio y pensó que no le importaba, todavía tenía sus estudios, un sueño por hacer realidad. Siempre

que su madre retirara el recurso. Suspiró, sus problemas parecían aumentar por momentos.

Intentó no pensar en ello y bajó el estetoscopio y se lo dio a Nick sin mirarlo. No podía ver el desprecio en sus ojos.

— ¿Por qué tiene eso? —le preguntó Helen a Nick.

Él no le contestó y la agarró de la muñeca mientras miraba su reloj—. ¿Qué está haciendo?

—Estoy intentando entender por qué se encuentra tan débil, su pulso está muy bien para una mujer de su edad.

—¡Mi edad! —la madre de Gina hizo ademán de levantarse, pero debió recordar el papel que estaba representando y de inmediato se volvió a recostar.

—Gina, por favor, ayuda a tu madre a incorporarse, quiero oír su corazón.

—No voy a permitir que un hombre cualquiera…

—Madre, éste es el doctor Balfour, es cirujano y un gran especialista en corazón. Estudió en Harvard.

—No me importa quién diga que es, no pienso permitir que un extraño me toque.

Nick la miró detenidamente.

—Como desee, pero no puedo ignorar el hecho de que usted afirma que tiene problemas cardiacos ¿Cómo se llama su médico de cabecera?

—No tengo…

—Se trata del doctor Whitney —afirmó Gina—. Tengo su teléfono en mi agenda.

—Por favor, ve por él.

—No, me niego a permitir que lo llame —la madre de Gina parecía furiosa—. Él no puede hacer nada desde Illinois.

—Puede enviar su historial médico al hospital de aquí —afirmó Nick.

—¡No voy a ir a ningún hospital! Visitaré a mi médico cuando Gina me lleve a casa.

—No voy a ir a ningún sitio contigo —afirmó Gina una vez más, quizá si lo repetía varias veces su madre terminaría aceptándolo—. Ni ahora, ni nunca.

Después de decir aquello salió corriendo de la habitación y se dirigió a la cocina. Comenzó a llorar al pensar en lo que Nick estaría pensando de ella. No le importaba lo que pensara ni el abogado ni el reverendo, pero Nick… Se mordió el labio para controlar los sollozos, él no querría ni hablarla después de aquello. Además, aunque intentara contarle la verdad sobre su madre, no

tenía pruebas, el comportamiento de su madre era tan mezquino que la verdad resultaba difícil de creer.

Quizá lo mejor era que hiciera las maletas y se fuera, así le ahorraría la molestia de echarla. Por lo menos había recuperado sus cheques de viaje y tenía suficiente dinero como para alquilar un coche y una habitación el tiempo que hiciera falta hasta recuperar su coche.

Dio un paso hacia su habitación, pero se detuvo al ver trozos de cristales en el suelo. Una de las ventanas de la cocina estaba rota. En ese momento Gina entendió cómo su madre había entrado en la casa, era típico en ella, destruir todo lo que se interpusiera en su camino.

Gina decidió recoger los cristales antes de irse.

—¿Qué estás haciendo? —dijo Nick desde la puerta. Gina se sobresaltó.

—Recogiendo esto. Te pagaré el cristal.

—Olvídalo, buscaré algo para taparlo más tarde. Me resulta difícil de creer que esa mujer sea tu madre.

—Todo el mundo dice lo mismo —afirmó ella—. ¿Hay taxis en Vinton? —le preguntó ella. No quería que él tuviera que llevarla hasta la ciudad.

—No necesita un taxi, tiene un coche.

—No voy a irme con ella —dijo Gina, tenía la sensación de que si entraba en aquel coche con ella nunca podría escapar.

Nick frunció el ceño.

—¿Y por qué habrías de hacerlo? ¿No creerás que realmente está enferma, no?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que es evidente que tu madre es una manipuladora y usa su supuesta enfermedad para controlar a la gente que tiene a su alrededor, que en este caso eres tú. ¿Estabas huyendo de ella, no es así? —Nick de repente se dio cuenta de que no había ningún otro hombre en la vida de Gina.

—Sí —dijo Gina con un suspiro—. Lo descubrí hace unas semanas. Su médico me llamó y me dijo que estaba sana y me acusó de no dejarla hacer nada.

Nick sucumbió a sus deseos y la estrechó entre sus brazos. Quería calmarla, borrar aquella expresión de dolor de su cara.

—¿Así que decidiste hacer las maletas e irte?

Gina sollozó.

—No llegué muy lejos.

—Llegaste donde tenías que llegar —le dijo Nick mientras

apoyaba su cara sobre la cabeza de ella.

—¿Qué está haciendo ella?

—Se ha ido. Le dije que se marchaba o llamaba a una ambulancia para que la llevara al hospital.

Gina alzó la mirada y lo miró.

—¿Y se ha marchado?

—Y no creo que vuelva, le dije que si lo hacía llamaría a su médico y le contaría cómo se había comportado aquí.

Gina se quedó estupefacta. Nick se había dado cuenta de que su madre era una farsante, se había dado cuenta en cuanto la había visto.

—Así que el problema con tu madre ya está resuelto.

—Parte de él. Mi madre ha interpuesto un recurso en el testamento de mi padre. Si no la convenzo para que lo retire antes de enero, no podré empezar los estudios.

Nick la miró y sintió un inmenso amor hacia ella. Durante unos segundos pensó en pedirle que se casara con él como un acuerdo, él pagaría sus estudios y ella... Tomó aire. Tenía muchas ganas de hacer el amor con ella, pero no quería hacerlo si ella no sentía lo mismo.

Y la única forma que tenía de averiguar lo que ella sentía era contándole la verdad. Toda la verdad.

Nick tomó aire e intentó sacar fuerzas de flaqueza. Tenía miedo de que ella lo rechazara. Pero tenía que saberlo.

—Cásate conmigo y termina tus estudios en Boston —se apresuró a decir él.

Gina se puso tensa. Era como si pensara que le había oído mal. No la culpaba por ello. Había sido bastante torpe.

—¿Que me case contigo? —repitió ella incrédula—. Pero, ¿por qué?

—Porque te amo con todo mí ser —lo dijo y después tomó aire. Tenía miedo de su reacción, tenía miedo de que lo rechazara, si lo hacía... No sabía si podría vivir con ello. Podría vivir sin la cirugía si Gina estaba cerca de él, pero no podía vivir sin ella.

Nick se mordió el labio con fuerza y de repente se dio cuenta de que ella estaba llorando. Cerró los ojos, lo que tanto había temido se había hecho realidad.

—No llores —murmuró él para consolarla—. No importa.

—No estoy... Yo no... ¿No me lo estarás proponiendo porque te doy pena, no? —logró decir ella finalmente.

—¡Por supuesto que no! Hay muchas maneras de ayudar a la gente sin tener que casarte con ellas. Si fuera sólo por eso te

prestaría el dinero para que me lo devolvieras cuando recuperaras tu parte de la herencia. Quiero casarme contigo porque te amo. Quiero pasarme cada noche de mi vida haciendo el amor contigo. Quiero volver del trabajo y encontrarte en casa, quiero poder contarte cómo me ha ido el día y que tú me lo cuentes a mí. Quiero que tengamos niños.

Todo el cuerpo de Gina se llenó de felicidad. Nick realmente la amaba.

—Oh, Nick, te amo con toda mi alma.

Se besaron con todo el deseo atrasado y sintieron que estaban hechos el uno para el otro. Gina había encontrado la razón de su existencia. Aquella razón se llamaba Nick.

EPILOGO

—¡Papi, papi! —la aguda voz de Edward se llenó de emoción al ver cómo se abría la puerta de la entrada. Gateó hasta allí.

Su hermano se apresuró a acercarse a la puerta, estaba deseando contarle algo a su padre.

—Papá, la profesora dice que tengo que hacer de rey mago en la obra del colegio, pero no tiene camellos para hacerlo y yo no quiero —le dijo Max.

Nick dejó su maletín en el suelo, tomó a su hijo menor en brazos y abrazó a Max.

—Lo siento, compañero, pero si eres lo suficientemente mayor como para ir a la guardería tienes que cumplir tus responsabilidades y una de ellas es hacer de rey en la obra. Con camello o sin camello.

Nick miró hacia delante en busca de Gina. Su cuerpo entero se tensaba cada vez que la veía de pie, en la entrada a la cocina. La miró de arriba abajo y se detuvo a la altura de su pequeña barriga. De repente sintió cómo el deseo hacía su aparición.

—Buenas tardes, mujercita mía —Nick sentía una gran satisfacción al decir aquella palabras. Una satisfacción que no había desaparecido tras diez años de matrimonio—. ¿Qué tal estáis tú y nuestra hijita?

Gina sonrió y se acarició el vientre.

—Se está comportando por una vez. Hoy ha sido un día tranquilo en el colegio y después los niños y yo hemos ido al cuentacuentos que había en la biblioteca.

—¡Fue genial, papá! —exclamó Max entusiasmado—. La mujer que contaba el cuento trajo un pájaro con garras y un poco torcido.

—Un búho —le dijo Gina.

—¡Yo! —gritó Edward de repente y después le dio un beso muy húmedo a su padre. Luego trató de meterle un dedo en el ojo.

—No —le dijo Nick apartándose—. No se opera con los dedos, Edward.

Nick dejó a Edward en el suelo y se dirigió a su mujer para darle un abrazo. Ella se apoyó contra el pecho de él.

—Papá, no quiero hacer de rey, en serio —insistió Max.

—Y yo lo que quiero es estar a solas contigo —le susurró Nick a Gina.

Gina sintió un pequeño escalofrío y le dio un beso en el cuello.

—Más tarde —le dijo ella—. ¿Qué tal tu día?

—Muy atareado y cuando me iba entró una urgencia que tuve

que atender. Por eso llego tan tarde. Fueron cuatro horas de operación, pero creo que la paciente sobrevivirá.

Gina lo miró orgullosa.

—Por supuesto que sí, la ha atendido el mejor cirujano de Massachusetts.

Gina sintió un gran placer al ver la sonrisa de Nick. A veces se sentía tan feliz que le daba miedo. Tenía todo lo que siempre había soñado e incluso cosas con las que no se había atrevido a soñar. Tenía un esposo encantador que la quería con locura, dos hijos preciosos, y una hija en camino. Además había encontrado un trabajo de media jornada como profesora de lectura de la escuela local. Incluso su madre había accedido a ver a un psiquiatra. Gina se dijo a sí misma que su vida era perfecta, y en aquel momento Nick la besó, y ella dejó de decirse nada.